Traducción de Lucía Barahona Lorenzo



¿CUÁNTO FALTA PARA BABILONIA?

JENNIFER JOHNSTON

automática editorial

TÍTULO ORIGINAL: *How many miles to Babylon?*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

© Jennifer Johnston, 1974. Publicado con el acuerdo de The Andrew Lownie Literary Agency Ltd.
© de la traducción, Lucía Barahona Lorenzo, 2025
© de la presente edición, Automática Editorial S.L., 2025
© de la ilustración de cubierta, Cinta Fosch, 2025

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.

Este libro se ha publicado con el apoyo de Literature Ireland.



ISBN digital: 978-84-10141-25-4

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección y revisión: Automática Editorial
Edición digital: Álvaro López

Primera edición en Automática: noviembre de 2025

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

¿CUÁNTO FALTA PARA BABILONIA?

JENNIFER JOHNSTON

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS DE LUCÍA BARAHONA LORENZO



Para David

ÍNDICE

LEGAL
DEDICATORIA
¿CUÁNTO FALTA PARA BABILONIA?

Por mi condición de oficial y caballero, me han entregado mis cuadernos, pluma, tinta y papel. Así que escribo y espero. No estoy comprometido con ninguna causa, no amo a ninguna persona viva. El hecho de carecer de un futuro más allá de unas pocas horas no parece perturbarme en exceso. Al fin y al cabo, el futuro, tanto si es aquí como allí, me resulta igual de desconocido. Por tanto, mi único entretenimiento en estos días de espera es el pasado. Puedo jugar con algunos recuerdos que tal vez sean inexactos, mi propia interpretación de los hechos, si es que sirve de algo. No hay cabida para las especulaciones ni para la esperanza, ni siquiera para los sueños. Por extraño que parezca, creo que me gusta que sea así.

No he hablado con mi padre ni con mi madre. Ya habrá tiempo de sobra para que lo hagan otros cuando todo haya terminado. El hecho consumado. Al servicio de Su Majestad. ¿Por qué prolongar el dolor que inevitablemente sentirán? A él podría matarlo, pero, como me sucede a mí, tal vez esté mejor muerto. En cuanto a ella, mi corazón no siente compasión alguna.

Me tratan con el respeto supuestamente acorde a mi clase y con una contención que obedece, estoy seguro, al temor de que pueda estar loco. ¡Cuánto atemorizan a los hombres los demonios ocultos de la mente!

El comandante Glendinning no ha venido a verme, una bendición por la que me siento debidamente agradecido. Ya no podrá hacer de mí un hombre, aunque supongo que esto no le quitará demasiado el sueño. Hubo momentos en los que casi lo admiraba.

A estas horas el ataque debe de haber comenzado. Cien metros de tierra fúnebre, una colina coronada con un círculo de árboles que en

Irlanda habrían pertenecido exclusivamente a las hadas, una granja, varias cabañas sin techo, lugares tranquilos e insignificantes que ahora son el centro del mundo para decenas de miles de hombres. El fin del mundo para muchos, los héroes y los cobardes, los amos y los esclavos. No tengo ninguna duda de que les estará lloviendo encima; la lluvia abundante y aciaga de febrero.

El padre viene a visitarme de vez en cuando. Ayer me enseñó la cruz de oro que lleva bajo una camisa de viyela sin mangas y que le aplasta el vello negro que parece desbordarse de su pecho.

—¿Tiene fe? —me preguntó.

No lo dijo exactamente así. Se expresaba de una forma más sofisticada y se apreciaba también cierta vergüenza al preguntar lo que en sus labios sonaba casi indecente.

—Nunca he pensado en ello, la verdad.

—Tal vez ahora sea el momento de hacerlo.

Estaba deseando que se marchara. No me apetecía entonces, ni tampoco ahora, participar en ningún debate espiritual, ese divertimento es para aquellos a los que les sobra el tiempo.

—Me temo que ya es un poco tarde, padre. La fe sirve para consolar a los vivos. Tengo la impresión de que para los muertos es irrelevante.

—Usted está vivo.

—Técnicamente.

—Tal vez el consuelo…

—Me siento reconfortado, gracias. Siempre… siempre me he preguntado por qué ustedes… ya sabe… ustedes… —Alargué la mano y le toqué el alzacuellos—. Los ministros de Dios parecen sentirse muy satisfechos haciéndonos temer a la muerte. Regocijaos en el Señor. Venid ante su presencia con un cántico. No es del todo correcto, ya lo sé, pero el sentido es ese. Cantaría con mucho gusto:

¿Cuánto falta para Babilonia?
Sesenta millas y diez más, señor.
¿Llegaré allí para el ocaso?
Habrá ido y habrá vuelto, señor.[1]

Graznaba más que cantaba. El padre levantó una mano disgustado.

—Su frivolidad me preocupa.

—Lo siento. No hace falta. Todos debemos morir a nuestra manera.

Volvió a meterse la cruz por debajo de la camisa y se la abrochó. Se marchó poco después. Lamenté haberlo angustiado.

Cuando era niño estaba solo. No trato de justificarme, tan solo constato un hecho. Estaba aislado de otros niños de mi edad por las imperantes barreras de clase y educación. Tampoco es que recibiera una educación formal. Una serie de institutrices me impartieron un conjunto de materias hasta que a la mágica edad de diez años me encomendaron al ayudante de la parroquia, quien, seguramente para complementar unos ingresos exiguos, dedicaba varias horas al día a tratar de enseñarme matemáticas, literatura inglesa, conocimientos rudimentarios de francés y, por supuesto, latín. El latín era su materia, su rostro resplandecía de satisfacción cuando llegaba el momento de abrir alguno de los numerosos libros que traducíamos juntos. Los días en que me mostraba especialmente impertinente, tropezaba con las palabras, las descalabraba, y observaba con malicia la disolución palpable de su satisfacción. Desprendía un delicado olor a caramelo de menta. Cada hora más o menos se llevaba un par de dedos blanquecinos al bolsillo del chaleco y sacaba un caramelito blanco que se introducía en la boca, casi como si estuviera cometiendo un acto delictivo menor.

También estaba el profesor de piano, que venía una vez por semana en tren desde Dublín. Apenas lo recuerdo, salvo su ineptitud como profesor y la causa de su partida. Mi madre entraba en el salón hacia el final de cada lección y suspiraba intranquila en su butaca, impaciente ante la falta de progresos. Era un hombre nervioso que en presencia de ella casi enloquecía. Le temblaban las manos y empezaba a rascar distraídamente las manchas oscuras y resecas que adornaban la parte de delante de su chaqueta mientras me miraba tocar. El salón olía a madera de manzano y a césped y, en otoño, al aroma amargo de los últimos crisantemos de las macetas que se amontonaban en uno de los profundos ventanales; tonos amarillos, oro, bronce y blanco, como una segunda lumbre en la habitación. La caja de ébano negro del Steinway de cola reflejaba las

flores. El profesor de piano estaba absurdamente fuera de lugar.

Se levantó y se acercó a mi madre, haciéndole una reverencia mientras cruzaba la sala. Montones de pájaros dorados volaban en la alfombra azul bajo sus zapatos tristes. Debía de ser otoño, porque en mi cabeza el olor de las flores se enreda con sus palabras.

—Sí. Ah, sí. Está progresando mucho… el muchachito. Es evidente… Sí… Avances… Siento. Espero que se sienta…

Sus ojos apagados se movían nerviosos a medida que hablaba. Sus dedos rascaban y rascaban. Pronto, pensé en silencio, habrá un agujero.

—… satisfecha. —Se inclinó hacia ella al pronunciar esta palabra.

Sutilmente, ella alejó la cabeza de él.

—Ah, sí. Progresos. Supongo que algo así.

Con un gesto de la mano le indicó que podía marcharse y él se enderezó. Yo seguía sentado al piano sin moverme. Había perfeccionado la técnica de la escucha hasta convertirla en un arte. Podía quedarme, a mi antojo, tan quieto e invisible como una butaca o un centro de flores.

—Le ha transmitido buena parte de su talento, señora Moore, al… hum… muchachito.

Abrumado de repente por las manchas, extendió sus largos dedos grises sobre la parte delantera de la chaqueta, como dos estrellas de mar bien muertas en una playa. Toqué un arpegio despacio y mi madre agitó la mano hacia la puerta.

—Su tren, señor Cave. Quiero decir que no debe perder…

—No. No. Por supuesto que no. Bien…

Hizo una pausa y echó un vistazo a la sala, como si tratara de memorizarla para pensar en ella en sus días más oscuros.

—Entonces, me voy. El tiempo y… bueno, eh,… los trenes no esperan a nadie.

Le dedicó una nueva reverencia a mi madre. Ella sonrió con los labios, pero su mirada lo atravesó como si no estuviera allí. Él se volvió hacia mí.

—Y tú, jovencito… Hasta el martes. No dejes de practicar.

Se dirigió a la puerta. De pronto algo me removió, algo parecido a un sentimiento hacia él, ya no recuerdo cuál. Me escurrí de la silla y

lo seguí fuera de la sala por el oscuro vestíbulo de atrás. En la semipenumbra, alargó una mano y me apretó suavemente el hombro.

—Una mujer muy hermosa, que Dios la bendiga. Tan…

Se quedó sin palabras.

—Vaya un jovencito afortunado eres con una mami tan preciosa.

—¿Tiene abrigo?

Tiré con ambas manos del pomo de latón de la puerta y esta se abrió, dando paso al viento del este. Varias cartas revolotearon en la mesa larga de caoba y, por un instante, las llamas espantadas se retorcieron tras la rejilla de la chimenea, antes de recobrar el equilibrio.

—¿Abrigo? Nada de abrigo, hijo. —Soltó una risita—. Nunca tengo frío.

Eso es mentira, pensé. Más bien era un hombre que jamás en la vida había experimentado calor, ni siquiera una alegría pasajera. Salió valerosamente a la noche, e inclinó una vez más la cabeza antes de bajar los escalones.

Cuando volví, padre estaba en el salón. Me quedé en el umbral al otro lado de la puerta y escuché lo que decían sus voces.

—… pero debe irse. Sencillamente, no soporto la idea de tenerlo más en esta casa.

—Mi querida Alicia, estás siendo ridícula.

—No. Ni mucho menos.

—Pero ¿qué puedo decirle?

—Cualquier excusa. Ya se te ocurrirá algo. Cualquier cosa. Desprende un olor deplorable.

—Pero no puedo decirle eso. Vamos, recapacita.

Oía el frufrú de la falda de madre moviéndose por la habitación.

—Debe de estar enfermo. Alguna enfermedad espantosa. Tengo la sensación de que va dejando su rastro por todas partes.

Abrió la ventana y el viento entró agitándose.

—Parece alguien a quien la vida hubiera devorado y no ha quedado nada salvo este olor terrible… Necesito aire, más aire.

Otra ventana rechinó al abrirse.

—Es un buen profesor. Tú misma lo has dicho.

—Frederick, no lo tolero más en esta casa. No puedo ser más clara. Enseñaré al niño yo misma.

Hubo un silencio muy largo. El rostro de mi padre apenas mostraría emoción. Su voz tampoco manifestaba emoción alguna, pero había veces en las que juntaba las manos y las retorcía en un gesto de gran violencia. Madre nunca parecía percatarse o, si lo hacía, le resultaba del todo indiferente.

—Trayendo su enfermedad y su pobreza a mi salón. Le escribirás, ¿verdad?

Era una orden más que una pregunta. Mi padre dejó escapar un suspiro casi imperceptible.

—Si insistes...

—Por supuesto que insisto.

El profesor de piano no volvió a aparecer. Mi madre se aburría enseguida o la torpeza de mis dedos la exasperaba y, pasado un tiempo, las lecciones de piano cesaron.

Hasta donde yo sé, creo que fue al cumplir los doce años cuando surgió la cuestión de ir al colegio. Durante el día, el comedor era un espacio poco acogedor. Estaba orientado al norte y la luz fría se posaba en las paredes y en los muebles sin un ápice de cariño. El almuerzo era la única comida que compartía con ellos. En el desayuno y en la merienda masticaba a solas en la sala de estudio. Al menos podía leer o garabatear en mi libro de ejercicios el preparatorio que no había terminado en el tiempo reglamentario. No me importaba estar solo. Ahora que lo pienso, supongo que nunca había conocido otra cosa. Incluso con ellos estaba solo, y yo era lo único que hacía que ellos no lo estuvieran. Con esto no quiero decir que llevasen vidas recluidas. Al contrario, eran unos anfitriones excelentes, generosos, y es de suponer que también alegres, pero cuando esa parte de sus vidas permanecía inactiva, cada uno se retiraba a una especie de selva propia. Su único lugar de encuentro era el hijo.

El almuerzo, aquel día, casi había terminado. El queso y lo que debía de ser lo poco que quedaba del apio descansaban sobre la mesa. Al otro lado de la ventana, los narcisos ondulantes apenas habían comenzado a abrirse bajo los castaños más allá de la avenida.

Una yegua con un potrillo pegado a su cola pastaba con soltura en la hierba de primavera.

—¿Qué te parecería ir al colegio, Alexander?

La pregunta me pilló totalmente desprevenido, pero, en cualquier caso, mi madre respondió por mí.

—Frederick. —Su voz contenía una advertencia.

Padre le sonrió un instante. Era una sonrisa que difícilmente podría haber alcanzado el otro extremo de la mesa de comedor.

—¿Y bien? ¿Qué dices, hijo mío?

—Nunca había pensado en ello, padre.

—Bien, piénsatelo. Ahora es el momento. Conocer a unos cuantos chicos de tu misma edad. Ensanchar horizontes. Pulirte un poco. Deportes —dijo, aunque no sonaba demasiado convencido—. Pásame el apio, por favor. Y más cosas.

Le pasé el apio.

—El señor Bingham es más que suficiente. —La voz de madre era fría como el viento del nornordeste.

—Tal vez no le venga mal un cambio de aires. Hay otras materias que el señor Bingham no puede…

—Es un niño delicado, Frederick. No debes poner en riesgo su salud.

—Es delicado a tus ojos, querida. Yo no creo que sea para tanto. Acaba de devorar un almuerzo más que notable.

—El doctor Desmond…

—El doctor Desmond es un imbécil.

—Frederick, *pas devant*…

—Mi querida y buena mujer, sabes perfectamente que el doctor Desmond dirá cualquier cosa que quieras que diga.

—Tus comentarios son de lo más absurdo.

Me quedé mirando los narcisos sin decir nada. Sus palabras pasaban por delante de mí, avanzaban y retrocedían por encima de la mesa alargada y bruñida. Sus conversaciones eran siempre las mismas, como un juego horrible, salvo que, a diferencia de los juegos normales, siempre ganaba la misma persona. Nunca alzaban la voz, de sus bocas bien educadas salían palabras maliciosas y frías. Mondas verdes de piel de manzana caían de los dedos de mi madre

a su plato.

—Así lo convenimos hace mucho tiempo. ¿O es que no te acuerdas? Claro que te acuerdas. Te acuerdas perfectamente. Aquella vez que el niño tuvo neumonía.

—La situación ha cambiado.

—Nunca. No cambiará nunca.

Se metió un trozo de manzana en la boca y la cerró de golpe. Padre suspiró y dobló con cuidado su servilleta por los pliegues.

—El señor Bingham es encantador —dijo madre.

—Su encanto está fuera de toda duda.

—No tengo ninguna intención de quedarme contigo sola en esta casa. Ya lo he dicho antes. He sido muy clara al respecto, o eso me había parecido. Quizá no me creíste.

—Supongo que te creí. Casi siempre lo hago. Pero fue hace mucho tiempo.

—Lo reitero.

—Muy bien.

Debí de moverme, o respiré demasiado hondo o algo hice. Los ojos de él se posaron en mí.

—Puedes retirarte, Alexander.

—Gracias.

Me bajé de la silla y salí de la habitación. Sentía sus miradas clavadas en mi espalda mientras cruzaba los kilómetros que me separaban de la puerta.

Así fue como me perdí las formalidades de la educación y cualquier beneficio que aquello me hubiera podido reportar. ¿Tal vez me habría capacitado mejor para la situación en la que ahora me hallo? Lo dudo. El señor Bingham me enseñó los conceptos básicos, cualquier otro conocimiento que pueda albergar mi cabeza lo he adquirido por mi cuenta. Admito que empecé mostrando un espíritu de equipo bastante pobre.

Jerry siempre estaba por ahí. Siempre se le podía encontrar en el patio del establo. Poseía una habilidad formidable para mantenerse apartado de los cascos de los caballos y de los puños de los hombres más irascibles. Advertí sus pies antes que su rostro. En verano estaban descalzos, de un color pardo grisáceo y con unas plantas tan

duras e insensibles a las piedras, a las espinas y a la humedad como las suelas de mis caros zapatos de cuero negros. En invierno se movía con torpeza calzado con un par de botas de hombre atadas con una cuerda. Nunca hablábamos, apenas nos saludábamos con la cabeza, pero yo sabía que no solo estaba allí por los caballos, que estaba tan pendiente de mí como del cepillado impecable de los animales.

El lago se encontraba algo más abajo, al sur de la casa. En verano quedaba oculto desde las ventanas de la planta baja gracias a la densa frondosidad de los matorrales y los árboles que bordeaban los prados. En invierno, siempre eras consciente de sus aguas grises en movimiento, que en ocasiones adoptaban, en cuestión de minutos, un tono plateado deslumbrante o azul con pequeñas olas de espuma que chocaban contra los juncos sin descanso. Más allá, el pantano se extendía hasta los picos rocosos de las colinas que nos protegían del mundo. También ellas, como los pies de Jerry, experimentaban sus propios cambios estacionales, desde la alegre vistosidad dorada del tojo florecido en primavera a la oscuridad parduzca de los días claros de invierno y el brillo de las aguas quietas una vez que amainaba la lluvia. Algunas mañanas, cuando miraba por mi ventana, las colinas parecían tan cercanas que tenía la impresión de que me bastaría con estirar la mano tras el cristal para tocarlas; otros días lucían un aspecto desvaído, pálido, casi de otro mundo. Si hubiera podido llegar allí antes del ocaso, sin duda nunca habría vuelto, señor. Los cisnes flotaban durante nueve meses al año de un lado a otro en el agua. A veces echaban a volar con un fuerte crujido de las alas, y luego, abrumados por la energía que habían empleado para ganar altura, permitían que el viento los arrastrase como enormes trozos de papel arrugados y lanzados hacia el cielo. El ritual diario de madre consistía en dar un paseo después de merendar por el sendero de gravilla hasta el lago para alimentarlos. Comían directamente de su mano una tarta esponjosa de color amarillo claro o pedacitos de un pan finísimo con mantequilla, restos de la merienda. De vez en cuando salían del agua y la seguían por el camino, desplazando la gravilla perfectamente rastrillada con sus patas desgarbadas. Ella se daba la vuelta y les hacía aspavientos para

que se marcharan, batía las manos con suavidad más a modo de amonestación que de alarma.

—La tierra no es vuestro elemento, queridos. Marchaos. Fuera, vamos.

Una vez la oí dirigirse a ellos en una voz tan distinta a la que yo conocía que, por un instante, sentí un destello de amor por ella.

Este sendero que recorría mi madre no era el único junto al lago. En la penumbra, por detrás de los árboles, había caminos umbríos y reverdecidos que bajaban hacia el pueblo, lo dejaban atrás y continuaban hacia el pantano y las colinas. Aquí, si no te habían descubierto, era imprescindible quitarse los zapatos, pues solo en los veranos más secos los senderos se secaban lo suficiente como para no dejar rastros grises de barro en los zapatos. Metía los calcetines en los zapatos y los dejaba con cuidado bajo un arbusto. Luego me internaba bajo las ramas bajas recubiertas de musgo. Al principio solía darme la vuelta para asegurarme de que no me había visto nadie y después me perdía alegremente para siempre en la oscuridad húmeda, rodeado del zumbido de las moscas. Junto a un sauce llorón había un claro donde el camino se volvía hierba blanda y bajaba hasta el borde del agua. Allí podía nadar sin que me vieran. A causa de mi salud, supuestamente delicada, no se me permitía nadar salvo en los días más calurosos de la canícula, cuando la gravilla del sendero de mi madre me abrasaba las suelas de los zapatos ligeros de verano.

Fue en torno a principios de mayo cuando hablamos por primera vez. Los narcisos habían comenzado a marchitarse y encogerse. El tiempo había sido cálido, las hojas habían crecido mucho y las candelas de los castaños estaban en su apogeo. Emergí de la penumbra y pisé la hierba. De repente se oyó un ruido bajo el sauce llorón y un chapoteo. Mi corazón latía con fuerza, asustado. Desde que podía recordar, siempre me habían advertido sobre los gitanos. Avancé con cautela por la hierba, que en esa época del año estaba lo bastante crecida para doblarse como una caricia bajo mis pies. Al pie del árbol había un montón de ropa. Ninguna otra señal de vida, no se oía nada. Recogí la ropa y la escondí bajo un arbusto, luego fui hasta la orilla para esperar al intruso.

—Ven, ¿por qué no te metes?

Una voz me gritó desde muy lejos, en el lago. El chico empezó a nadar hacia mí y reconocí el rostro resplandeciente y sonriente de Jerry.

Aguardé hasta que estuvo justo por debajo de mí con el agua hasta la cintura antes de hablar.

—¿No sabes que esto es una propiedad privada?

Escupió en el agua. No fue un gesto en absoluto agresivo, tan solo insolente. La burbuja de saliva se alejó flotando despacio.

—Te has metido sin permiso.

—¿Y?

—Podría denunciarte.

—Muy bien, pues hazlo.

Me sentía un poco ridículo. Se quedó mirándome un buen rato con unos ojos azules claros y brillantes ribeteados de rosa. Tal vez se acostara muy tarde o puede que hubiera llorado. Aunque no tenía pinta de ser alguien que llorase.

—Hay sitio de sobra para los dos —dijo al fin—. Vamos, entra.

Me lo pensé. Se dio la vuelta y se sumergió bajo el agua. Cuando volvió a asomar se había alejado unos veinte metros. Me saludó con la mano. Destellos de agua salieron despedidos de su brazo. Me quité la ropa y me deslicé por la hierba hasta el agua.

Era más divertido nadar con otra persona, de eso no cabía duda. Todavía no hacía calor suficiente para permanecer mucho tiempo dentro. Salimos gateando por la hierba y nos quedamos mirándonos el uno al otro. Era la primera vez que veía a una persona desnuda. Era mucho más pequeño que yo, sus huesos parecían ramas que quisieran estallar en diversos puntos bajo la piel blanca. Tenía las piernas ligeramente arqueadas. Acababa de empezar a crecerle pelo en el cuerpo, de la misma manera abúlica que a mí.

Una leve brisa agitó las hojas y me rozó la espalda mojada. Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo, oí que me advertía una voz en el oído. Sentí un escalofrío y empecé a reírme.

—Tengo tu ropa. La he escondido.

—¿Dónde?

—No te lo voy a decir.

—Te obligaré.

—Que te crees tú eso. Soy más grande que tú. Mira. Muchísimo más.

Di varios pasos frente a él.

—Eso me da igual.

—No eres más que un retaco.

—Retaco o no…

Se abalanzó sobre mis piernas y los dos nos caímos al suelo. Era mucho más fuerte que yo y mucho más ágil.

—¿Con que un retaco? ¿Eh? ¿Eh?

Me había aplastado la cara contra la hierba. Sacudí la cabeza y me apretó con algo menos de fuerza.

—Eres un gigante y un héroe. Dilo.

—Eres un maldito gigante y un héroe.

—El gigante y el héroe más grande y grandioso del mundo.

—El maldito y condenado gigante más grande y grandioso y el héroe más diabólico del mundo.

Se rio.

—Y tú eres un buen bocazas. ¿Quieres que te llene la boca de hierba? ¿Como a un burro que rebuzna? ¿Como a un tontito?

Arañó la hierba con una mano.

—Pax.

—¿Qué significa eso por Cristo bendito?

—Paz. Me rindo. Tú ganas. Soy tu humilde esclavo.

—¿Dónde está mi ropa, esclavo?

—Debajo de ese rododendro.

Se quitó de encima y se tiró en la hierba.

—Ve a por ella, esclavo, sácala de debajo de ese comosellame.

Fui a levantarme pero me agarró del tobillo y volvió a derribarme.

—Olvídalo.

Nos quedamos tumbados mirando fijamente al sol, algo que siempre me habían prohibido hacer. Peligro de ceguera, locura, insolación o cosas misteriosas llamadas tumores cerebrales.

—Siempre me he preguntado —dijo— qué pasaría si te tumbas al sol, desnudo, un día tras otro durante un año, si te volverías oscuro como un negro. ¿Has oído hablar de los negros?

—Pues claro que sí. No soy un ignorante. Pero, en cualquier caso, no creo que ocurriera.

—¿Por alguna razón?

—Al fin y al cabo ellos han nacido negros. No es cuestión de chamuscarse sin más. ¿Cómo te llamas?

—Jeremiah.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Es mi nombre y punto.

—Vaya por Dios. No es precisamente el típico nombre campesino.

Se inclinó sobre mí y me pellizcó la oreja.

—Esclavo.

—Alexander…

—No digas tonterías. Mira que eres tonto. Como si no lo supiera. Es tan absurdo como el mío. Te llamaré Alec.

—Nadie me llama así.

—Pues mejor me lo pones. A mí puedes llamarme Jerry. Todos los demás lo hacen. ¿Hecho?

—Hecho.

—Yo te enseñaré a pelear. Tú me enseñas a montar a caballo. ¿Hecho?

—¿Y si no quiero aprender a pelear?

—¿No quieres?

—No me importaría.

—Entonces, ¿trato hecho?

—De acuerdo.

Me tendió la mano y se la estreché. Nos tumbamos y miramos el sol prohibido hasta que se ocultó tras los árboles y el viento comenzó a ser molesto.

Tenía un amigo. Un amigo íntimo y secreto. Nunca iba a su casa ni él venía a la mía. Nos encontrábamos o bien abajo, en el lago, o en lo alto de la colina detrás de la casa, adonde iba con mi poni por las tardes cuando él salía de la escuela. Ahí arriba, debidamente escondidos tras una cresta de granito brillante, nos construimos una escuela de equitación. Movimos piedras y rellenamos agujeros para hacer una pista alrededor de los arbustos de tojo, y construimos

media docena de saltos sencillos. Para nosotros era perfecto. Después de la lección, dejaba a Faraón suelto para que pastara en la hierba y nosotros nos agazapábamos al cobijo de un muro de piedra y nos poníamos con los deberes del colegio de Jerry.

—Tengo la sensación de que lo único que hago es Latín, y es aburridísimo.

—*Ora pro nobis* —canturreó Jerry.

—Qué va. El aburridísimo César y sus aburridísimas guerras galas. El pobre señor Bingham se desmayaría con todas esas cosas tuyas sacro romanas.

Jerry se puso de pie de un salto, desperdigando libros y lápices por el suelo. Estiró los brazos hacia delante. Por debajo de nosotros el valle era verde, un ejército de coníferas le escuchaba cantar.

—*Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus Sabaoth. Pleni sunt coeli et terra gloria tua. Hosanna in excelsis.*

Faraón asomó la cabeza por el muro y me echó su aliento caliente en la cara.

—Para. Para. Pobre señor Bingham, le estás matando. Agoníaaaaa.

—*Kyrie eleison…*

—Eso no es latín, pobre *ignoramus.*

—Sí que lo es.

—No, no. Pobre retaco *ignoramus.* Es un poco de griego que han puesto para confundir a los campesinos como tú. Al menos yo creo que es griego. Podría ser babilónico.

—Tú si que eres *ignoramus*. Apuesto a que no sabes la fecha de la batalla de Clontarf.

Me reí.

—Sí que la sé. El señor Bingham es un as en historia irlandesa. Merece la pena seguir la narración tragicómica de Gael, amigo mío, así que mantente despierto. —Imité su voz impostada y me pareció que se me daba muy bien.

—¿De verdad habla así?

—Incluso me quedo corto.

—Cielo santo, es genial. Estrangulado por su alzacuellos.

—Eso es.

Jerry siempre llevaba consigo una armónica, que tocaba con gran

virtuosismo. Cantaba en cuclillas, con los ojos cerrados y las manos ahuecadas sobre la boca. Sus pies descalzos se movían por el suelo en una especie de danza eufórica, como si tuvieran vida propia. Tocaba baladas, tanto sentimentales como revolucionarias, y canciones antiguas, sin letra, de una complejidad casi oriental. A veces intentaba cantar las palabras que me lanzaba de soslayo. Aprendí un montón de historias que podrían haber alarmado al señor Bingham. La mayoría de las veces simplemente me recostaba satisfecho y escuchaba. Cuando peleábamos siempre ganaba él, aunque con el tiempo me volví un luchador más resolutivo de lo que lo había sido hasta entonces. Aprendí algunos trucos, artimañas. Montando a caballo, yo le llevaba ventaja en el estilo. El mío era casi impecable, el suyo, inexistente, aunque él tampoco consideraba que fuera algo necesario. Con estilo o sin él, no le costaba nada conseguir que mi Faraón echase a andar. En retrospectiva, todo parece idílico, pero estoy seguro de que tuvimos nuestros más y nuestros menos. La verdadera amistad admite el reconocimiento de lo malo además de lo bueno. Recuerdo los momentos que me arrancaban de la soledad pasiva de mi vida normal, que me advertían del placer y del miedo a vivir.

—Dejaré la escuela en junio.

Estábamos tumbados en la cima de una colina observando a un hombre y su caballo mientras araban una larga franja de campo por debajo de nosotros. La cabeza del caballo se inclinaba hacia delante como si estuviera completamente relajada, sus enormes pezuñas emplumadas de blanco no perdían el ritmo en ningún momento. El hombre fumaba en pipa y una estela de humo lo seguía a medida que avanzaba. La perfección de las profundas líneas rectas se extendía en el horizonte.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué, *omadhán*?[2] Pues porque tengo que hacerlo.

Aparté la vista de los labradores y miré a Jerry.

—Pero si eres de mi misma edad. Es decir, un niño. Todavía somos niños.

Me dio un puñetazo en la sien.

—Me queda poco tiempo de ser niño. Y entonces tendrás que ir con cuidado cuando estés conmigo y vigilar lo que dices.

—¿Qué vas a hacer?

Hizo un gesto con la barbilla hacia el hombre con el caballo.

—Supongo que eso. Encontraré a algún idiota que me dé trabajo. En casa no se puede hacer nada más que plantar patatas, desenterrarlas y comerlas. Llevo años haciendo eso. Ella ordeña a la vaca. —Se quedó unos segundos pensativo—. Puede que huya con los traperos.

No parecía que hablara en serio, así que no presté atención a lo que me sonó a idea sumamente romántica.

—Ella quiere que me aliste en al ejército. —Escupió, demasiado cerca, como siempre. Sacudí la pierna en lugar de moverla—. Que siga los pasos de mi padre. Y entonces recibiría dos sobres. Una jugada maestra.

—Podrías tocar la armónica en la banda del ejército.

—Muchísimas gracias. Preferiría quedarme en casa. Creo que no estoy hecho para ser soldado. Tal vez me quiero demasiado.

—Mira, Jerry…

—Mmmm.

Metía y sacaba un tallo de hierba por el hueco que tenía entre las paletas.

—¿Por qué no intentas conseguir un empleo aquí? En los establos. Eso te gustaría, ¿no?

Sacudió la cabeza.

—Se me ha pasado por la cabeza.

—Pero ¿por qué no? A mí me parece una gran idea.

—A ver, en primer lugar ya no podríamos ser amigos.

Hasta nosotros llegaron unos gritos escuetos y enérgicos del hombre que araba. El caballo avanzó más deprisa, lanzando la cabeza hacia delante.

—No veo por qué.

—Trabajaría para ti. Sería diferente.

—Para mí no, imbécil insufrible.

—Tu padre, tú. Es todo lo mismo. No nos dejarían ser amigos.

—¿Por qué iba a importarles?

Sin embargo, sabía que les importaría. Jerry tenía razón. Mi madre apretaría los labios en señal de desaprobación, su voz se elevaría de forma inquietante como ocurría a veces cuando hablaba con mi padre.

—El porqué no viene a cuento. A los tuyos les importaría. A los míos también si se diera el caso. Lo mires por donde lo mires, no pinta bien.

Me di la vuelta y me tumbé de espaldas, mirando el pálido cielo primaveral. Un banco de nubes se alzaba por detrás de la colina, gris y amenazador, plateado en los bordes. Un viento escurridizo del oeste movía los tojos. Rompería a llover antes de que anocheciera. Abajo, el hombre también parecía haber recibido el mensaje. Volvió a alzar la voz, persuasivo, intimidante.

—Creo que cuando sea mayor seré criador y domador.

No dijo ni una palabra.

—He pensado que es lo que realmente me gustaría hacer. Es probable que tuviera que marcharme un tiempo y aprender algo al respecto, pero es lo que me gustaría hacer.

—Hop, hop, hop, eeeh —subió por la colina.

—Pienso mucho en ello y nunca se me ha ocurrido nada que pudiera gustarme más. No creo que a mi padre le importe. Podríamos ser socios. Tú y yo. Podríamos.

Se rio. Lo miré. Su rostro nunca cambiaba de color, invierno, primavera, verano, se mantenía pálido y salpicado de pequeñas pecas por debajo de los ojos y en el puente de la nariz.

—Se te da muy bien pensar que las cosas serán fáciles.

—¿Y por qué no iban a serlo?

Suspiró.

—Bueno, ya sabes.

—Podríamos pasarlo en grande. ¿Te gusta la idea?

—Me gusta bastante.

—Entonces, asunto arreglado. Es bueno tener el futuro arreglado.

Sonrió. Indudablemente, era más sabio que yo.

Cuando llegó el momento empezó a trabajar para uno de los granjeros locales, un arrendatario de mi padre, y dejamos de vernos con tanta frecuencia. Mi vida no pareció cambiar en absoluto. Crecí.

A veces crecía tan deprisa que, tumbado en la cama por la noche, imaginaba que realmente podía sentir cómo me estiraba entre las sábanas lisas. En lo que respecta al crecimiento, dejé a Jerry en muy mal lugar. Sus uñas siempre estaban llenas de barro y se aficionó a fumar. Las hebras de tabaco se le quedaban pegadas a la lengua y se las sacaba pellizcándolas con el pulgar y el índice, un gesto que ya había visto hacer a los hombres en el patio. Le echaba años encima, o eso pensaba yo. Como él había dicho, dejó de parecer un niño. Ganaba la increíble suma de siete chelines y seis peniques a la semana. A pesar de que su madre se lo quedaba todo menos un chelín, ningún Rothschild podría haber disfrutado más de su dinero. Nos pasábamos horas encorvados sobre el periódico abierto por la página de las carreras y con inmensa satisfacción ganábamos y perdíamos hipotéticas fortunas. Éramos los expertos, así nos sentíamos, unos auténticos entendidos, no solo en materia de caballos, los caballitos, como los llamábamos, sino también de jinetes. No había nada que no supiéramos acerca de los efectos de las tormentas repentinas en los hipódromos municipales más distantes o de las sequías prolongadas, cuando las patas de los caballos se rompían como cerillas bajo jinetes imprudentes. Almacenábamos información inestimable para un futuro más próspero. Jerry gastaba sus verdaderos chelines en cigarrillos. Yo daba alguna que otra calada y tosía, y él se reía y parecía inmensamente superior y viejo, tan viejo como un árbol.

De repente, consiguió un poni. Una yegua pinta de aspecto divertido, con la crin y la cola blancas.

—Es un poni trapero. Apuesto a que lo has robado. Será mejor que te andes con ojo, irán a por ti.

—Señor superinteligente, no lo sabes todo.

—Si no lo has robado, ¿de dónde lo has sacado?

—La, por favor. Ella, la. Cuida tus modales cuando hables de una dama.

—Se la has birlado de mala manera a los traperos. ¡Qué va a ser una dama!

Le cepilló la grupa describiendo amplios círculos con un cepillo que yo había cogido prestado temporalmente del cuarto de aperos.

El poni pastaba, totalmente impasible a su nueva vida, en la hierba del monte.

—¿Me equivoco?

—No hagas preguntas y no te contaré mentiras. Una cosa sí te digo, y es que es poco probable que vaya a ir a la cárcel por ella.

—Tiene las patas muy cortas.

Era el único insulto que se me ocurría.

—Cualquier día ganará a Faraón.

—Mentiroso. Podrido retaco mentiroso.

—¿Quieres apostar?

La bautizamos como Reina Maeve, un nombre salido de la historia antigua. A los dos nos gustaba, y Jerry sacó una botellita del bolsillo y me la pasó.

—Toma. Tenemos que brindar a la salud de la pequeña.

—¿Qué es?

Siempre había sido cauto.

—¿Tú qué crees? ¿Qué es lo que bebe siempre la gente en los bautizos?

—Champán, creo.

—Eso es para la gente como tú. Tampoco es agua bendita. Aunque lo llamaremos champán, si eso te hace feliz.

Saqué el corcho y lo olisqueé receloso.

—Venga, ¿a qué esperas? Es auténtico. Cosa de hombres. Hará que te crezca pelo en el pecho.

Me llevé la botella a la boca y le di un pequeño sorbo. Los ojos se me llenaron de lágrimas en cuanto el líquido me abrasó la garganta. Me quitó la botella de la mano y la inclinó sobre su propia boca. Vi entre lágrimas que su reacción era la misma que la mía. Esto me hizo sentir algo menos estúpido. Me devolvió la botella.

—Puedes tomar otro poquito. No deja olor. O por lo menos eso es lo que me han dicho.

Se frotó el labio inferior con el dedo como si le doliera un poco.

Osadamente le di un nuevo trago y esta vez saboreé el líquido en la boca unos instantes antes de dejar que bajara poco a poco por la garganta.

—¿Qué es?

—Poitín.[3]

Asentí. Me sentía bastante alegre.

—¿Habías oído hablar de esto?

—Por supuesto.

—¿Lo habías probado antes?

Valoré mis opciones de salir impune contando una mentira y luego meneé la cabeza.

—Yo tampoco —dijo—. Está buenísimo.

—Cosa de hombres.

—Sí, buenísimo.

—¿Dónde lo has conseguido?

Guiñó el ojo.

—Eso sería chivarse.

Me quitó la botella y se vertió unas cuantas gotas en las puntas de los dedos. Fue hasta Reina Maeve.

—Puede que no sea agua bendita pero…

El poni levantó la cabeza y Jerry le hizo la señal de la cruz entre los ojos.

—*In nomine patris et filii et spiritus sanctus.*

—Amén.

—Aaaaaaamén.

—Creo que en el señor Bingham no lo aprobaría.

—Ni tampoco el padre McLoughlin. Por ellos.

Nos terminamos lo que quedaba en la botella, y durante un rato nos sentimos muy acalorados y nos reímos mucho.

Recuerdo, ahora que mi mente vuelve sobre ello, las nubes en el cielo pálido por encima y, debajo, las mismas nubes desbocadas en el agua, como si flotáramos entre ellas, completamente desligados de la tierra. Fue mi primera y mejor experiencia con el alcohol. Antes de volver a casa bajamos y nadamos entre las nubes en el lago, aspirándolas con grandes bocanadas y salpicándonos el uno al otro. El rastro dorado del sol en el agua nos sugería, a los dos por igual, que caminar sobre el agua debía de ser pan comido.

En cuanto uno empieza a remover las profundidades en las que cada palabra, cada gesto, cada suspiro han permanecido ocultos, los

recuerdos emergen a la superficie de la mente igual que los hierbajos ascienden a la superficie del mar.

—¿Qué harás con todo?

Los árboles se habían quedado sin hojas y, desde donde estábamos, las chimeneas de la casa se alzaban hacia el cielo gris, expulsando banderas de humo que se elevaban valerosamente. El lago se hallaba sumido en uno de sus malos humores, exhalaba enojado y su negrura solo era alterada a ratos por manchas de plumaje blanco. Nos dedicábamos a construir algunos saltos más desafiantes, muros de piedra pequeños y robustos y un par de barreras hechas con matorrales. Hacía frío. El cuerpo se me calentaba de tanto cargar y agacharme, pero las manos y la cara me ardían de frío.

—¿Con todo el qué?

—Esto. Todo. Allí hasta donde alcanza la vista, demonios. Todo será tuyo.

—Ah, eso.

—Sí.

—No he pensado mucho sobre ello. Es decir, aparte de los caballos. ¿Sigues pensando lo mismo?

—¿Quién crees que soy? ¿Alguien del sexo femenino que cambia constantemente de opinión?

—Con la gente nunca se sabe.

—Si tú sigues adelante, yo también. Cielo santo, imagínatelo.

—Tendremos que empezar con algo muy pequeño. Le he dado muchas vueltas. Luego dependerá de ti ganar algunas carreras por ahí, en Fairyhouse[4] o en alguna parte, entonces la gente empezará a fijarse en nosotros. Ya sabes, pensarán que quizá tenemos algo que ofrecer. Y a partir de ahí, crecemos.

—¡Qué fácil suena!

—Lo será, ya lo verás.

—¿Y si llega la guerra?

—¿Guerra? ¿Qué guerra? A veces tienes unas ideas extrañísimas.

—Se está hablando de ello. Los alemanes van a enderezar a todos esos idiotas en Europa, los británicos van a enderezar a los alemanes, y nosotros…

Se detuvo un segundo y se palpó el bolsillo superior en busca de un cigarrillo.

—¿Nosotros…?

—Ah. Nosotros vamos a enderezar a los británicos.

—Hala, ¡venga ya! Estás soñando.

—Es lo que se dice.

Agachó la cabeza para protegerse del viento y encender el cigarrillo.

—Pues el señor Bingham dice que no habrá más guerras.

Jerry escupió.

—Guerra —dije.

No parecía posible que la guerra pudiese llegar a tocarnos dentro del círculo mágico de las colinas.

—Me parece que al señor Bingham no le vendría mal aprender un par de cosas.

—No es tan malo en realidad, solo un poco estirado.

—¿Te zurra?

Me pasó el cigarrillo, que ahora brillaba con intensidad.

—Solía tirarme de las orejas de vez en cuando, pero ya no lo hace. Tal vez he mejorado.

—O crecido.

Nos reímos. Nos turnábamos dando caladas hasta que fue imposible sujetar el cigarrillo, luego Jerry lo apagó cuidadosamente con el pie.

—Más vale que me vaya. Tengo que guardar a las vacas y ordeñar a Tooraloo.

Nos descubrieron. No sé cómo, pero en aquel momento tuve el presentimiento de que el señor Bingham, el antaño tirador de orejas, había tenido algo que ver. O quizá simplemente con el tiempo nos fuimos descuidando, montábamos los ponis donde podían vernos desde la casa, o nos reíamos demasiado fuerte de nuestros chistes malos. Sea como sea, llegó a oídos de mi madre.

—¿Eres tú, Alexander?

—Sí, madre.

—Un momento, querido.

Crucé el vestíbulo consciente del estrépito desgarbado que hacían

mis pies en el suelo de losas. El salón era dorado. Estaba sentada entre el servicio del té junto a la chimenea. Uno de los ventanales estaba abierto y el olor a hierba recién cortada permeaba la habitación. Se levantó de la butaca en cuanto entré.

—Voy a dar de comer a los cisnes. Puedes acompañarme si quieres.

Cogió de la bandeja el plato de pan marrón. Los ribetes de una tela de encaje blanca colgaban casi hasta el suelo. Un tronco crepitaba en la chimenea. La seguí por la habitación. Su cabello y la luz de la puesta de sol se enredaban y refulgían al unísono. Cuando salimos a la terraza apoyó su mano cálida en el pliegue de mi codo.

—Los atardeceres son tan hermosos. Deberían renombrar a Irlanda la Isla de los Atardeceres, siempre lo he pensado. ¿No te parece? La hora perfecta para morir. Yo moriré al atardecer, espera y verás.

Me reí sin apenas ganas. Bajamos los escalones en silencio. Era difícil hablar con ella, siempre estaba o bien abstraída, o bien quería más de lo se le podía dar.

—Flores muertas —dijo con rabia, y se detuvo.

Se soltó de mi brazo y partió por el tallo una rosa muerta. La sostuvo un momento en la mano mirándola con desagrado y después la dejó caer en mi bolsillo.

—Puedes tirarla. Después. Cuántas veces se le habrá dicho a ese estúpido chico. Fíjate en esta, y en esa.

Aguanté el bolsillo abierto para que cayeran dos cadáveres más.

—Además de que queda feo, el crecimiento de las flores se ve mermado. Hay razones para todo. Ese chico parece incapaz de aprender. Supongo que es un vago.

Volvió a agarrarme del brazo y seguimos avanzando.

—Está todo descuidado. No puedo ni verlo. Una siempre espera encontrar al jardinero perfecto. Al jardinero potencialmente perfecto.

—Rastrilla muy bien los caminos.

—Cualquier idiota puede rastrillar caminos. Una máquina, si alguien la inventase, podría rastrillar caminos. ¿Cuánto tiempo pasas con esa…?

Mientras hablaba, no dejaba de buscar flores muertas con la mirada. Los dedos le temblaban ligeramente en mi brazo. Mi corazón, antes incluso de que terminase la frase, había empezado a

latir con fuerza.

—¿… persona? Aunque supongo que debería decir niño. Del pueblo. No finjas que no sabes de lo que te estoy hablando. ¿Cuánto de tu tiempo…?

Estaba espantosamente sonrojado. No dije nada.

Volvió a soltarme el brazo y chasqueó los dedos para llamar mi atención, casi como si fuera un perro.

—¿Alexander?

—No mucho tiempo —dije en un susurro.

No me miró ni dijo nada. Sujetaba con rigidez el plato de pan, una especie de escudo, se adelantó unos cuantos pasos. La seguí en silencio. Las hojas verdes se agitaban a cada lado del camino y los grajos hacían su habitual jaleo nocturno. Si volviera a nacer en otra forma, elegiría ser un grajo. Llevan una vida pública sumamente alegre ahí arriba, con sus chirridos desinhibidos y elevándose al cielo. Parecía que no fueran a morir nunca.

Los cisnes aguardaban. Uno de ellos se hurgaba un ala con el pico. Salieron torpemente del agua y estiraron sus cuellos largos hacia mí. Las colinas se apreciaban muy próximas y muy nítidas. Se respiraba lluvia en el ambiente. Los juncos se inclinaban hacia ella, un viento ondulante se revolvía entre ellos.

—*Con los picos en buenas condiciones, dice la pobre anciana*.[5]

Se volvió hacia mí desconcertada.

—No. De todas formas nunca has sabido cantar.

Sus dedos desmigajaban el pan marrón con enojo y se lo tendía a los cisnes. Los cuellos se sumergían y volvían a alzarse. Los pies feos y palmeados aplastaban la hierba. Tiró los últimos pedazos al agua y las aves se lanzaron tras ellos. Volvían a ser hermosas. Madre sacó un pañuelito del bolsillo y se limpió los dedos.

—¿Cómo se llama?

—Jeremiah.

Se rio.

—Ca... casi todos le llaman Jerry.

—Bien, basta de Jerry. Basta de Jeremiah. Todo eso se ha acabado. Ya está.

Me agarró una vez más del brazo, dimos media vuelta y volvimos a

subir por el sendero. Andaba despacio, apoyándose ligeramente en mí para que acompasáramos la marcha.

—En verdad ya no eres ningún niño. Más bien todo un jovencito. —Levantó la vista hacia mí y sonrió—. Pero, por supuesto, no hace falta que yo te lo diga.

Su vestido era de un gris muy pálido y le rozaba las piernas al moverlas. Sin venir a cuento me pregunté cómo serían sus piernas.

—Hemos pensado que es hora de ampliar un poco tu educación. El señor Bingham tal vez haya cumplido su propósito. Creo que ha llegado el momento de… Bien, debo admitir que siempre he querido viajar.

Sentía sus ojos observándome con atención. Yo me miraba los pies, que se movían por inercia de un lado a otro desplazando la gravilla.

—Aquí es cuando comienza la verdadera educación. Basta de aulas. Ahora eres lo bastante mayor para ser un buen acompañante. Para cuidar bien de mí. He pensado que podríamos empezar por Grecia.

—¿Podríamos? ¿Tú y yo?

—Sí, querido. No pongas esa cara de susto. Tú y yo. ¿Por qué no?

—Grecia.

—Tan hermosa, eso dicen. La cuna de la… el señor Bingham te lo dirá.

—Sí.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Qué obcecado eres. Casi tanto como tu padre. ¿No crees que es una idea simplemente maravillosa?

Me clavó los dedos en el brazo, como dientecitos enojados.

—Está todo dispuesto.

—¿Y suponiendo que dijera que no quiero ir?

—Pero no lo harás, ¿verdad que no?

Relajó los dedos en mi brazo.

—No. Supongo que no.

Me acarició fugazmente la mejilla con un dedo.

—Entonces, está decidido. Me alegro. Y dejarás de bajar al pueblo en busca de ese chico. ¿Verdad?

No dije nada.

—No lo harás. No estaría bien, querido… No es…, bueno, *comme il faut.* Lo prohíbo. Absolutamente.

Hicimos el resto del camino en silencio… Al pie de los escalones se volvió hacia mí, con el plato de pan por delante.

—Llévalo a la despensa, sé un buen chico.

Lo cogí y salí corriendo.

Esa noche, después de la cena, me llamaron al salón. Mi padre siempre se sentaba en la misma butaca. Era de terciopelo verde oscuro con el respaldo alto y curvo. Era el tipo de butaca en la que sin duda su padre se habría sentado antes que él, y el padre de este antes que mi abuelo. Generaciones de traseros masculinos habían ahuecado y calentado el asiento plácidamente. Pensé en mí, el siguiente en la línea. Estaba ocupado con su pipa. Eso quería decir que sería incapaz de ofrecer toda su atención a cualquier conversación que se desarrollara a su alrededor, fuera la que fuese. Mi madre se sentaba al piano como si estuviera a punto de ponerse a tocar. Se masajeó con cuidado el dorso de una mano y después el de la otra.

—Ah —dijo mi padre cuando entré.

No dejó de mirar la pipa.

—Pero siéntate —sugirió mi madre, como si estuviese hablando con un desconocido.

Crucé la habitación y me senté. Las ventanas estaban todavía abiertas y las cortinas descorridas. Aún quedaba una pizca de color en el cielo. Incluso allí dentro oía el débil chirrido de los murciélagos que se abalanzaban en picado al suelo, atraídos y asustados por la luz de la sala.

—¿Quieres una copa de oporto?

Raspaba furioso algo en el interior de la cazoleta de la pipa con un bastoncillo de plata.

Me sonrojé y sacudí la cabeza.

—Te sientes solo, ¿eh?

—Oh, no, padre. Al menos eso creo.

—Bien, bien. Bien.

Madre empezó a tocar suavemente. No recuerdo qué era lo que tocaba, pero es probable que Chopin. Siempre fue muy partidaria de

Chopin.

—Hemos pensado que es hora de que despliegues un poco las alas.

Sopló por la cánula y frunció el ceño.

—De que veas un poco de mundo. Ya sabes.

—Eso dijo madre.

—Ah, sí.

Se echó hacia delante y dio unos golpecitos bruscos con la pipa en la repisa de la chimenea de mármol.

—¿Estás de acuerdo?

—Bueno… No he tenido mucho…

—Pues claro que está de acuerdo, Frederick. ¿Por qué haces preguntas tan necias? Es decir, ¿qué chico de su edad no estaría de acuerdo?

Volvió a fruncir el ceño hacia la cazoleta y continuó raspando.

—Se me ha ocurrido que la temporada que viene podrías ayudarme con la caza. Podríamos hacerte montero, si tú quisieras.

—Eso me gustaría mucho. Muchísimo. Gracias.

—Y ver qué tal se te da.

—Sí. Habría que verlo. Yo…

—Si hay algo que odio —alzó la voz para que ella pudiera oírlo con claridad— es música de fondo cuando estoy tratando de hablar.

Ella lo ignoró, como él debía de imaginar que haría.

—Dentro de un año más o menos voy a necesitar un maestro de caza adjunto. Empiezo a hacerme mayor, como sabes, hijo.

Se sacó una bolsa de cuero liso del bolsillo y empezó a llenar la pipa, empujando las hebras de tabaco hacia abajo con las yemas de los pulgares.

—Tal vez haya llegado la hora de que nos conozcamos un poco. ¿Eh?

Mi rostro estaba paralizado de vergüenza. Asentí.

—Un día de estos tendré que mostrarte qué es cada cosa por estos lares. Cuando vuelvas, claro está.

—No me importaría comenzar ahora mismo.

Parecía dubitativo. Apartó la vista de la pipa un momento y miró hacia al piano.

—Creo que estaría bien que te marchases por un tiempo.

—¿Pero no va a haber una guerra?

Mi madre apartó las manos del piano. Un zumbido grave permaneció durante unos instantes en la habitación. Padre encendió una cerilla y la sostuvo frente al tabaco cuidadosamente prensado.

—Lo que quiero decir es que… si va a haber una guerra, no me parece muy prudente estar yendo de un sitio a otro… Bueno… supongo que no va a haber… Solo me lo preguntaba.

Ella se rio. Su risa era siempre encantadora. Padre volvió a mirarla por encima de la llama parpadeante.

—Querido, ¿de dónde has sacado una idea tan extraordinaria?

El frufrú de su falda al levantarse era como el sonido de las olas alcanzando la orilla.

—Es innegable que hay tensiones —dijo mi padre—, pero no me cabe duda de que se suavizarán.

—¿Pero dónde escuchas cosas tan estúpidas? Eso es lo que me gustaría saber.

—Tal vez un estallido repentino no pueda descartarse por completo. —El tabaco se encendía a medida que aspiraba hacia dentro con cuidado. Parecía un poco más contento—. Tensiones internacionales. Sí. Y los ávidos de poder. —Con un gesto rápido e irritado de la muñeca sacudió la cerilla para apagarla y la dejó caer en la rejilla de la chimenea—. Si te interesa, me ocuparé de que te lleven los periódicos cuando haya terminado de leerlos. Así podrás informarte sobre estas cosas por ti mismo. A mí, en particular, me resultan de escaso interés. Casi nunca me descubro perdido entre las páginas internacionales. Encuentro que allí donde no puedo ejercer una influencia plausible se instala un letargo terrible. A veces me arrepiento. —Encendió otra cerilla—. Aquí… —señaló con la cerilla titilante—. Parece que estemos tan lejos, tan protegidos.

—Oh, Frederick, te vuelves muy aburrido cuando te pones a disertar sobre esa clase de cosas. Erre que erre, *ad infinitum* sin decir nada de nada. ¿Con quién hablas de esas cosas, Alexander? ¿No será con el servicio? —La sola idea hizo que su voz se elevara hasta una exclamación entrecortada.

—Claro que no.

—¿Entonces? —quiso saber.

La llama en la cazoleta de la pipa se agitó como una mariposa en la punta de una flor.

—Con la gente. Por ahí.

Apretó los labios con fuerza enojada antes de hablar.

—Te refieres a ese chico. Ese Jeremiah Crowe.

—Puede.

La cerilla se apagó. Él la sostuvo mientras se extinguía entre sus dedos.

—¿Qué sabe él sobre nada?

—Supongo que no sabe tanto como tú, pero sabe mucho más de lo que yo sé. Sobre lo que ocurre.

—No puedes volver a verlo. ¿Me has entendido?

—Entiendo lo que dices, pero sinceramente no sé por qué.

—En ese caso debes aceptar mi criterio…

Mi madre se inclinó hacia mí y tiró de la campanilla, una manija ornamentada de latón en la pared junto a la chimenea.

—Pero es simpático. Somos… es mi amigo.

—Frederick.

Padre suspiró. La cerilla chamuscada se le cayó de los dedos.

—En cierto sentido, hijo mío, tu madre lleva razón. Es una relación inapropiada.

—En todos los sentidos.

—Yo no diría tanto. Pero lo es de muchas maneras. Es una triste realidad, muchacho, que uno debe aceptar desde joven. Sí, joven. —Hizo una pausa y le dio un empujoncito al tabaco prendido con la uña del meñique—. Las responsabilidades y las limitaciones de la clase en la que naces. Deben aceptarse. A fin de cuentas, fíjate en las ventajas. Una vez que aceptas las ventajas, lo demás viene solo. El caos puede abrirse paso con gran facilidad.

—Nada. Y dale con no decir nada. Siempre igual…

La puerta se abrió y entró la doncella.

—Las cortinas, por favor.

Regresó al piano, alisándose la falda al sentarse. La muchacha cruzó la habitación y cerró las ventanas. Fuera ya estaba muy oscuro.

—Sírveme un vaso de *whiskey,* jovencito —ordenó mi padre.

Los pesados decantadores de cristal descansaban en una bandeja de plata. El *whiskey* le gustaba sin diluir. Serví cerca de un centímetro y medio en el vaso. El *Grande Valse Brillante* se arremolinaba a nuestro alrededor. La doncella echó las cortinas y las alisó con movimientos largos y seguros de las manos. Dejé el vaso sobre la mesa junto a mi padre. Asintió.

—¿Eso es todo, señora?

—Gracias, sí.

Su voz, como las notas que salían de sus dedos, era alegre. Jamás me dio tiempo a captar sus estados de ánimo antes de que cambiasen.

—Nunca hablas con autoridad —dijo al cerrarse la puerta—. Nunca suenas como si supieras de lo que hablas. Siempre has sido un hombre ineficaz.

Le temblaba la mano al coger el vaso. Había dejado la pipa por un momento.

—Supongo que es una palabra tan buena como cualquier otra para describirme.

—Ineficaz y viejo.

Alargué una mano y le toqué la rodilla. Fue un gesto rápido, tan ineficaz como cualquiera que pudiera haber hecho él mismo.

—Como quieras. Haré lo que tú…

Se rio.

—Harás lo que diga tu madre, hijo mío. Eso es lo que tienes que hacer. Sí.

Volvió a coger la pipa y el proceso recomenzó una vez más. Supuse que habían terminado conmigo. Me levanté para irme.

—Entonces, ¿lo prometes? —dijo madre mientras cruzaba la sala.

—Supongo.

—Promételo.

—De acuerdo.

Me quedé quieto unos instantes al otro lado de la puerta para oír lo que pudieran decirse el uno al otro. No dijeron nada.

Nos fuimos a Europa. Contemplamos antigüedades clásicas. Escuchamos música. Visitamos iglesias italianas en las que hacía frío

y galerías de arte hasta que me dolían los ojos y los pies y la cabeza. Probamos comidas extrañas, y en ocasiones deliciosas, bajo tenues marquesinas mientras el sol abrasaba todo lo habido y por haber. Pasábamos los días con gente tan encantadora y distante como nosotros. Adquirí todo un catálogo de nuevos sonidos, nuevos olores, nuevas sensaciones. Todo eso tengo que agradecérselo a ella.

Cuando volvimos, los árboles que rodeaban la casa estaban hechos polvo y casi desnudos. Mi madre se estremeció al salir del coche; yo no sentí nada salvo la alegría de percibir el círculo de las colinas acercándose cada vez más para protegerme, el placer del aire húmedo en mi rostro desteñido por el sol sin filtros.

… carne de mi carne,
hueso de mis huesos, y en la prosperidad como en el infortunio,
mi suerte será siempre la tuya.[6]

Adiós a expandir la mente, pensé.

Mi padre se había ajado ligeramente durante nuestra ausencia, no es que estuviera coartado mental o físicamente, pero parecía un hombre más pequeño de lo que lo recordaba. Yo ya no pasaba los días con el señor Bingham, sino con mi padre y con el administrador de la finca, lo que era infinitamente preferible. Me había comprado una yegua castaña. Se echó a temblar de arriba abajo cuando quise apoyar la mano en su cuello para tratar de acariciarla, y me miró con unos ojos que reflejaban la más magnífica de las locuras, algo que nunca antes había visto.

—Oh —fue todo cuanto acerté a decir.

—Sí —convino Paddy, el mozo de cuadra—. El amo ha pagado un precio descabellado por ella, pero no se equivocaba.

—Oh.

De inmediato decidí llamarla Morrigan.

—Vaya nombre más raro y feo —dijo mi madre cuando nos sentamos a cenar esa noche.

—El vino, por favor —pidió mi padre.

Se lo pasé. Recuerdo que le temblaba la mano al coger la botella.

—¿Te lo has inventado o lo has oído en alguna parte?

—Era una bruja muy famosa.

—De veras, querido, qué interesante. ¿Cómo Morgan le Fay?[7]

—Algo así.

—Una bruja irlandesa, no cabe duda, con un nombre tan magnífico como ese.

—Era muy buena cambiando de forma. He decidido que este es su hechizo más reciente…

—Qué idea más ridícula.

—¿Has visto sus ojos? —Me volví hacia mi padre.

Sonrió.

—Doy por hecho que estás contento.

—Más de lo que lo he estado nunca con nada.

—Bien, hijo, bien.

—Me maravilláis, ambos dos. El niño y yo pasamos cuatro meses en Europa y, ¿qué importancia tiene esto para cualquiera de vosotros? Preferís poneros a hablar sobre los ojos de un caballo.

—¿De qué preferirías que hablásemos?

Lo miró con desprecio y no dijo nada. Me ruboricé y bajé la cabeza, tomando distancia de ellos, hacia la plata lisa y resplandeciente prolijamente dispuesta alrededor de mi plato. En el mango de cada cuchara y tenedor un grifo levantaba el talón con gesto airado.

—No soy tan inculto como pareces creer.

Su voz era fría, más bien indiferente. Un simple comentario de pasada. Después de eso, el silencio de madre llenó la habitación mientras mi padre y yo manteníamos alguna conversación nada memorable, palabras constreñidas que andaban a tientas, como inmovilizadas por la niebla, de un interlocutor a otro.

El otoño dio paso al invierno. Árboles pelados flanqueaban el jardín apagado. El suelo era marrón y casi luminoso, como agua en reposo. Las montañas eran de un gris apenas más oscuro que el de las nubes.

Padre era un hombre metódico. Cada viernes el administrador acudía a su despacho, las botas minuciosamente limpias, el sombrero abandonado durante un par de horas en la mesa del vestíbulo, entre las bandejas y las flores y las cartas sin abrir. Las cuentas de la finca y de la casa, los libros de registro y las nóminas

estaban distribuidos en montones sobre el escritorio. Mi padre se instalaba cómodamente en su butaca, la mano que sujetaba la pluma temblaba ligeramente de vez en cuando. Durante estas sesiones nunca fumaba su pipa, y solo recurría a ella con alivio cuando el administrador se levantaba para marcharse.

—Empiezas a comprender, espero, hijo mío. Las cifras y los papeles pueden parecer inútiles, pero tienes que aprender a gestionarlos. A tenerlos presentes.

Presionó la mesa con la yema del pulgar como si estuviera aplastando un insecto.

—En este país la tierra es nuestro activo más importante. Sí. Ajá. Nunca seas cruel con ella. Nunca escatimes. Nunca la trates con desprecio. Para ser práctico, más que emocional, y debo admitir que hay a veces en que lo soy, cuanto más inviertas en la tierra más podrás sacar de ella a la larga. Es como vivir, supongo. La vida puede ser muy estéril, hijo mío. Nunca olvides que por estos lares el suelo está lejos de ser estéril. Generoso. Ah. Tu madre siempre ha dicho que soy un campesino de corazón. Es probable que esté en lo cierto. No me avergüenza lo más mínimo. Todos provenimos de alguna tribu extinta. Observar cómo crecen los cultivos, cómo engordan los animales —se rio, avergonzado por un instante— … discúlpame. Es una satisfacción simple, pero la mayor que he conocido en la vida. Soy viejo. Solo puedo hablar sobre lo que sé. No me hagas caso. ¿Quién lo hace? Amar la tierra es más gratificante que cualquier… No he aprendido mucho. Es donde reside mi satisfacción. Mi fe. Estoy seguro de que te parezco ridículo. Hay personas, sin embargo, que no aprenden nada. Nada en absoluto.

Siempre hablaba con frases cortas, haciendo pausas frecuentes para dar un empujoncito a la pipa o contemplar la llama arrastrándose a lo largo de una cerilla mientras la sujetaba con cuidado entre el índice y el pulgar. A veces cerraba los ojos a medida que las palabras le salían a trompicones, como si no pudiera soportar mirar ni un segundo más el mundo que le rodeaba. Yo escuchaba en un silencio casi total, entresacando lo que podía para mi propio uso a partir de la maraña de pensamientos, recuerdos, sueños y fantasías que se complacía en ofrecer. Creo, mirando atrás y

pensando en ello, que debía de pasar una buena parte del tiempo con dolores. Tenía una forma muy particular de estirar la espalda de repente que hacía que su cuello se volviera muy largo y delgado, la cabeza se sacudía un momento y al mismo tiempo se palpaba prudentemente la espalda, explorando con los dedos la parte final de las finas costillas. Supongo que me daba miedo preguntarle por si me decía algo que ninguno de los dos quería escuchar. En general, parecía alegrarse de mi compañía, pero del mismo modo en que un hombre en una isla desierta debe de alegrarse de ver y hablar con su propia sombra de vez en cuando.

No vi a Jerry de cerca hasta que terminó el invierno. La carrera de obstáculos de la localidad se celebró un día de primavera formidable y muy frío. El viento del este movía las nubes en el cielo y doblaba los setos, que justo comenzaban a despuntar de verde. Jerry y Reina Maeve ganaron una carrera. En el prado, mi padre le entregó su trofeo y le estrechó la mano. Las damas y caballeros a su alrededor le obsequiaron con un aplauso cortés y al otro lado de la valla se oyeron gritos de júbilo. El cuello del poni estaba negro por el sudor y exudaba una nube de vapor perfumado. Le tendí la mano. Jerry la cogió sin mirarme.

—Enhorabuena, Jerry.

Su mano estaba fría como el hielo. Parecía que no había crecido ni un centímetro, pero se le veía hecho un hombre. Me sonrojé al ver que llevaba puestas unas viejas calzas que habían sido mías.

—Gracias, señor —murmuró.

—Has hecho una gran carrera.

No dijo nada.

—Se ha convertido en una saltadora espléndida. Siempre dije que lo sería, a la menor oportunidad.

Esbozó una media sonrisa.

—No tiene ni punto de comparación con tu nueva yegua.

—¿La has visto?

—¡Cielo santo, que si la he visto!

—¿Qué te parece?

—Te sacaría los ojos hasta dejarte ciego.

Volví a tenderle la mano.

—Jerry…

La mano de madre se había posado en mi brazo. Dedos duros y persuasivos.

—Alexander, querido, debemos irnos. Alguien tendrá que llevarme a casa. Este viento terrible me resulta insoportable.

Asintió brevemente hacia Jerry y después me apartó. Su rostro estaba pálido de frío y enojo.

—Estoy muy disgustada.

No dijo nada más hasta que la hube ayudado a subir al coche y se hubo envuelto las piernas con una manta.

—Creo que ese joven está involucrado de algún modo con una organización criminal.

—¿Quién?

—El chico con el que hablabas. Sabes perfectamente quién.

—Menuda tontería.

—¿Cómo dices?

—Lo siento, madre, pero eso es un auténtico disparate.

—Nunca se sabe a qué acabarán dedicándose esa clase de personas.

—Jerry no es estúpido y no es ningún criminal. Lo cierto es que no sé de qué hablas.

—Existe un descontento peligroso en algunos lugares.

Me reí.

—Qué anticuado suena lo que dices.

—No permitiré que te veas con él. *Parlons d'autres choses.*

—Monta bien. Tienes que reconocerle ese mérito.

—*Autres choses,* querido, *autres choses.*

Puede que haya sido injusto con mi madre. Nunca he sido capaz de comprender sus motivos, y esto hace que sea difícil ver a las personas con claridad. No he conocido a más mujeres, así que no puedo compararla con nadie de su mismo sexo. Desprendía un brillo artificioso que los desconocidos tomaban por realidad, pero que a mí me parecía un fino caparazón que ocultaba una ira negra abrasadora que la consumía a cada instante. Cuando tocaba el piano, lo hacía con una rabia que me incomodaba y que me hacía abandonar la habitación con cierta aprensión para escuchar desde

una distancia segura. Creo que me amaba, pero quería de mí algo que yo no comprendía en absoluto. A medida que fueron pasando los meses le enfurecía cada vez más la satisfacción mutua que irradiábamos mi padre y yo cuando estábamos juntos.

Al principio prestamos muy poca atención a la guerra. Bélgica y Flandes nos resultaban muy lejanas. Nuestros campos eran oro y los sentíamos firmes bajo nuestros pies. El otoño comenzó a pintar el viento del atardecer con escarcha. El humo de las hogueras era el único que nos irritaba los ojos. La caza del zorro empezaba por las mañanas muy temprano, la tierra se veía temporalmente blanca de niebla y rocío. Desaparecieron unos cuantos rostros conocidos. La guerra ocupaba las portadas de los periódicos que traían a diario en el tren desde Dublín.

—… sería una desgracia que avergonzaría para siempre a nuestro país y un reproche a su hombría, un rechazo de las lecciones de su historia, si los esfuerzos de la joven Irlanda por permanecer en casa se limitaran a defender las costas irlandesas de una invasión improbable, y dejara de cumplir con su labor de demostrar en el campo de batalla esa gallardía y coraje que han distinguido a nuestra raza a lo largo de toda su historia.

—Malditos idiotas.

Mi padre se dirigió a la puerta del salón, con los puños cerrados. Mi madre chasqueó los dedos para que recogiera el periódico del suelo. Se lo tendí.

—Me alegra ver que el señor Redmond[8] al fin se comporta de manera responsable. —Se echó hacia delante frunciendo el ceño al periódico y absorbiendo cuidadosamente cada palabra.

—¡Carne de cañón!

Lo dijo sin volverse hacia nosotros, se limitó a gritar esas tres palabras al vestíbulo vacío y después se fue dando un portazo. Madre miró la puerta con una media sonrisa en el rostro y acto seguido devolvió su atención al periódico.

Después de esto mi padre envejeció de forma ostensible, y sospecho que le daba a la bebida bastante más de lo que le convenía. Se retiró casi por completo a la torre misteriosa de su propia cabeza y los ojos se le enrojecieron y se le llenaron de algún

tipo de mucosidad que debía limpiar una y otra vez, furtivamente, con la punta del pañuelo, una actividad que le consumía tanta energía como trajinar con su pipa.

Una noche estábamos sentados en el salón. Era principios de octubre. Todo el día había soplado un viento monótono. Las ventanas temblaban y las chimeneas gemían. Un hilillo de humo escapaba del hogar de la chimenea a la sala, algo que siempre irritaba a mi padre. Se sacaba el pañuelo del bolsillo, se limpiaba los ojos y se lo llevaba impacientemente a la nariz. A lo largo del día los árboles habían ido perdiendo sus hojas y los nidos de los grajos, la única decoración invernal, empezaban a quedar al descubierto. Aguardábamos la llegada de madre antes de tomar el jerez. A mí me atormentaban los poemas del señor Yeats.

¡Rosa de Rosas, oh Rosa del Mundo!
Tú también has venido donde rompen las mareas oscuras
sobre muelles de tristeza…

Era consciente mientras leía de que mi padre se había pasado el pañuelo por los ojos y que después lo había arrojado con rabia al fuego. De repente me pareció que su vestimenta de noche le quedaba demasiado grande. Por extraño que parezca, no tenía ni idea de cuántos años tenía. De pronto sus manos daban la impresión de estar hechas de cuerda anudada.

…y has oído repicar
la campana remota que nos llama.
Lo bello entristecido por lo eterno
nuestra te hizo…[9].

—Hay que limpiarlos —murmuró—. Los restos de los nidos.

La puerta se abrió y entró madre. Los dos nos pusimos en pie. El fino libro de poesía cayó al suelo al incorporarme y quedó abierto bocabajo, con las páginas ligeramente dobladas bajó su peso. Estaba pálida, los labios apretados con fuerza formando una fina línea. Mi padre fue hasta la bandeja donde descansaban los vasos y los decantadores.

—Han matado a Christopher Boyle.

Todavía oigo el rumor de su vestido satinado moviéndose suavemente mientras cruzaba la habitación.

Padre dejó con cuidado el tapón del decantador en la bandeja y permaneció unos instantes en silencio.

—Flandes —dijo ella—. Algún lugar de nombre impronunciable.

Acercó las manos a la lumbre. Un encaje delicado las tapaba parcialmente y en sus dedos refulgían diamantes. Mi padre cogió el decantador y llenó tres vasos.

—Malditos idiotas —fue todo cuanto dijo.

—Yo estaba allí cuando llegó el telegrama.

Se volvió hacia mí con ojos extrañamente exaltados. Padre le puso un vaso en la mano.

—Un desperdicio.

Bebimos el jerez en silencio y otra nubecilla de humo subió en espiral hacia el techo en penumbra. De pronto, padre hizo un gesto enojado con la mano y tiró una figurita de porcelana de la mesa que tenía al lado.

—Ay, Frederick, qué torpe eres.

Nos quedamos mirando los trozos blancos y dorados en el suelo. Parecían pétalos caídos de una flor.

—Lo siento.

Madre sacudió la cabeza. Podría haber significado algo o no.

—Te compraré otro. ¿Qué era, por cierto?

—No.

Llegó hasta la campanilla.

—Deja —dijo él con brusquedad—. No los molestes. Yo lo recogeré.

Se agachó despacio y se puso a recoger los trozos del suelo. Era un pastor que cargaba alegremente con un cordero al hombro, la mitad de una pareja. Su compañera sonreía despreocupada en la misma mesa.

—Te conseguiré otro.

—No puedes. Eran franceses o algo así. De todas formas, no puedo decir que me entusiasmasen. Toma.

Le dio la papelera y padre tiró los trozos dentro. Debió de marearse cuando se agachó. Se enderezó con dificultad y apoyó la

mano en el respaldo de la butaca para sostenerse.

—Te haces viejo —comentó ella—. Hace tiempo que me doy cuenta. ¿Enfermo, tal vez? ¿No debería verte un médico?

—Poco puede hacer un médico por mi edad, querida.

—O una enfermedad. —Lo dijo pensativa, mirando más allá de mi padre a un jarrón con crisantemos amarillos que estaba apoyado en la pared.

—Es la edad, nada más. La rigidez ósea. Ahora soy consciente de mi cuerpo en todo momento, a diferencia de los jóvenes. Es un fastidio pero el médico no puede ayudarme. No.

—Me he fijado en que llevas un bastón cuando sales a pasear.

Admitió esta observación con una leve inclinación.

—Tendrás que volver a ponerte en forma.

Dio un sorbo rápido.

—Cuando Alexander vaya a la guerra no podrás contar con él como haces ahora. No estará para apoyarte.

Padre y yo empezamos a reírnos. Instantes después ella se estaba riendo con nosotros. Nos quedamos junto a la chimenea con los vasos en la mano riéndonos como tres personas felices. La puerta se abrió y allí estaba la doncella.

—La cena está servida, señora.

Poco después, madre pelaba una pera. La cena se había desarrollado casi en completo silencio. Solo cuando las doncellas se encontraban en la habitación alguno de nosotros había tratado de iniciar una conversación. La ansiedad me tenía en vilo. A mi espalda, el fuego suspiraba y murmuraba dulcemente, como deben de suspirar y murmurar los enamorados. El comedor siempre tenía mejor aspecto de noche, con las largas cortinas de terciopelo liberadas de sus cordeles de seda y los charcos de la luz de las velas en la mesa. Comidas cómodas y charlas incómodas es lo que siempre me viene a la mente cuando pienso en esa habitación. El cuchillo que sujetaba era de plata, el mango tenía adornos y florituras. Nunca me han gustado las peras.

—¿Por qué te reías?

—Supongo —dijo mi padre— que porque tu comentario era

risible.

—Si me perdonáis… —Me levanté para marcharme.

—Siéntate. —La voz de ella sonaba irritada.

Me senté.

—No bromeaba.

—Madre…

Padre me interrumpió.

—Si no bromeabas, entonces es que has perdido el juicio, como todos los demás.

—No. Oh, no, Frederick. Tiene que ir.

—Anda, sé bueno y acércame el oporto. Me parece, Alicia, que ayer mismo eras del todo inconsciente de la existencia de esta guerra… No, discúlpame, eras indiferente a su existencia, y ahora, porque algún joven desafortunado y confundido ha sido asesinado, deseas enviar a Alexander. ¿Qué demonios te ha ocurrido de repente?

—Déjate de demonios. Como muy bien sabes, es su deber luchar.

—No sé de qué me hablas. De todas formas, la decisión sin duda ha de ser suya.

—No tiene elección.

—Aquí sí que la tiene. Por una vez los británicos no están siendo completamente estúpidos.

—Un deber moral, cuando menos. ¿Por qué habrían de ir los demás y él no?

Mi padre se levantó.

—Me niego a discutir. Tengo cosas que hacer, disculpadme.

Mientras se dirigía a la puerta habló con una voz agitada que nunca antes le había oído.

—Todo lo que siempre has querido. Todo, Alicia. Tenlo presente. Piénsalo bien antes de llevarte a mi hijo. Yo digo que no. No.

—*Dulce et decorum est…* Eres viejo.

—Sí, lo soy, ahora lo creo, pero nunca he aspirado a ser inglés. Ni tampoco tengo tales aspiraciones para mi hijo.

—Nuestro hijo.

—Nuestro hijo.

—El señor Redmond…

—El señor Redmond es un necio corto de miras.

—Ve y ocúpate de tus cosas, anciano. Eres tú el que tiene demonios, no yo.

Nos dejó solos. Ella se terminó su pera en silencio. Odio las peras. Se limpió la boca con la servilleta y se levantó. Se colocó detrás de mí y me rodeó el cuello con los brazos, tirando de mi cabeza hacia atrás para que descansara sobre su pecho suave y cálido. Sus dedos me acariciaban el pelo. Su olor era dulce e intenso y todavía era joven. Me retiró el pelo de la frente hacia atrás y me dio un beso.

—Mi hijo. Mi queridísimo hijo.

La odiaba.

La puerta del despacho de mi padre estaba abierta y atravesé el vestíbulo.

—Alexander.

Madre había entrado en el salón. La oía tocar el piano.

—Alexander.

—Voy.

Era una habitación llena de sombras, una sala de observación. Daba igual dónde me pusiera o sentara, siempre tenía la sensación de que había alguien detrás de mí, alguien que no se conformaba con una sonrisa fugaz y conciliadora por encima del hombro, sino alguien adusto y exigente. Padre estaba sentado junto al fuego, con una mano levantada delante de los ojos para protegerlos del resplandor del calor que irradiaba del corazón de las llamas. La otra mano sostenía un vaso de brandi. Me indicó con la cabeza que me sentara. Me senté al otro lado del fuego, frente a él, y me recosté en la butaca de manera que el reposabrazos quedara entre mi cara y las llamas. Permanecimos así sentados un buen rato, nuestros dos rostros vulnerables ocultos por la penumbra. Oía su respiración raspándole la garganta y los movimientos de la lumbre y la forma en que las sombras danzantes se revolvían

—¿Un brandi? —preguntó al fin.

—No.

Se llevó el vaso a la boca y bebió. Por un instante, sus dientes castañetearon contra el cristal.

—Tal vez —dijo al cabo de un momento—, el próximo mundo tenga más sentido que este.

Alguien suspiró en alguna parte. No había sido mi padre, tampoco había sido yo. Dadas las circunstancias, no era muy reconfortante.

—Tu madre es una mujer admirable.

—Al final sí que tomaré algo.

En realidad lo dije por decir algo. Él asintió. Me levanté y me serví yo mismo.

—Miento —dijo.

Volví a sentarme y lo miré. Lo único que alcanzaba a ver de su rostro eran sus ojos luminosos en la penumbra.

—Espero que nunca experimentes la humillación de vivir con alguien a quien le resultas completamente indiferente. Humillación. —Hizo una pausa y dio un sorbo. La otra mano se desplomó en su regazo, demasiado cansada, o eso parecía, para defender más tiempo sus ojos. Su rostro se asemejaba a un relieve renacentista, esculpido en oro. Pude identificarlo gracias a mis viajes.

—… ah, sí… ser incapaz de provocar reacción alguna en el otro. Perdóname.

Me miró. Hice un movimiento avergonzado y descortés con la cabeza.

—Ahora que sé que me odia, es mejor. Es curioso. No espero que lo comprendas.

—Estoy seguro de que no… —Me di cuenta de que estaba entrometiéndome.

—Perdóname —repitió—. El corazón se marchita. Es algo por lo que debemos estar agradecidos a Dios. Pareces asustado.

—Bueno… supongo que de alguna forma lo estoy.

—Sírveme otra copa. No debes asustarte cuando la gente habla. A todos nos han enseñado a comportarnos demasiado bien. Gracias. La espalda me está dando problemas esta noche.

—El médico… —sugerí vacilante.

Se rio.

—¿Por qué dices que te odia?

—No creerás que te está enviando a la guerra por razones patrióticas, ¿verdad?

—No lo sé, de todas formas no pienso ir.

Volvió a reírse. Realmente parecía que le hacía gracia.

—Ah, hijo mío, vaya si irás. Eres un cobarde, así que irás.

—Razón de más para quedarse, ¿no crees?

—Los auténticos cobardes son incapaces de hacer frente a la vida, temer a la muerte es un mero…

—¿Por qué me hablas con tantos rodeos? —pregunté.

Me sonrió.

—Cuando vuelvas, entonces habrá llegado el momento.

—Dicen que para Navidad habrá terminado.

—Las guerras no suelen acabar por Navidad. Las cosas cambiarán. Me refiero a este lugar. No estoy hablando del mundo exterior. Aquí. Si yo fuera joven… Soy demasiado viejo para el compromiso. Seguramente no tardaré en morir. No me importa. No lo digo para que sientas lástima ni nada. No me importa, esa es la verdad. Me gustaría dejar las cosas claras. Me gustaría saber que siempre harás lo que sea mejor para la tierra. No para ti ni para ella ni para los sueños extraños que se te puedan meter en la cabeza. En este caso, la tierra tiene que ser lo primero, como comprenderás. Es el corazón de este país. Le fue arrebatada a la gente. Nosotros… es importante que sea claro. Nosotros se la arrebatamos a la gente. Me gustaría pensar que, llegado el momento, será devuelta en buenas condiciones.

—No iré a ninguna parte, padre.

—No somos del todo malos.

Los ojos se le cerraron y volvió a abrirlos de golpe. Me levanté, fui hasta él y le quité el vaso de la mano.

—Sí —masculló—. Sí, por favor. Así podré dormir.

—Bueno…

Me dio un toque en la mano con un dedo.

—Vamos, muchacho. No me juzgues, nada de moralina. Ve y sírveme otra copa. Que sea grande. Podría conseguir pastillas del médico, pero esto es más placentero. Bebe un poco más. No hay nada mejor que un buen brandi añejo. Al ritmo que voy, es probable que no quede nada para cuando hayas vuelto.

Le hice caso.

—Ser una mujer hermosa debe de ser algo horrible. Esperar siempre y en todo momento que la gente muera por ti. Tener

siempre por delante la perspectiva de la decadencia. Los dedos arrugados. Ah, sí.

Casi sonrió maliciosamente al fuego.

—Sinceramente, padre, no creo que pienses la mitad de las cosas que dices. Las palabras parecen escapar de ti sin ningún control.

—Puede que tengas razón, hijo. Hace ya años que paso aquí las noches sentado trabajando, leyendo, hablando solo. Hasta que llegaste tú no había tenido a nadie más con quién hablar excepto conmigo mismo. —Se rio— Esa es buena… hasta que llegaste tú, en efecto. He tenido muy buenas conversaciones conmigo mismo sobre esto y lo otro. Sí. Hum y… supongo que habría hablado con ella si ella hubiera querido escuchar. Pero ¿por qué habría de hacerlo? ¿Ella o cualquiera? ¿O tú? No he adquirido el hábito de hablar con la gente, solo *a* la gente. Uno tiene que seguir su instinto en la vida. Tac. Tac. Tac. Como un ciego con su bastón. Te he aburrido.

—No.

—Los dedos arrugados. Llegará un día en que no quedará nadie que muera por ella y se quedará contemplando sus arrugas… Debo reconocer que me produce un cierto… Vete a la cama, hijo.

—¿Y tú? ¿Por qué no te vas tú también?

—Prefiero quedarme un rato más todavía. No tienes que preocuparte.

Lo dejé allí sentado, de nuevo con una mano alzada entre el fuego y él. Estoy seguro de que empezó a hablar con las sombras en cuanto cerré la puerta.

Supongo que si hubiera estado en mi sano juicio habría salido en ese mismo momento a la noche fría, pero los pensamientos confusos y el brandi me habían nublado la mente. No se oía ningún sonido procedente del piano. Asumí que ella se había retirado a su habitación. Estaría sentada junto a la ventana cepillándose el cabello con pasadas largas y lentas hasta que comenzara a electrizarse, entonces dejaría el cepillo y se masajearía la cabeza con las yemas de los dedos, con movimientos circulares desde la frente, pasando por la coronilla y llegando hasta la nuca. Llevaba su tiempo, pero disponía de todo el tiempo del mundo.

A mitad de las escaleras había un ventanal alto sin cortinas y, al

subir, se veían reflejadas las paredes, las fotografías, las barandillas pulidas, los tres trofeos de caza, las picas cruzadas y un par de espadas de plata con hermosas inscripciones. La oscuridad nocturna distorsionaba los colores. El viento tamborileó unos instantes sobre los cristales, los zarcillos de una trepadora prácticamente deshojada golpeteaban impacientes. La luz de un farol de cristal enorme sobre el hueco de la escalera apenas penetraba en el pasillo que llevaba a mi dormitorio. Los umbrales de las puertas de las habitaciones eran profundos y oscuros como cuevas. Justo antes de llegar a mi cuarto vi por debajo de la puerta el brillo de una fina línea de luz. La encontré sentada en el sillón junto al fuego, vestida todavía con la ropa de la cena. Se levantó en cuanto entré en la habitación.

—¿Qué te ha dicho?

—Simplemente hablaba. De esto y aquello.

Cruzó el dormitorio y descorrió las cortinas, después abrió la ventana. Me llegó el olor del otoño y el sonido de un violín tocando en alguna parte.

—Vas a ser igual que él.

También su voz llegó hasta mí con el viento.

—Me he dado cuenta repetidas veces desde que volvimos de Europa. Te está acaparando. Confiaba en que cuando crecieras, querido, no tendría que seguir estando sola.

—Lo siento si he sido inadecuado.

Se dio la vuelta y me miró.

—Has estado bebiendo con él.

—Así es.

—Sí, inadecuado es la palabra correcta.

Llegó hasta mí y me cogió de la mano.

—No pretendo ser cruel. En otras circunstancias habría sido un hombre más adecuado. No soporto pensar que tú… ¿Verdad que irás?

—Madre, yo…

—Significa mucho para mí.

—… no quiero hacerlo. Realmente no siento que tenga ningún derecho a ir y disparar a gente. Es decir, por una causa que ni comprendo ni me importa.

—No me digas.

—Bueno, es cierto. Me cuesta expresarme.

—A mí me importa. Yo lo comprendo. ¿No es eso suficiente?

No tuve el valor de decirle que no la creía.

—Tampoco me apetece que me maten. Ni resultar levemente herido. Si soy sincero, no me atrae lo más mínimo. Es la verdad, madre.

—¿Por qué habrían de matarte? ¿A ti?

—A Christopher Boyle lo han matado.

—Eres un cobarde.

—Supongo que debo serlo, si tú lo dices. No es una palabra muy agradable.

—Los cobardes no son personas muy agradables.

—Creo que si no tenemos cuidado vamos a decir un montón de cosas de las que ambos nos arrepentiremos. No voy a ir.

—¿Y qué hay del deber? ¿Del amor? ¿De la obediencia?

—No.

Me observó atentamente unos instantes sin decir nada.

—Aparte de todo lo demás —dije—, padre me necesita. Sin duda ese es mi principal deber.

—¿Crees que he querido quedarme aquí todos estos años? ¿Con él? ¿Crees que me habría quedado de no haber sido por ti?

—Querida madre, esto no tiene nada que ver.

—Sacrificio. Habría podido tener una vida.

—Lo siento.

—Y ahora solo hay una cosa que quiero que hagas por mí. Todos los demás jóvenes han ido.

—Como diría padre… idiotas.

—Tal vez héroes.

—No lo creo. En cualquier caso, ¿no es mejor tener como hijo a un cobarde que está vivo que a un héroe muerto?

Me reí o eso intenté.

—Acabarás convirtiéndote en un cínico, igual que él. Cada día que pasa te pareces más a él. En los gestos. En la forma de expresarte. La misma manera extraña de usar la mente. Copias, absorbes. Miras y copias. Déjame decirte solo una cosa. Supongamos que él no fuera

tu padre. —Se apartó de mí al decirlo. Su vestido flotaba a su alrededor como una cascada. El fuego dotaba de una hermosa calidez a su rostro y manos. Parecía medio asustada, medio triunfal, muy viva.

Sentí que sus palabras tardaban mucho tiempo en alcanzarme, y luego en acceder a las profundidades de mi mente. Horas, quizá. Ella esperó pacientemente, con una mano apoyada en la repisa de la chimenea. Un nudo en un trozo de madera explotó y esparció pavesas por la rejilla y en parte de la alfombra. De manera automática me chupé el índice y el pulgar y me agaché para apagarlas enseguida.

—¿Y bien?

Me miré las manchitas negras en el pulgar.

—¿Y bien?

—No creo que de verdad quieras que me tome en serio ese comentario.

—Claro que sí.

—¿Lo sabe él?

—Él no sabe nada. No ve nada.

Era como si aquello no me estuviera ocurriendo a mí. Yo estaba a un lado, mirando. Sentía un martilleo en la cabeza. Era una sensación desagradable sobre la que nada podía hacer.

—¿Quién… es mi padre?

—Oh, está muerto. Hace mucho. —Su voz sonaba despreocupada. Podría haber estado hablando del resultado de un partido de tenis—. No hace falta entrar en todo eso. Yo era muy joven. Probablemente no me creas si te digo que apenas me acuerdo. Pasó hace mucho tiempo. Solo me vienen a la cabeza los recuerdos más convencionales. Sol, dulzura, muchas risas. Supongo que en algún momento no fui feliz. No me acuerdo. Entonces me casé con tu padre. Yo era muy joven.

—¿Y qué pasó con él?

—¿Con quién?

—Con el hombre. Mi…

—Está muerto. Te lo acabo de decir. Muerto, Alexander. *N'en parlons plus.*

—¡Por el amor de Dios, madre…!

Alargó una mano y me tocó el hombro.

—Créeme, es mejor que no. No he hecho feliz a tu… bueno… a Frederick, aunque lo intenté al principio. Hice un esfuerzo, en cualquier caso. Albergo pocas ilusiones sobre mi propio carácter. No soy una mujer agradable. Supongo que nunca lo habría sido, pero en otras circunstancias podría haber sido… no lo sé… diferente, en cualquier caso.

—Se te ve muy tranquila.

—¿Por qué no? Después de todo, he tenido mucho tiempo para tomármelo con calma.

—Noche de insomnio.

—No seas crío.

—No hablo de ti. Sino de mí. Despojado de todo con una frase.

—No te pongas melodramático, por Dios. Tu situación no cambiará en absoluto.

—No dentro de mi cabeza.

—Eso es asunto tuyo. Debes comprender que antes o después te lo habría terminado contando.

Me dio una palmadita condescendiente en la mejilla y a continuación se dirigió a la puerta.

—Estoy cansada.

Se detuvo con la mano apoyada en el pomo y se volvió hacia mí con una leve sonrisa.

—Quiero que vayas por todas las buenas razones, además de por algunas de las malas.

Se marchó. La puerta gimió tras ella. Cogí el atizador y golpeé el fuego una y otra vez. Las pavesas revoloteaban y huían hacia arriba por el agujero negro de la chimenea, el polvo y el humo se escapaban por la rejilla bramando por encima de mí y a mi alrededor, ensuciándome la boca, haciendo que me escocieran los ojos. Maté las llamas a golpes y después dejé caer el atizador en la rejilla y me quedé temblando, exhausto, totalmente espantado ante mi propia violencia. El polvo fue asentándose poco a poco en las sillas, en la cama, en el tocador, en el armario alto de caoba, en los marcos dorados de las acuarelas. Los paisajes de montaña

descoloridos y los tenues lagos azules se atenuaron aún más bajo la capa blanquecina de ceniza. Se posó sobre mi ropa de noche y en el pijama cuidadosamente dispuesto sobre mi cama. Empezó a picarme la cabeza por culpa del polvillo. Me sacudí los hombros de una manera un tanto ineficiente. El polvo se elevó, solo para volver a posarse. En ese momento sentí el abandono de todos esos objetos que habían sido míos por derecho, que bajo el fino velo del polvo expresaban sus opiniones con mucha contundencia. Ella tenía razón, estaba siendo melodramático. Abrí la puerta sin hacer ruido y salí al pasillo, alejándome de lo exánime, de lo adverso. En alguna parte se oyó el gorgoteo del agua en una tubería, una sacudida, y solo después, el silencio de la casa que respiraba. Me alegré de que estuviera oscuro. Eso me permitía escapar de la mirada de los antepasados en las paredes, para quienes ahora era un intruso. La luna iluminaba los peldaños con una elegante luz plateada. La puerta del vestíbulo estaba abierta. Nunca se cerraba con llave. Supongo que nunca la cerrarán con llave. En verano permanece abierta todo el día admitiendo de manera informal a amigos y desconocidos al vestíbulo blanco de techos altos. En invierno está cerrada y los amigos giran el pomo de latón y empujan la puerta hacia dentro, raspando ligeramente al desplazarla las baldosas blancas y negras bien enceradas. La abrí y salí a los escalones. Un zorro ladró y mi mente tomó nota mecánicamente de la procedencia del sonido. El violinista seguía tocando. Bajé los escalones y avancé por la avenida, la gravilla crujía como escarcha bajo mis pies. Atraído por la música, me alejé por el camino junto al lago. La luna había tendido una línea plateada en las aguas negras. No se veía luz en las colinas. Una helada muy leve hacía visible mi respiración con cada exhalación. Los brotes del año siguiente surgían pálidos y rollizos en las hojas brillantes de los arbustos de las camelias. Necesitaba a Dios o un amigo. No había aprendido nada y de repente me parecía que tenía que saber muchas cosas. Salí al mundo por un portón alto y estrecho que había a la altura del cruce, fuera del pueblo. Las hojas caídas de los árboles se amontonaban con delicadeza a un lado del camino.

Había ocho o diez personas bailando y algunas más mirando. El

violinista estaba junto al borde del camino, su cuerpo se movía como una rama azotada por el viento con cada pasada del arco. Desde donde yo me encontraba pude ver que era ciego. Sus globos oculares estaban atravesados por un intrincado patrón de venas. Refulgían, pero no se movían, no veían nada, nunca habían visto nada. Era viejo. Junto a sus pies descansaban un bastón largo y un perro vigilante. La música cesó bruscamente y el violinista alargó la mano para que le alcanzaran la botella que se pasaban unos a otros. Tomó un buen trago y sostuvo la botella hasta que uno de los hombres jóvenes se la quitó. El arco raspó con aspereza las cuerdas un par de veces y entonces echó la cabeza hacia atrás y empezó a cantar.

Hombres valientes y leales que moran en esta casa,
os ruego que digáis a este mozo desconocido
si está el sacerdote en casa o se le puede ver.
Con el padre Green querría hablar unas palabras.

Unos dedos me tiraron de la manga del abrigo.

—¿De verdad eres tú?

Jerry todavía parecía un niño, pequeño y liso como una tabla, pero vestía ropa de adulto que resultaba demasiado lúgubre para su personalidad. Tenía una botella en la mano. Olía a sudor rancio, a humo de turba y a mucho alcohol.

—No sabía que eras un danzarín.

—Me gusta divertirme un poco. Toma.

Empujó la botella hacia mí.

—No, gracias. No. Prefiero que no.

El sacerdote está en casa, mozo, y se le puede ver;
es fácil hablar con el padre Green;
pero espera que vaya a ver
si el santo padre está solo.

—Por el amor de Dios, pásale un trapo y bebe un poco. No va a matarte.

Saqué el pañuelo blanco doblado del bolsillo de la camisa y limpié el cuello de la botella. Como decía él, no me mataría. Me miró las

manos con cierta guasa.

—¿Qué es?

—Solo un sorbo. No te preocupes por los gérmenes, míster Alexander, señor. Deja que te baje por la garganta, por los viejos tiempos. ¿Acaso tus gérmenes y los míos no vienen todos del mismo saco? ¿No respiramos los mismos gérmenes de siempre una y otra vez *in saecula saeculorum*? Si es que sigues acordándote del latín. Señor.

Escupió en el suelo.

—Bueno, tú le has pegado fuerte.

Sin que me quitara de encima sus ojos maliciosos, di un trago demasiado grande. En la boca el líquido me sabía bastante inocuo, pero al dejar que se deslizara por la garganta se transformó en un fuego abrasador que se apresuraba hacia mi estómago. Me acordé de nuestra primera tentativa.

—Ay, Dios.

En el sitio de Ross cayó mi padre,
y en Gorey…[10].

—Me alisto mañana.

Al decirlo me quitó la botella y echó un trago.

—¿Por qué rayos…?

—Dinero contante y sonante.

Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Mi querido Jerry, si lo que querías era un trabajo, deberías haberme preguntado a mí.

Se rio.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Bebe un poco más y verás. Todo a su debido tiempo. Digamos, para empezar, que los chelines del rey se estiran más que los de cualquier otro hombre.

El ardor en la garganta resultó más llevadero la segunda vez.

—La caza…

Negó con la cabeza.

—¿Qué harán sin ti?

—Se las apañarán. Dinero.

Extendió la mano hacia delante y se quedó mirando la palma vacía.

Estaba tan arrugada como la mano de un anciano. El paraíso de un gitano.

—O tal vez me tiente la idea de todos esos botones relucientes.

—Me había parecido oír que estabas con los Shinners…[11]

—Cierra la maldita boca.

Lo dijo con tal virulencia que los latidos de mi corazón me golpearon con fuerza en las costillas, como si me hubieran pegado.

No siento ningún odio contra ningún ser vivo,
pero amo mi país por encima del rey.
Ahora padre, bendígame y déjeme marchar
a morir, si así lo ha ordenado Dios.

—El dinero, Alec. Eso es lo que me mueve. —Sonrió, y todo estuvo bien—. Perdóname. He bebido demasiado, pero aún no es suficiente, no sé si me explico. Más tarde ninguno de los dos sabrá lo que está diciendo y entonces dará igual lo que digamos. Venga, dame la botella.

Le dio un buen trago.

—Conque el dinero.

—Sí.

En el cuartel de Ginebra ese mozo murió,
en Passage su cuerpo se sepultó.
Buena gente que vivís en paz y alegría,
exhalad una oración, verted una lágrima por el mozo rebelde.[12]

Me ofreció la mano y la agarré. El hombre ciego rasgó las cuerdas dos veces con el arco y se puso a tocar un *reel.[13]*

—¿Quieres ir a bailar? Por mí no te preocupes.

—Como muy bien has dicho, no soy ningún danzarín.

—Pues vamos a sentarnos. Tu maldito brebaje me ha dejado sin fuerza en las piernas.

Nos sentamos bajo un árbol en la hierba, húmeda a esas horas de la noche, y miramos a los hombres y mujeres cambiando de lugar, el polvo que levantaban sus botas al patalear el suelo parecía humo.

—Yo también me voy mañana.

—¿Qué?

Lo único que podía ver bajo el árbol era el destello de sus ojos moviéndose.

—A la guerra.

Hizo un agujero en el suelo entre nosotros y metió la botella dentro.

—Sírvete tú mismo cuando estés seco.

—Iremos y seremos héroes juntos.

—No sé cómo se las han arreglado tanto tiempo sin nosotros.

—Yo tampoco tengo ni idea.

—Llegarás a oficial.

—La verdad es que me da igual lo que hagan conmigo. Pero agradeceré cualquier comodidad que pueda tocarme en suerte. Con tal de salir de aquí.

—Estoy harto de no ver más que campos mojados.

—No has elegido el mejor sitio para dejarlos atrás. A menos que quieras morir. ¿Quieres morir?

—¿Quién quiere hacer eso, por Dios?

—Yo.

—Y un huevo.

—Bebe un poco.

—Después de ti.

Los dos bebimos.

—Me han dicho que en Picardie se caza.

—Los británicos son unos malditos idiotas.

—Sí. Mi madre me ha dicho que no soy hijo de mi padre.

Jerry se rascó la coronilla con un dedo.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Esta noche. Hace una hora. Estoy desposeído.

—¿La has creído?

—Bueno, sí.

Jerry se rio.

—¿Qué tiene de divertido?

—Es a ti a quien harán oficial.

—¿Por qué iba a mentir?

—Todos dicen lo que les conviene. Cuando les conviene. Tú harás lo mismo, y yo.

—Mi… eh… padre es un buen hombre.
—Ajá.
—Me gustaría marcharme sin verlo.
—Por la mañana te sentirás diferente, o, si tomas lo bastante de esto... —Le dio un golpecito a la botella con una uña— ...no sentirás nada de nada. Es más, si juegas bien tus cartas, no te hará falta sentir nada de nada hasta que se acabe.
—Gracias.
—Siempre has nadado mejor que yo.
—Sí.
—Qué bien nos los pasábamos.
—Sí.
—¿Aún están los cisnes?
—Sí.
—Bebe un poco más.
—Después de ti.
Los dos bebimos.
—¿Por qué te ha dicho una cosa así?
—No lo sé.
—¿No le has preguntado?
—Supongo que tendrá sus propias razones.
—De todas formas, no importa mucho.
—A mí sí.
—Eres un idiota la mar de raro.
—Tal vez.
—Pronto habrá disparos por aquí.
—Todo se arreglará en cuanto termine la guerra.
—Vendrá bien tener a hombres preparados.
—Jerry…
—Puede que hasta a gente como tú.
—Han dejado de bailar.
—El ciego tiene sed.
—¿De dónde viene?
—De arriba, de las colinas. Recorre el camino. Mendiga un poco, toca el violín otro poco. Dicen que es algo corto. Yo nunca lo he notado.

—Un viajero.

—Libre de equipaje, solo su abrigo.

—¿No tiene mujer?

Le oí escupir.

—Tienes que prometerles la luna o no seguirán tu camino. Dásela, y quieren el sol. ¿Has estado alguna vez con una chica?

Me sonrojé.

—No.

—Ni yo tampoco. Pero tengo mucha curiosidad. Y miedo. Enseguida te tienen comiendo de la palma de su mano. Tu madre es una mujer hermosa. Me hacía pensar en Helena de Troya.

…cuya belleza condujo a los griegos a las armas
y arrastró mil barcos a Tenedos.[14]

—Pero ese día en la carrera de obstáculos ya era lo bastante mayor y estuve lo bastante cerca para verle la cara y me di cuenta de que simplemente quería las mismas cosas, aunque en mayor medida, que todas las demás mujeres que caminan por la vida.

—Hablas como si fueras más viejo que las colinas.

—Hay quien nace viejo y nunca rejuvenece.

—¿Y yo?

—Nunca he visto ningún signo de vejez en tu cara.

En la oscuridad sonaron los acordes del violinista. La risa de los bailarines era una suave risa nocturna. Los pies se arrastraban en el camino. Los árboles suspiraban como si ellos también desearan unirse al baile. En alguna parte alguien había encendido una hoguera y el olor a humo de leña impregnaba el aire.

Se inclinó hacia delante y me agarró la rodilla. Sus dedos se aferraban firmemente a la delicada tela. Recuerdo que a la mañana siguiente encontré cinco moratones pequeños de color amarillo alrededor de la rótula.

—Entonces iremos juntos, ¿verdad, Alec?

El mundo había empezado a dar vueltas ligeramente. Me apoyé con firmeza en la hierba, esperando que todo dejara de moverse.

—Eso es.

—Será mejor que brindemos por ello.

—Sí, mejor que sí.

Sostuvo la botella en mis labios. Cualquier ardor que hubiera podido sentir hacía un rato había desaparecido, y se precipitó por la garganta como si fuera agua caliente. Me quitó la botella y se la terminó.

—Vamos a bailar.

Se puso de pie con una rapidez asombrosa y tiró la botella a la zanja que quedaba a su espalda. Yo me levanté con dificultad y empecé a sacudirme el barro y la hierba de los pantalones.

—¿Qué más da? —preguntó Jerry, y no le faltaba razón.

Más allá de los árboles, la luna brillaba. De repente hacía frío y la tierra giraba despacio, pero no de un modo desagradable. Con cuidado, nos dirigimos hacia el grupo que rodeaba al violinista, hasta que de pronto el baile pareció absorbernos. Me envolvía un olor a sudor, a humo y a alcohol. Manos sudorosas rozaban las mías, los rostros giraban y daban vueltas, y yo también, sin saber lo que estaba haciendo y sin importarme. La tierra se movía con todos nosotros. Toda la tierra bailaba. El hombre ciego se convirtió en el creador, el que movía a todo ser viviente. Su rostro pendía sobre nosotros como la luna, sus ojos venosos refulgían con el poder que había en él. Tan repentinamente como había empezado, el baile se detuvo. El violinista estaba de pie, con el arco colgando hacia el suelo, como si mirase el cielo, a la espera de que le llegara la inspiración. Yo seguí dando vueltas y me tropecé entre la multitud, medio bailando, medio cayendo, hasta que aterricé en el suelo a los pies del hombre ciego.

—¡Ay, Dios, ayúdame! —oí que gritaba mi propia voz.

Entre las piernas del violinista el perro gruñía amenazante. Alguien detrás de mí se rio con sorna.

—¡Basta! —dijo Jerry bruscamente.

—Ji. Ji. Ji. —La risa del violinista era un poco demente.

—Está borracho.

—Tampoco es el único —dijo otro borracho.

—Shhh.

—¿O está enfermo?

—Y una mierda va a estar enfermo.

—Shhh, te lo estoy diciendo. ¿No ves quién es?

—Por mí como si es Charles Stewart Parnell.[15]

—Está borracho, te lo digo.

—¿Qué tiene de extraordinario estar borracho?

—Ya basta.

Jerry habló sin alzar la voz pero con claridad. Estaba a mi lado. El perro seguía gruñendo.

—Ji. Ji. Ji.

Jerry se agachó y me tocó el hombro. Al ver la mano que se movía, el perro, con la cabeza casi pegada a la mía, hizo retroceder el belfo superior en una mueca salvaje. El violinista dejó caer el arco hasta que tocó el costado del animal. Los gruñidos cesaron.

—Ji. Ji. Ha dicho Dios ayúdame. ¿Desde cuándo el ciego es Dios? Es de risa. No hagáis caso a mi risa. Ayúdame, Dios, ha dicho. Y que Dios nos ayude a todos, eso lo digo yo.

Volvió a ponerse el violín bajo la barbilla y alzó la cabeza hacia la luna.

—Dios está ahí arriba —murmuró mientras levantaba el arco—, allí de donde viene el viento frío.

—Vamos. Levántate antes de que hagas el ridículo.

Me ayudó a levantarme. El violinista empezaba a alejarse. Los bailarines se habían olvidado de nosotros. Los rodeamos y cruzamos la hierba a trompicones hasta el portón.

—Te llevaré a casa.

Avanzábamos despacio por el camino agarrados el uno al otro.

—Es en casa donde deberías estar. Acostado.

—Tengo que decirte algo muy importante.

Nos detuvimos un instante mientras yo pensaba en lo que quería decirle.

—¿Y bien?

—No consigo acordarme.

Seguimos adelante.

—Aquí arriba es peligroso.

Sentía como si los arbustos se derrumbasen sobre mí.

—¿Más cerca del suelo…? —sugirió Jerry cayendo de rodillas.

—Puede que sea mejor.

Nos arrastramos hasta que llegamos a la zona de hierba que dibujaba una curva entre las camelias y el agua.

—Tenemos que parar. Creo que estoy borracho.

—Dímelo a mí.

—No puedo volver a casa borracho.

—Creía que los caballeros siempre volvían a casa borrachos.

—¿Qué sabes tú sobre caballeros?

—Bastante poco.

—Tenemos una cosa en común, Jerry.

—¿El qué?

Estábamos sentados uno al lado del otro en la hierba. Alargó una mano al hablar y tocó las hojas brillantes de la camelia. Los brotes del año siguiente estaban bien formados.

—Los dos sabemos reconocer un buen caballo cuando lo vemos.

Pensé en Morrigan con ternura, una emoción que aparece con gran facilidad en un buen borracho.

—La verdad es que me gustaba más ser niño.

Jerry se rio. Se puso de pie de un salto y empezó a quitarse la ropa.

—Vamos.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo podemos hacer una cosa.

Ladeó la cabeza hacia el lago.

—Estás loco.

—Has dicho que tienes que volver a casa sobrio.

—Pero eso es una locura.

—Cielo santo, Alec, quítate la ropa o lo haré yo.

Me desaté los zapatos de vestir, que estaban hechos polvo, igual que yo, y me quité los calcetines despacio. La hierba me provocó un escalofrío desagradable.

—Llevas puesta una cantidad de ropa rarísima.

Jerry saltaba arriba y abajo para mantenerse en calor, con los brazos cruzados delante del pecho. Me costó desabrochar los botones del chaleco. No tardé en estar desnudo yo también. Nos observamos con curiosidad el uno al otro un momento y, luego, con cierta timidez, miramos al lago.

—¡A que te gano!

Cruzó la hierba corriendo y se lanzó desde la orilla. Mientras el agua helada lo abrazaba por completo como jamás haría una mujer, una lluvia de gotas relucientes subía y bajaba, una estela plagada de estrellas dejaba constancia de su trayectoria en el lago.

—¡Dios! ¡Es genial!

Jerry asomó la cabeza y los hombros fuera del agua y se sacudió las gotas de la cara.

—Estoy sobrio. Tremendamente sobrio.

—¿Qué te dije?

—Tratamiento de choque.

—Hemos compartido grandes momentos.

—Y que lo digas.

—Mi madre estaba todo el día encima de mí por bañarme tanto. Siempre decía que acabaría matándome. Cuando no es una cosa es otra. Contigo, los gérmenes; con ella, el agua fría.

—Y mi madre piensa que si no nos vestimos de gala para cenar el mundo se irá a pique.

—Alec.

—Dime.

—¿Te acuerdas del eco?

—Sí, claro.

—Te echo una carrera.

Fuimos nadando hasta el centro mismo del lago y nos dimos la vuelta para quedar bocarriba. Un millón de estrellas parecía descender cada vez más ante nuestra mirada atenta.

—¡Eco! —grité.

—Co…co …co…

El sonido se extendió alrededor de la silueta de las colinas.

—¡Hola!

—La… la…la

Sonaba como un coro de voces distante.

—¡Te queremos! —gritó Jerry.

—Eremos… eremos… eremos…

Arriba, en la casa, un perro empezó a ladrar, y su ladrido se juntó, no con el eco, sino con el de otro perro abajo, en algún lugar del pueblo.

—Auu, auu, auu, auu, auu, auu —ladramos los dos a la vez.

—Uu…uu—uu…uu…uu… —nos contestaron perros fantasma desde las colinas.

Nos reíamos, y entre ataques de risa ladrábamos, y las colinas ladraban y parecía que todos los perros del país estuvieran ladrando y nos reíamos y nos salpicábamos el uno al otro con las manos llenas de agua plateada de estrellas.

—Acabaremos despertando a todo el distrito —Jerry pateaba una lluvia de centellas por los aires.

—¿Y qué?

—Ya no estaremos aquí.

—No.

—No faltarás a tu palabra, ¿verdad, Alec?

—¿Por qué dices eso?

—Mañana las cosas pueden parecer diferentes.

—No pienso faltar a mi palabra. Tengo frío. ¿Tú no? Voy a salir. Mis dedos están tiesos. Siempre he tenido mala circulación.

Tres dedos de cada mano se me habían puesto blancos y no los sentía. Eché a nadar hacia la orilla, dejando a Jerry bocarriba mirando la luna. Resultaba casi imposible creer que el mismo rostro blanco fuese a contemplar las trincheras, los cañones, el alambre de espino, los muertos.

—¿No vas a salir?

Me quedé en la orilla frotándome la piel de gallina con la camisa, mirándolo mientras nadaba despacio hacia mí.

De repente, como si alguien hubiera retirado un velo, el cielo pasó del azul más oscuro al gris de primera hora de la mañana.

—Es el barro lo que odio —protestó Jerry al llegar a la orilla inclinada—. La sola idea de tocarlo. Mil años de mierda de pato y de mierda de cisne supurando por los pies.

Le lancé mi camisa.

—Toma, sécate con esto, no tiene ningún sentido echar a perder dos camisas.

—Gracias. —La cogió y se puso a silbar.

—Qué bonita. Es preciosa, preciosa, demasiado buena para que alguien como yo se seque el cuerpo.

—Cállate, maldito campesino.

Se pasó la camisa por los hombros y se frotó frenéticamente. Yo lo miraba tiritando.

—Me encuentro fatal. Fatal de verdad. Estoy ardiendo por dentro y congelado por fuera. Odio el frío. Las corrientes. Los cuartos de baño en invierno. El contacto húmedo y frío de otras personas. En esta época del año siempre me embarga una aprensión nerviosa.

—¿Por qué no te vistes en lugar de estar ahí parado de cháchara?

Recogí mi camiseta interior del suelo. La hierba la había humedecido.

—Hubiera dicho que sí habías estado con una chica.

—Bueno, pues no.

Me metí la camiseta por la cabeza.

—¿No te lo preguntas a veces?

—No mucho, la verdad.

—A veces me vuelvo loco dándole vueltas.

Tiró mi camisa al suelo y comenzó a buscar su ropa.

—No son solo preguntas mentales, sino que todo mi cuerpo se hace preguntas. ¿Me sigues?

—Creo que sí.

Encontró sus pantalones y se los puso.

—No es un pecado. Eso te lo aseguro.

—No, no creo que lo sea. Nunca me lo he planteado en serio.

—Miro a mis hermanas. Sé que no debería hacerlo y me matarían si lo supieran, pero no puedo evitarlo. ¿Crees que está mal?

—No lo sé. Sinceramente, Jerry. Solo tengo una leve curiosidad, bien contenida. De todas formas, no tengo hermanas ni oportunidades.

—Viene bien tener hermanas al lado. —Suspiró—. Qué triste es ir a la guerra sin saberlo.

—Habrá tiempo de sobra cuando volvamos. Dicen que para Navidad todo habrá terminado.

—Dicen las cosas más estúpidas, maldita sea.

Unos cuantos pájaros comenzaban a desperezarse. Sus trinos somnolientos tenían una potencia asombrosa. Una neblina baja flotaba como humo justo por encima de la superficie del lago.

La hueste ha abandonado Knocknarea,
y pasa donde yace Clooth-na-bare;
Caoilte menea su ardiente cabellera,
y Niamh grita: «Vámonos lejos, vámonos.
Vacía tu alma de mortales sueños…[16]

—¿Es eso lo que ves allí? Parece que te hayas ido muy lejos.

—No. Son solo unas palabras que me han venido a la cabeza.

—¿Son tuyas?

—No, por Dios, no. Del señor Yeats.

—¿Crees en esas cosas? ¿En huestes que cabalgan y todo eso?

—Sí, de alguna manera. Pero me siento un poco estúpido al decirlo.

—Me gustaría grabarme esto en la mente. —Asintió al agua, a las colinas que se congregaban para su jornada laboral—. Para… bueno… para poder recuperarlo y mirarlo cuando lo necesite.

—Nunca funciona. ¿No te has dado cuenta? Son los momentos mágicos cuando dices «esto no lo olvidaré jamás» los que desaparecen más deprisa. Supongo que todo cuanto recordaré será la sensación de mi maldita camiseta interior mojada en lugar del aspecto y el olor del lago. —Temblaba o, más bien, me estremecía de frío—. Tengo frío, Jerry. Se acabó la diversión.

—Sí. ¿Y cómo sigue?

—No me acuerdo. Algo…

Nos interponemos entre él y el acto de su mano,
entre él y su esperanza.[17]

—Dios mío —dijo Jerry.

Le tendí la mano.

—Nos veremos en el tren.

Tocó mis dedos por los que no corría la sangre y asintió.

Su rostro, ahora que amanecía, parecía gris, el rostro de alguien al que la vida ya ha dejado agotado. Era un rostro inescrutable, la animación diurna ya no podía ocultar su mirada vigilante. Nos miramos el uno al otro, luego él sonrió o, tal vez, sus labios se estiraron sin más.

—Supongo que viajas en primera clase.

—Tienes muchas ideas preconcebidas.

—Vete a casa y entra en calor. Te veré en el tren.

Se rio de repente.

—Estoy deseando ver la cara de mi viejo cuando doble la esquina y me encuentre fulminándolo con la mirada.

—¿Por qué lo fulminas con la mirada?

—Siempre lo he hecho. Es excepcional y rápido con el puño, y siempre tienes que poner cara de valiente con él.

Lo dejé allí, aprisionando inútilmente las tenues colinas en su mente.

Siempre me había sorprendido la velocidad con la que el mundo pasa de la oscuridad a la luz. Mientras subía por el camino veía cómo la franja de color rosa detrás de la casa se hacía cada vez más amplia. Mi camisa de noche era nueva, comprada en Roma. Estaba seguro de que me llamarían la atención, por no hablar de las manchas de hierba en los pantalones y el barro reseco en los zapatos de charol. Me paré allí donde el camino se juntaba con la avenida para contemplar la casa y me pregunté si alguna vez sería posible amar a una persona como amaba a aquellos bloques de granito, las ventanas adormecidas, el gris inflexible, la perfección severa del edificio que tenía delante. Mis pisadas crujían sobre la gravilla, un ruido casi suficiente para despertar al mundo. Sin embargo, ninguna mano movió ninguna cortina, ningún rostro me miró desde lo alto.

—Cruu —murmuró por encima una paloma, en alguna parte bajo el tejado.

—Shhh —dije.

—Cruu.

Al girar el pomo de latón de la puerta del vestíbulo mi mano dejó una mancha de barro enorme. De nuevo, supuse que alguien me llamaría la atención al respecto.

A la mañana siguiente, me quedé tumbado en la cama un largo rato después de que la chica trajera el agua caliente en un bote de latón y descorriera las cortinas. Pasó mucho tiempo hasta que me atreví a abrir los ojos y, cuando lo hice, supe que había hecho bien en mantenerlos cerrados. El día era demasiado luminoso para mí, el

problema de qué meter en la maleta cuando uno marcha a la guerra era demasiado grande para abordarlo. La cabeza me daba vueltas. Finalmente me levanté y me afeité con sumo cuidado. Es fundamental poner mucho cuidado al afeitarse cuando se acercan los momentos importantes. Mi semblante era extraordinariamente agradable y ofensivamente joven. Anhelé los ojos atemporales de Jerry. Sonó el gong. Su nota sonora siempre parecía proclamar el fin del mundo más que la siguiente comida. Fuera, en el pasillo, una doncella que iba algo retrasada en sus quehaceres daba golpes con una escoba. Tal vez ella también padeciera a causa de los placeres de la noche previa.

—Cruu, cruu, cruu cuc —dijo mi amiga tempranera. Sonaba en mejor forma que yo.

—Maldita sea. Ay, Dios, maldita sea. Aborrezco lo que estoy haciendo. Me aborrezco a mí mismo.

Me até la corbata con cuidado en el lugar correspondiente. Madre insistía mucho en lucir un aspecto impecable en la mesa del desayuno. Ellos estarían allí, impecables también, con las cabezas elegantemente inclinadas sobre los periódicos matutinos y las gachas de avena bañadas en nata, las servilletas de damasco almidonadas y cuidadosamente dobladas sobre las rodillas. Envejecerían impecablemente, con aquel odio mutuo e implacable escondido a los ojos del mundo. ¿Es el odio tan necesario como el amor?, me preguntaba. Me dolía la cabeza. Me puse la chaqueta y bajé las escaleras.

En el desayuno, la mesa siempre estaba cubierta con un mantel. La estancia, como de costumbre, presentaba su aire de tristeza formal. Padre leía el catálogo de venta de purasangres y se limitó a gruñir cuando entré. Madre siempre estaba rodeada de sus propias exquisiteces, un panal de miel de brezo, la pequeña tetera de plata con té chino, el azúcar moreno pegajoso para sus gachas de avena, el abrecartas de plata que descansaba junto a su plato cada mañana y con el que abría los sobres con un elegante movimiento de muñeca. Levantó la vista de una carta y sonrió.

—Querido niño.

Sostuvo la cabeza en alto para que le diera un beso. Era como si

nada hubiese cambiado. Me repugnaba la idea de rozar su piel perfumada y pasé de largo hasta el hornillo en el aparador. Inspeccioné los alimentos bajo las tapas de plata, algunos destinados a ser ingeridos, el resto a ser arrojados a los cerdos, y decidí que no tenía hambre. Me serví una taza de té, la llevé con cuidado a la mesa y me senté.

Miré por la ventana al jardín, pues parecía que poco más se podía hacer. La hierba todavía estaba blanca con el rocío de la noche anterior. Un jardinero empujaba una carretilla vacía por el césped.

—Espero que no estés de mal humor.

La voz de mi madre se insinuaba en mi oído como un hilo de seda por el ojo de una aguja.

—¿Por qué iba a estarlo?

Sabía por la quietud de mi padre que estaba escuchando.

—Solo espero que no lo estés. Nada más. Estar de mal humor es de lo más infantil.

Hubo un silencio. Aunque lo tomaba sin azúcar, cogí la cucharilla y di vueltas al té.

—¿No comes nada?

—No.

—¿Por qué no? —Su voz sonaba un poco enfadada.

—No tengo hambre.

—¿Estás enfermo? Normalmente sueles desayunar de buena gana.

Posó su mirada en una carta sin abrir que tenía delante. La cogió, examinó la letra y el matasellos antes de rajar la parte superior del sobre. Mientras extraía la carta volvió a hablar.

—Creo que estás de mal humor. Igual que cuando eras niño. Un hábito desagradable.

—No estoy de mal humor, madre.

—Entonces, ¿por qué no desayunas nada?

Padre se revolvió incómodo tras su periódico. Ella desplegó la carta y la miró distraída.

—Te lo he dicho, no tengo hambre.

—Es de Maud.

La leyó con el ceño fruncido.

—Quiere venir y quedarse para la apertura de la temporada de

caza. Tonterías.

—¿Qué quieres decir con tonterías?

—Pues claro que tienes hambre. La gente joven de tu edad siempre tiene hambre, a menos que esté enferma.

—No pienso volver a subir a Maud a un caballo —dijo padre—. No después de la última vez.

—No puedo escribirle y decir eso.

—Esa maldita mujer necesita un camello, no un caballo.

—Te untaré un poco de mantequilla en una tostada, querido, y un poco de mi miel especial. Es un bocado delicioso a estas horas.

—¿Cuántas veces tengo que decir que no tengo hambre?

—No tiene hambre —apuntó padre tras el periódico.

Madre apretó los labios de forma ominosa.

—Al condenado a muerte siempre se le sirve una opípara comida cuando está en capilla.

Me arrepentí enseguida de aquella broma de mal gusto. Padre dejó el periódico junto a su plato.

—Alexander…

Madre levantó una mano.

—Nunca hemos tenido problemas…

—Ni tampoco los estás teniendo ahora. No tengo ningún motivo oculto para no comer. No tienes que creerme, pero es la verdad. La prima Maud puede montar a Morrigan.

Padre me miró como si me hubiera vuelto loco.

—¿Para la apertura de temporada? No digas simplezas, maldita sea.

—Teniendo en cuenta que no estaré aquí, no veo por qué no iba a poder… o quizá podrías organizar algún tipo de ronda aleatoria.

—¿Qué quieres decir con que no estarás aquí?

—Supongo que para entonces estaré camino de Bélgica.

—¿Lo ves? —dijo madre—, te dije que estaba de mal humor.

—Entiendo.

—Pero, querido niño, no tienes que marcharte antes de la apertura de temporada.

—Hoy.

—¿Hoy? —Su voz sonó estridente y muy enfadada.

—Sí. Así que si me disculpáis será mejor que…

—¿No crees que estás siendo un tanto injusto con nosotros?

—Me confundes. Anoche dijiste que querías que me uniera al ejército. Hoy me uno al ejército. No entiendo de qué te quejas.

—Estás siendo extremadamente insolente.

—Lo siento. No es mi intención. No quiero más peleas, ni discusiones. Me resulta imposible discutir contigo. Simplemente debo irme. Esperaba que lo entendieras.

—No tienes que irte hoy.

—Sí. Mi idea era levantarme y marcharme. Al amanecer, algo así, pero luego lo he pensado mejor.

Hizo un gesto de impotencia con las manos.

—Cada uno ha de hacer lo que ha de hacer. Otros jóvenes no arman todo este…

—Tengo que coger el tren de Dublín. Supongo que debería ir a preparar la maleta.

—… alboroto.

A pesar de la irritabilidad de sus palabras, era consciente de que emanaba un resplandor, una aura de triunfo.

—Tendríamos que enviarle en el coche, ¿no crees, Frederick?

—Preferiría ir en tren. Me temo que tendré que pedirte algo de dinero, padre. Lo siento.

—Por supuesto.

Volvió a coger el periódico y se retiró tras él. Le temblaban las manos.

Madre se llevó suavemente la servilleta a la comisura de la boca, eliminando todo rastro de la miel especial, de la tostada con sabor a nueces.

—Has sido muy desconsiderado, querido niño, pero te perdonaré. Vamos. Deja que te haga la maleta.

Se levantó y llegó hasta mí. Me acarició la cara con un dedo frío. Lo espanté como haría con una mosca.

—Deja que te ayude.

—Solo me llevo el cepillo de dientes.

—Qué absurdo eres.

—Sí. —Me puse en pie.

Padre se sonó la nariz detrás del periódico.

—Bien —dijo—, si estás decidido, cuanto antes te vayas, mejor.

—Exacto.

—Qué lástima lo de la apertura de la temporada.

—Sí.

—Ya buscaré algo para Maud. Es una pena dejar que monte a Morrigan. Le arrancará la boca. Hasta puede que la pruebe yo mismo.

—Eso me gustaría.

—Ajá.

Se levantó bruscamente y se fue hacia la puerta.

—Tu abuelo era soldado. No puedo decir que le sirviera de nada. Estaré en el despacho cuando estés listo. ¿Estás seguro de que no quieres el coche?

—Segurísimo.

Escuché sus pasos cruzando el vestíbulo. Le escuché abrir y cerrar la puerta del despacho.

—Estoy muy orgullosa de ti —dijo mi madre a mi espalda.

Me reí y subí a preparar la maleta.

Metí el cepillo de dientes y algo de ropa interior en una maleta pequeña de cuero y después me senté al borde de la cama. Pondrían bolas de alcanfor en todos los cajones y en el armario alto y se olvidarían de abrir la ventana y, al cabo de un tiempo, el anonimato tomaría el mando. Eso estaría bien. Si alguna vez volvía a entrar en la habitación, sería una persona diferente. La puerta se abrió y entró padre. Me miró un instante antes de hablar.

—Tengo que salir —dijo.

Asentí. Me tendió un fajo de billetes.

—Sí. Debo hacerlo. Ha surgido algo.

—No pasa nada, padre.

—Toma. Es todo lo que tengo en casa, pero te enviaré más.

—Gracias.

Cogí el dinero y no supe qué hacer con él.

—No te quedes corto. Cualquier cosa que quieras…

—Gracias.

—Tengo que irme. No podía quedarme ahí abajo sentado sin más.

—Lo sé.

—Tu madre querrá despedirse a solas. Insisto en que seas amable con ella.

—Sí.

—Guárdate ese dinero, muchacho, vas a perderlo.

Lo metí al fondo del bolsillo del abrigo.

—Todo saldrá bien.

Se palpó el chaleco y sacó su reloj de oro.

—El sentimentalismo no nos sienta bien a ninguno de los dos. Considerémoslo un gesto tradicional. Era de mi padre. Como llevar un balaclava y todas esas tonterías. Cógelo, cógelo por el amor de Dios. Era un gran jinete. Un gigante. Aunque no tengo duda de que fue un soldado pésimo. Al menos murió en su cama. Ahora es tuyo. Yo no necesito un reloj. Toda la maldita casa está llena de relojes. Marcando las horas por todas partes. Guárdalo.

Al cogerlo noté lo caliente que estaba su mano. Me lo metí en el bolsillo junto con el dinero.

—Gracias. Le daría a Charlie Brennan mi levita y dejaría que asumiera el puesto de montero.

—¿Brennan?

—Es tan buen hombre como cualquier otro.

—Le tendré presente. Bien… ¿maleta hecha?

—Solo el cepillo de dientes. No tiene sentido…

—Cierto.

—Es una pena lo de la apertura de la temporada.

—El año que viene.

Me agaché y cogí la maleta. Le tendí la mano.

—Adiós.

Él la estrechó.

—Adiós, hijo. No, eh…, no cedas demasiado a la necedad.

—Escribiré.

—Sí. Disculpa que no baje.

—Adiós.

Lo dejé ahí de pie.

Madre estaba en el salón esperándome. Abrió mucho los brazos cuando entré, con una teatralidad magnífica. Caminé hacia ella. La

sala parecía medir más de un kilómetro de largo. Finalmente la alcancé y sus manos revolotearon como dos pajarillos por mi cuello y acercó mi cabeza a la suya. Le besé una mejilla y después la otra. Pero aun así no me soltaba. Levanté las manos y me desembaracé de las suyas. Sus ojos eran del azul más triunfal.

—¿Verdad que vendrás a vernos con tu uniforme?

—Madre, hay una sola cosa que debo decir antes de irme.

—¿Sí?

—Sobre lo que dijiste anoche.

Me sonrió.

—Dime, querido.

—No te creo. Nunca te creeré.

Se rio un poco.

—Corre, querido niño, vas a perder el tren.

Me di la vuelta y fui hacia la puerta. El trayecto hacia allí no fue tan largo. Me llamó.

—Escribe. Te lo ruego. Esperaré impaciente tus cartas.

En el vestíbulo, los sirvientes se congregaron a mi alrededor agarrándome las manos y tocando mi abrigo. La señora Williams, la cocinera, lloraba en un pañuelo azul y grande. Se había corrido la voz rápidamente. «Os veré a todos por Navidad», eso fue lo único que se me ocurrió decir, y bajé a toda prisa los escalones y me metí en el coche. Abrí la ventana para poder oler el humo de la turba y entrever a los dos cisnes que se mecían suavemente en el lago.

¿Cuánto falta para Babilonia?

Un pensamiento extraño para un momento como ese.

Sesenta millas y diez más, señor.

Era lo único que ocupaba mi mente, retazos de una canción infantil que no había escuchado en años.

¿Llegaré allí para el ocaso?

Las hojas naranjas de los castaños danzaban ante nosotros a lo largo de la avenida.

Habrá ido y habrá vuelto, señor.

Las siguientes seis semanas transcurrieron en las costas de Belfast Lough mientras aprendía a ser soldado. Era una especie de juego

infantil demencial, salvo porque había que tomarse en serio las reglas. Jerry tenía razón, en ningún momento contemplaron la posibilidad de que yo fuera otra cosa más que oficial. Me dejé bigote para aportar algo más de autoridad a mi rostro, para ocultar mi delicada boca infantil, o, tal vez, por el simple hecho de arrancarme una sonrisa cada vez que me enfrentaba al espejo. No ocurrió nada ni remotamente memorable hasta el uno de diciembre, cuando el comandante Glendinning me mandó llamar para decirme que partiría con él al frente al día siguiente. Luego me miró fijamente un buen rato desde el otro lado de su escritorio pulido. Lo único que podía hacer era devolverle la mirada. Su rostro parecía estar hecho de cuero bien curtido. Sus manos podían descansar inmóviles en el escritorio como si fueran dos simples objetos inanimados cubriendo la superficie. Tenía la costumbre de arrancar de un mordisco el final de cada palabra con sus grandes dientes relucientes conforme la pronunciaba. Parecía un hombre en completo dominio del autocontrol.

—Es mi sino, señor Moore —dijo finalmente—, que me hayan asignado el mayor hatajo de incompetentes que he conocido en mi vida. Campesinos analfabetos, mocosos y colegiales. Aun así, pretendo convertirlos a todos ustedes en soldados.

No era la primera vez que se lo oía decir. Nos había arengado una vez por semana durante aquellas seis semanas. Sabía que era preferible abstenerse de decir nada.

—Sacar el mayor partido de una labor pésima. Es todo cuanto puede hacerse. Haga desfilar a sus hombres a las nueve en punto.

—Sí, señor.

No sabía si podía retirarme o no. Despegó una mano del escritorio y apuntó varias palabras en un trozo de papel. Luego volvió a levantar la cabeza para mirarme, o atravesarme con la mirada, esa fue mi sensación.

—¿Viene usted de Dublín?

—De los alrededores.

—De camino recogeremos a otro par de incompetentes. Si quiere, puede disponer de un par de horas para ver a los suyos.

—Gracias, señor, pero preferiría no hacerlo.

—Como usted quiera.

Apuntó algo más en el papel.

—Puede irse.

—Gracias, señor.

Cuando llegué a la puerta me llamó.

—Señor Moore.

—¿Señor?

—Mézclese.

—¿Que me mezcle, señor?

—Eso es lo que he dicho. Soy observador, ¿sabe? Tengo la impresión de que se cree mejor que los demás.

—Oh, no, señor.

—Entonces, ¿por qué no se relaciona?

—Realmente no lo había pensado, señor.

—¿No?

—No sé qué decir, señor.

—El problema de una guerra como esta es que se alistan los tipos equivocados. Inviables.

—Lo siento, señor, si está insatisfecho de algún modo. Estaría muy contento formando parte del batallón.

—Menuda estupidez, maldita sea.

Rompió el papel que tenía delante y lo tiró a la papelera. Me tomé aquel gesto como un comentario personal dirigido a mí.

—Solo cálmese y mézclese. Puede irse. Desfile a las nueve y no olvide lo que le he dicho.

Pequeñas gotas de sudor asomaban por mi cabello y se escurrían por la frente en el momento en que cerraba la puerta al salir. El suboficial de guardia me sonrió. Saqué el pañuelo del bolsillo y me limpié la frente. Guiñó un ojo. Asentí hacia él con lo que esperaba que fuera dignidad.

Jerry estaba dando vueltas fuera del edificio. Era la primera vez que lo veía a solas desde que nos habíamos alistado. Me hizo el saludo marcial. Le habían cortado el pelo y acicalado un poco, pero no parecía un soldado de verdad. Caminamos juntos hacia la cantina.

—¿Qué tal, Alec?

—¿Cómo estás?

Miró a su alrededor con cautela antes de escupir.

—Nos vamos mañana.

—Eso he escuchado. ¿Crees que estaremos en casa para Navidad?

—Ja, ja.

—Es justo lo que yo habría dicho.

—¿Cómo crees que será?

—Alec, hijo mío, no podría ser peor que aquí.

—Es justo lo que yo habría dicho.

—Será mejor que me vaya antes de que me sometan a un consejo de guerra por codearme con un oficial. Hasta luego.

Se metió las manos en los bolsillos, algo que iba en contra del reglamento, y unas monedas tintinearon al chocar entre sí.

—Adiós, Jerry. Buena suerte.

Se alejó tintineando. Empezó a llover, gotas gruesas que al golpearte estallaban en un millón de pequeños fragmentos gélidos. Echó a correr; estaba seguro de que eso también iba en contra del reglamento. Corred únicamente cuando ataquéis al enemigo, y entonces aseguraos de que corréis hacia él y no de ninguna otra forma cobarde e ineficiente, maldita sea. Al llegar a la esquina del edificio, se paró y se volvió hacia mí. Sacó la mano derecha del bolsillo e hizo un gesto como si se rebanara el cuello. Un saludo de su propia invención. Luego se marchó. Me estaba empapando.

Se pasó el día siguiente entero lloviendo.

En Dublín se unió a nosotros otro centenar de hombres y un par de subalternos del tercer batallón. No parecían gran cosa. Pobre Glendinning, pensé, qué lástima para usted que no constituyamos un mayor peligro para los hunos.[18] Multitudes grises flanqueaban las calles grises. Varias mujeres gritaron «¡Que Dios os bendiga!». Cuando llegamos al barco estábamos calados hasta los huesos. El barco zarpó marcha atrás, igual que cuando me fui de viaje con mi madre, salió del puerto de Kingstown y después viró a popa poniendo rumbo a la guerra.

Incluso bajo las nubes de lluvia que cubrían el horizonte la bahía era preciosa, rodeada de colinas y engalanada con luces pálidas y centelleantes, como si fueran joyas. Las luces del faro de Bailey parpadearon en señal de alerta y saludo. Kingstown respondió. Las

gaviotas graznaban por encima de nuestras cabezas, daban vueltas y surcaban el gris cielo del mar. *¿Cuánto falta para…?* Algunos de los hombres continuaron saludando hasta que la ciudad no fue más que una mancha verde clara reflejada en las nubes.

Nuestra primera baja fue algún pobre idiota que se cortó las venas antes incluso de que desembarcásemos en Inglaterra. Aparte de eso, fue una travesía tranquila. Reglas y más reglas. A cada hombre le fue entregada una copia de la siguiente directiva, que debía guardar en su libreta de servicio y, evidentemente, leer en los momentos en los que le asaltase la tentación:

> «Se le ha ordenado ir al extranjero como soldado del Rey para ayudar a nuestros camaradas franceses contra la invasión de un enemigo común. La tarea que debe realizar precisará de su valor, de su energía, de su paciencia. Recuerde que el honor del Ejército Británico depende de su conducta individual. Será su deber no solo dar ejemplo de disciplina y de una perfecta firmeza bajo el fuego, sino también mantener las relaciones más amistosas con aquellos a quienes está ayudando en esta lucha. En esta nueva experiencia, tal vez tropiece con las tentaciones tanto del vino como de las mujeres. Debe resistir ambas tentaciones por completo, y, si bien ha de tratar a todas las mujeres con perfecta cortesía, debe evitar cualquier intimidad con ellas. Cumpla valerosamente con su deber. Sea temeroso de Dios. Honre al Rey».

Pobre Jerry, pensé, me compadezco de ti.

Desembarcamos en Le Havre, donde, a causa de un completo desconcierto logístico, tuvimos que acampar durante varios días. Los hombres protestaban constantemente. El comandante estableció nuevas reglas. Se nos ordenó no comer cerdo cuando nos aproximáramos al frente, porque los cerdos que quedaban vivos, debo decir que no muchos, se alimentaban y engordaban de manera irresistible a base de carne humana. Ingleses, franceses, alemanes. El cerdo no es ningún nacionalista exacerbado, todas las razas son la misma para el cerdo de cola rizada. La campiña era deprimente. Todos estábamos permanentemente mojados. Al final nos metieron

en un tren y luego nos sacaron en Bailleul a altas horas de la noche. Seguía lloviendo. Marchamos los últimos dieciséis kilómetros hasta West Outre esa misma noche por una carretera adoquinada con piedras más grandes que los huevos de pato, manchadas de barro y excrementos de caballo. La parte central de la carretera, a pesar de estar llena de agujeros causados por el tráfico pesado, era un paraíso comparado con los arcenes, por donde estábamos obligados a caminar la mayor parte del tiempo, vadeando el barro que nos llegaba por encima de los tobillos y salpicados de porquería por el paso constante de los camiones de transporte. Los hombres, claro está, protestaban. Nuestra base era, y todavía lo es, una granja abandonada. Un muro con una puerta metálica alta nos aislaba de la carretera. Había dos graneros para los hombres, uno a cada lado del patio, y una casa de piedra achaparrada en la que nos instalamos el comandante Glendinning, Bennett, los suboficiales, los ordenanzas y yo. A lo lejos se oía la artillería pesada y, de vez en cuando, a mano derecha, nos llegaba el sonido de los disparos de los mosquetes, demasiado cerca para estar cómodos. Cada tanto, el suelo temblaba bajo nuestros pies y las pocas ventanas que resistían temblaban en los marcos. Había un chucho de aspecto salvaje que iba de habitación en habitación en busca de sus amos y que robaba cualquier alimento en cuanto uno se despistaba lo más mínimo. Era indiferente tanto a las caricias como a los golpes de los hombres, el único interés que le restaba era sobrevivir.

Bennett, que parecía un joven muy agradable, se había sumado a nosotros en Bailleul. Aunque solo me llevaba unos pocos meses y también acababa de llegar desde Inglaterra, parecía alguien que ya hubiera visto de todo. Sabía de qué iba la cosa. Compartíamos un altillo pequeño, a menudo con el perro, cuya presencia añadía cierta acritud al ambiente, algo con lo que ninguno de los dos disfrutaba pero que, por otra parte, no teníamos el valor de afrontar. La única ventana conservaba su cristal y había una pequeña chimenea en la que nuestro ordenanza encendía un fuego cada día. Humeaba de un modo casi insoportable, pero al menos podíamos mantener la ropa seca.

En nuestra tercera mañana allí, de repente brilló el sol. Salimos al

patio y lo miramos.

—Está pasando —dijo.

—No desprende mucho calor.

—No se puede tener todo. Sé dónde podríamos conseguir un par de caballos.

—No seas imbécil, Bennett, el comandante no nos dejaría ir a montar.

—¿Quién va a decírselo?

—Llevas razón.

Pensé en Jerry.

—¿Podrías conseguir tres?

—¿Y eso?

Era una de sus expresiones preferidas. Todo lo cuestionaba con su voz inglesa, fresca y juvenil. La respuesta en verdad le daba igual, lo único que parecía importarle era poder hacer la pregunta.

—Tengo un amigo…

—De acuerdo. ¡Qué divertido!

Desapareció. Salí por la puerta y bajé por la carretera, donde algunos de los hombres estaban construyendo unas fortificaciones de tierra imponentes en aras de la disciplina, la moral y para pasar el rato.

—¿Podría llevarme al soldado Crowe una hora más o menos? —pregunté al suboficial al mando.

—Puede y bienvenido sea.

Nunca le habría hablado así al comandante Glendinning, ni tampoco a Bennett. Se volvió hacia los hombres.

—Crowe, inútil, saca tu trasero de ahí ahora mismo, el señor Moore te requiere.

Jerry trepó fuera del agujero. Hizo el saludo militar. Me giré y me alejé lo más deprisa que pude. Casi le oía correr para no quedarse atrás.

—Tengo unos caballos.

—¡Cielo santo!

Cruzamos las puertas, alejándonos de la posible mirada del comandante Glendinning o del sargento mayor, que no tenía ningún respeto por los oficiales subalternos.

—¿Caballos de verdad?

—Espera y verás.

—¿Cómo lo has hecho?

—Tengo amigos en los lugares adecuados.

Escupió al suelo. Al mirarlo me sentí mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo. En ese momento, Bennett dobló la esquina montado y tirando de un par de caballos castaños.

—Cielo santo. Por Cristo bendito.

—¿Es tu amigo? —preguntó Bennett deteniéndose a nuestro lado.

—Jerry Crowe. El mejor jinete en el condado de Wicklow. No tiene ni pizca de estilo, te lo aseguro, pero aun así el mejor.

Bennett se inclinó muy serio y extendió su mano hacia Jerry. Me cayó bien desde ese instante.

—Me llamo Bennett.

Jerry le estrechó la mano.

—Siguiendo la gran tradición inglesa —dije mientras me montaba —, no tiene nombre de pila.

—Oh, bueno, todos sabemos que los ingleses no son cristianos,[19] así que no me sorprende.

—Subid y vámonos antes de que alguien considere que tenemos que cavar más letrinas si cabe.

Lo seguimos por la carretera. Parecía que sabía a dónde iba. Dejamos la carretera y atajamos por un campo donde varios campesinos removían la tierra una y otra vez con palas alargadas y planas. Por encima del campo había una larga cresta de colinas aderezadas aquí y allá con árboles caducos de aspecto melancólico. Bennett señaló en esa dirección.

—¿Queréis ver un espectáculo?

—¿Un espectáculo?

—Da igual. Venga, vamos, vamos, seguidme.

Espoleó al caballo y subió por la larga pendiente.

El caballo se estremecía de placer. El olor dulce de su sudor me llenaba la nariz. Con un gruñido, Jerry me adelantó encorvado como un jinete en su montura. Sobre el terreno firme que dominaba los campos el mundo entero era un retumbar de cascos. Giramos a la derecha y continuamos subiendo hasta la cima de la colina, entonces

Bennett tiró de las riendas. Miró a Jerry y sonrió.

—Es cierto lo que dice nuestro amigo sobre tu estilo. Nunca montarás como un caballero, pero estoy seguro de que podrías ganar cualquier carrera.

—Escupo sobre los que montan como caballeros.

—Está bien —dijo Bennett. Apartó la mirada y la posó en la llanura que se extendía a nuestros pies. Señaló hacia delante con un dedo huesudo.

—Mi espectáculo, caballeros.

El cielo era inmenso. Unas nubes blancas enormes, con sus vientres manchados de negro por el humo errante que desprendía la tierra, flotaban con dignidad sobre ella. Hacia la izquierda, la catedral de Ypres apuntaba de forma acusadora al cielo. A lo lejos, mucho más allá de la ciudad, en el horizonte apareció y se desintegró una línea de cúmulos blancos fascinantes, el telón de fondo de un paisaje atormentado. Algo más cerca, hacia la derecha, la artillería pesada disparaba y un humo gris se arremolinaba hacia las nubes. Algunas granjas ardían alegremente. Nada vivo se movía. Por alguna anomalía del viento, solo nos llegaba un ruido apacible de cañones, y los caballos ni siquiera sacudían las orejas.

—Cielo santo —dijo Jerry.

—Menudo espectáculo, ¿eh?

—Aunque sea extraño, es hasta bonito.

—Como ver un partido.

—Y que lo digas.

—Pero un partido que preferiría solo mirar —dijo Jerry.

—No lo sé —dijo Bennett abstraído.

Los tres seguimos contemplando los patrones cambiantes del humo y las nubes. Mi caballo se impacientó, las patas golpeaban furiosas el suelo y la cabeza daba buenas sacudidas al arnés. Me di cuenta de que tenía mucho frío.

—Bueno, yo preferiría mirarlo antes que estar en él, y antes que eso preferiría estar en casa. —Jerry sonaba muy serio.

—¿Y eso?

—¡Oh, por el amor de Dios!

—Creo que hay algo realmente magnífico en todo esto. Siempre

está la oportunidad de poder convertirse en héroe. ¿No os emociona?

—No diría tanto.

—Tengo frío —les dije.

—Por lo que veo a ti tampoco te emociona —lo dijo mientras tiraba del caballo para dar media vuelta y partir cruzando la ladera.

—Está todo quieto.

—Y pensar que toda mi vida me han enseñado a creer que los irlandeses son unos románticos.

—Nada de esto es ni remotamente romántico, y menos aún la idea de que en cualquier momento estaremos allí metidos.

—Qué pena.

Jerry escupió.

—¿Sabéis? —dijo Bennett—, hasta ahora mi vida ha sido increíblemente aburrida. Todo estructurado. Daba igual donde mirase. Esto es lo mejor que me ha pasado nunca. O me convierto en un héroe o me matan.

—La muerte es más duradera —sugerí.

Se rio.

—La otra cosa que siempre me han dicho de vosotros es que sois cínicos. Tal vez demostréis que eso sea cierto.

—Tal vez.

—Por lo menos la muerte es un misterio.

—El mañana también lo es.

—Vaya tontería, jovencito, qué decepción.

Miró unos instantes a Jerry, que galopaba por delante.

—¿Sois amigos?

—Sí. Amigos.

—¿Y eso?

—No vayas de inglés arrogante, maldita sea.

—Me parece a mí que le adjudicas el adjetivo inglés a todo lo que no te gusta.

—Puede ser. Me sale natural. Supongo que tenemos mucho que aprender el uno del otro.

—No eres más que otro fardo en la carga del hombre blanco.[20]

Me reí nervioso. A veces las bromas pueden ir demasiado lejos.

Bennett era el tipo de hombre que siempre tentaba a la suerte. La gloria o la muerte. Jerry aflojó la velocidad hasta ir al paso y lo alcanzamos.

—Dime, Jerry, ¿por qué te alistaste?

—Por la guita.

Bennett lo miró desconcertado.

—El dinero, qué va a ser si no, y este —ladeó la cabeza hacia mí— se alistó porque su mami quería deshacerse de él. Ahora ya lo sabes todo.

Sentí que me subían los colores. Bennett se había quedado de una pieza. Aquello no parecía ajustarse a los patrones que él conocía. Empecé a reírme.

—¿Me estás… eh… tomando el pelo?

—Qué va, por Dios, no. Pregúntaselo tú mismo.

Bennett me miró.

—¿Es cierto?

—Bueno, hay algo de cierto… aunque, la verdad, no creo que lo hubiese expresado de esa manera. Jerry es un poco exagerado.

Jerry pareció satisfecho.

—Mi madre lloró. Es así. No fue inesperado, pero…

—La mía se puso a tocar Chopin victoriosamente al piano en cuanto salí del salón —me inventé. Podría haber sucedido perfectamente—. El *Grande Valse Brillante.*

—Dum di da da dum di daa.

—Exacto.

—Qué admirable.

—Velas y novena —dijo Jerry de una forma un tanto enigmática.

—¿Qué?

—Mi madre. Velas y novenas. Décadas de rosario. Dándole la tabarra al pobre maldito Dios. Cielo santo.

Todo su cuerpo se había electrizado.

—Mirad eso.

Temblando de emoción, señalaba colina abajo, pasada una zanja por donde discurría agua marrón espesa hasta un campo en pendiente al otro lado. Cruzando sin ninguna prisa aquel prado, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, había un zorro. Un

zorro estúpido e incauto. Salimos disparados y pasamos por encima de la zanja como aves que alzan el vuelo desde una ladera en verano. Y echó a correr. Gracias a Dios, echó a correr, y nosotros tras él. Debió de pasar al menos un cuarto de hora antes de que se escondiera bajo tierra en un bosquecillo destrozado por los bombardeos. Los caballos emanaban vapor, mi corazón latía con fuerza. Los árboles maltrechos y ennegrecidos estaban muy quietos, prácticamente muertos, y poco a poco volvió a llegarnos el sonido de la guerra.

—¿Qué? ¿No ha sido genial? —dijo Jerry guiñándome el ojo.

Me reí. Todos nos reímos. Bennett se sacó un pañuelo grande y limpio del bolsillo y se secó la frente.

—Creó que me iré a vivir a Irlanda cuando termine este espectáculo.

Regresamos con parsimonia a caballo por los campos.

—Me iré a vivir cerca de ti y entre los dos enseñaremos a Jerry a montar como un caballero.

—Y un cuerno.

—Vamos, hombre, pero si vas más encorvado que una pelota de fútbol.

—Y aun así te ganaré siempre que quiera.

—Eso no lo niego. Estoy hablando de las apariencias, no de la interpretación.

Jerry escupió.

—Se nos había ocurrido poner en marcha unas pequeñas caballerizas y establos de entrenamiento. A Jerry y a mí. Pensábamos…

—Me gusta la idea. Es una muy buena idea.

—¡Eh! ¡Ustedes!

Un pequeño comandante furioso apareció por un hueco entre los setos. La parte del rostro que quedaba a la vista tras un mostacho enorme estaba malva de cólera.

—¡Eh! ¡Ustedes!

—Señor —dijo Bennett haciendo el saludo marcial casi con alegría mientras tiraba de las riendas.

—¡Desmonten! —nos gritó.

Nos hizo un buen repaso de arriba abajo mientras permanecíamos tiesos en posición de firmes.

—¿Qué narices creen que están haciendo?

Señaló la colina con gesto furibundo. Advertí, aunque no venía al caso, que llevaba mitones de color caqui que dejaban a la vista la mitad superior de los dedos.

—Llevo veinte minutos observándolos. ¿Han perdido el juicio?

—Nos hemos… eh… encontrado un zorro —dije, dado que ninguno de los otros dos parecía dispuesto a decir nada.

—¿Un zorro?

Me clavó una mirada incrédula. Estuvo unos minutos sin decir nada. Se palpó el bolsillo de la chaqueta y sacó un cuaderno y un lápiz. Tenía las uñas manchadas de marrón oscuro y se curvaban ligeramente sobre la punta de los dedos. Tal vez en otra vida había sido un murciélago, aunque no parecía tener problemas de vista.

—Sí, señor, un zorro.

—¿Nombre?

—Moore, señor.

—¿Regimiento?

—Fusileros Reales Irlandeses.

—¡Uf! Siguiente. Usted.

—Bennett, señor. Adjunto a los Fusileros Reales Irlandeses, señor.

El comandante lo apuntaba todo con mucho afán.

—Parece que tienen escasez de oficiales subalternos, señor.

¿Por qué demonios no puede dejarnos en paz?, pensaba. ¿Qué necesidad hay de darle palique a este viejo desgraciado?

—Cualquier información que necesite la pediré, gracias, señor Bennett. ¿Y usted?

—Soldado Crowe, señor.

Lo dijo haciendo el saludo marcial.

—¿Qué hace este hombre con ustedes?

—Lo hemos… quiero decir, lo he invitado a venir con nosotros.

—Es… —Bennett evidentemente pensó que era mejor no terminar la frase.

El comandante lo miró con una cordialidad desagradable.

—¿Sí, señor Bennett?

—Nada, señor.

—Creo que es lo más prudente por su parte.

Terminó de escribir algo en su cuaderno y lo cerró de golpe con un chasquido enfadado. Volvió a guardarlo con cuidado en el bolsillo, metió también el lápiz y se alisó la solapa exterior con los dedos.

—Supongo que piensan que están aquí para divertirse.

—Oh, no, señor. —La voz de Bennett sonaba realmente sorprendida—. Quiero decir que…

—Malditos colegiales. ¿De dónde han sacado esos caballos si puede saberse?

—De un amigo —repuso Bennett de una forma un tanto imprecisa.

Se me pasó por la cabeza la idea de que en realidad los hubiera robado, temporalmente, desde luego.

—Hay que ejercitarse…

—¿Quién es su oficial al mando?

—El comandante Glendinning, señor.

—No les quepa duda de que le informaré de su comportamiento. De su… su… —Su rostro adquirió un tono más oscuro mientras trataba de dar sin éxito con la palabra adecuada— … comportamiento. Él decidirá. Aunque, eso sí, yo recomendaré… —Se quedó sin voz y nos miró en silencio—. Y en cuanto a usted… —Ahora se dirigía a Jerry. Hubo otro silencio prolongado—. Pueden montar de nuevo —dijo al fin—. Regresen ahora mismo a sus barracones.

Volvimos a subirnos a los caballos y nos alejamos despacio.

—¡No les quepa duda! —Vociferó estas palabras mientras atravesábamos el hueco en el seto para retomar al sendero, dejándolo solo en el campo.

—No pinta bien —dijo Jerry al cabo de un momento.

—Supongo que los placeres se pagan —dijo Bennett pomposamente—. Mirémoslo por el lado positivo. Tal vez ese comandante audaz se tope con una bala errante. Después de todo, matan a un hombre cada minuto, ¿por qué no iba a tocarle a ese asqueroso chupatintas? ¿Eh? ¿Por qué no?

—No le desearía algo así al tipo.

—No hay que ser remilgado con estas cosas.

Había empezado a llover. El viento nos golpeaba en plena cara y las gotas parecían un millón de agujas que nos perforaban la piel. Nos subimos los cuellos de los abrigos y nos encorvamos sobre las monturas, como hacía Jerry, para conservar el calor. Un caballo muerto tendido junto al sendero, con el cuerpo hinchado por los cambios químicos que estuvieran produciéndose en su interior, era la única señal visible de violencia. El ruido de la artillería se plegaba y desplegaba a lo lejos. Los golpes rítmicos de los cascos de los caballos y los chirridos de nuestras monturas eran los únicos sonidos de los que era totalmente consciente.

—Muy bien —dijo Bennett de repente—, dejad que me quede con los caballos. Volved a la granja lo más deprisa que podáis. Bajad por ese sendero y llegaréis a la carretera.

Obedientemente desmontamos y le entregamos las riendas. Nos guiñó un ojo.

—¿Todo el mundo lo ha pasado bien?

—Magnífico.

—Entonces no hagáis preguntas. Nos vemos luego.

Se marchó abriéndose paso por un prado hacia una arboleda negra.

—Apuesto a que los ha choriceado.

—No tengo ninguna duda.

—Genial. Eso me gusta. No está nada mal para ser inglés, ¿no crees?

Caminamos por el sendero. No tardaría en hacerse de noche.

—Bueno, en todo caso hemos superado un nuevo día.

—Ajá.

—Maldita lluvia —dijo.

—Ajá.

—Maldito país.

—Ajá.

—Maldita guerra.

—Ajá.

A la mañana siguiente nos fuimos al frente.

El régimen consistía en pasar tres días en las trincheras de primera línea, después nos retirábamos otros tres días a las trincheras de

apoyo y luego volvíamos al frente. Al cabo de unas dos semanas regresábamos a la granja para descansar cinco o seis días, y así sucesivamente. En aquella época no corríamos ningún riesgo grave en las trincheras del frente porque la artillería de los hunos y la nuestra se lanzaban proyectiles por encima de nuestras cabezas. Nuestro principal problema eran los francotiradores, porque en algunas zonas el parapeto apenas alcanzaba el metro de altura, y asomar la cabeza siquiera un instante era exponerse al peligro. En las trincheras de apoyo siempre existía la posibilidad de que un proyectil enemigo extraviado nos hiciera estallar en mil pedazos en cualquier momento. Los proyectiles caían por detrás de nosotros y provocaban que taludes de tierra, piedras, ramas, trozos de animales y hombres volasen por los aires y, al caer, todos esos escombros nos salpicaban de una forma muy desagradable. Destinábamos la mayor parte del tiempo a reparar y ampliar las trincheras, a reconstruir los parapetos y también a tratar de cubrir debidamente a los muertos que tan indebidamente habían cubierto nuestros predecesores.

En un principio, las trincheras habían sido obra de los franceses, y era evidente que en algún momento habían presenciado montones de combates intensos, pero habían dejado que se deteriorasen hasta que no fueron más que zanjas repletas de barro, basura y aguas residuales. El barro imposibilitaba casi cualquier movimiento, porque en cuanto se secaba en las botas se volvía duro y pesado como el cemento.

Sería absurdo decir que no tenía miedo. Día y noche tenía las palmas de las manos pegajosas por el sudor. Transpiraba constantemente por el cuero cabelludo y las gotas frías se acumulaban en la frente y en el cuello. No era la idea de mi muerte lo que me hacía sudar, es más, había momentos en los que morir habría sido preferible a continuar viviendo. Temía despertar un día y descubrir que había llegado a aceptar la grotesca obscenidad del modo en que vivíamos. Bennett y yo compartíamos un búnker. Medía casi dos metros de altura y dos metros y medio de longitud. Dormíamos en nuestros sacos llenos de pulgas sobre un montón de paja relativamente seca que se pasaba toda la noche crepitando, como si ejércitos de criaturas desfilaran arriba y abajo. Bennett tenía

una facilidad envidiable para dormir en cualquier momento del día o de la noche. Se quedaba allí tumbado en la paja crujiente, con los ojos cerrados, la boca entreabierta, como un niño cansado y despreocupado. Yo me echaba porque sabía que no aguantaba más de pie. Sabía que tenía el deber de descansar, pero me costaba horrores dormir y, cuando lo conseguía, las pesadillas me despertaban al cabo de lo que se me antojaban unos segundos. Suena a autocompasión. Y lo era. Ideé un sistema para sobrellevar el día a día que consistía en concentrarme en mis molestias y padecimientos insignificantes hasta excluir todo lo demás, excepto los aspectos básicos del deber. Era el arte de no mirar más allá de la propia nariz y, en cualquier caso, me ayudaba a seguir adelante. Toda mi vida he sido propenso a los sabañones y a esas alturas me ardían no solo en los dedos de las manos y de los pies, sino también en la parte posterior de las piernas, allí donde las botas me las habían desollado. Dejaba que el dolor me obsesionase por completo con la esperanza de volverme ciego a todo lo demás.

Incontables tazas de té mezclado con ron mantenían el frío a raya y aturdían la mente lo necesario. Una noche, Bennett sugirió que me frotara la parte posterior de las piernas con ron.

—La panacea. Desinfectante, anestésico. Seguro que es más efectivo que esa maldita chorrada que te ha dado el oficial médico.

—Estás de broma, supongo.

—No hay lugar para bromas en estos tiempos que corren. No…

—Creo que prefiero tomar la panacea internamente.

Bennett bostezó.

—Es como vivir con un lirón.

Se rio.

—¿Y por qué no? ¿Has hecho ya la ronda?

—En quince minutos. Es una noche difícil para algunos. El espectáculo pirotécnico es fantástico.

Estaba tumbado bocarriba con las manos entrelazadas bajo la nuca sobre su saco de pulgas y se había tapado los pies con mi saco para calentarse.

—¿Té? —le pregunté.

—Supongo. Qué rápido me estoy volviendo adicto al té. Creo que

será mi decimosegunda taza de hoy. Es de lo más asqueroso.

Saqué la cabeza por la puerta. Nuestro ordenanza estaba agachado contra un muro bajo de sacos de arena, con la cabeza mirando al cielo. Por un momento se tornó de un verde atroz, centelleó y después volvió a ser negro.

—¿Podría traernos un té?

Nos miramos el uno al otro, parpadeando, casi enceguecidos por el rápido cambio de luz.

—Sí, señor.

—¿Sería posible tomarlo sin azúcar?

—Haré todo lo que esté en mi mano, señor, pero no me haría muchas ilusiones si fuera usted.

—Haga lo que pueda.

Volví a entrar y me senté en la paja junto a Bennett. Tenía los ojos cerrados. El suelo que pisábamos nunca estaba quieto y de tanto en tanto un puñado de tierra negra caía por la esquina del techo.

—Tal vez nos traslademos pronto. Puede que el estruendo sirva para eso. Para ablandar al enemigo. O quizá nos estén ablandando a nosotros. Qué ideas más raras me vienen a la cabeza.

—¿Trasladarnos? —Mantuvo los ojos cerrados. Su voz sonaba como si estuviera a punto de quedarse dormido.

—Un ataque. Algo, lo que sea.

Se medio rio.

—Te quiero, Alec. Me encanta la sencillez con la que funciona tu mente. De verdad que me encanta.

—Me alegra divertirte.

—Llevamos ocho días en las trincheras y dices que tal vez ataquemos, o que tal vez nos ataquen. Que sean ocho meses, amigo mío. —Hizo una pausa. Abrió los ojos y me miró—. Ocho años. —De repente se sentó y, al hacerlo, el montón de paja se tambaleó de forma alarmante—. Podríamos quedarnos aquí sentados para siempre si así lo quisieran. Me refiero a los peces gordos del país. Atacaremos o nos atacarán cuando ellos y sus amigos de Berlín consideren oportuno. La guerra terminará cuando ellos quieran que termine. O podría durar para siempre si eso es lo que les conviene.

—Exageras, Bennett. Has estado teniendo malos sueños.

—Perros amaestrados. Eso es lo que somos, ni más ni menos. Un pequeño latigazo. Alguien menciona la palabra mágica, *La Patrie, la Gloire, das Vaterland,* los británicos nunca serán esclavos, y todos los perros amaestrados salen disparados y se matan unos a otros…

—¿Y qué hay de lo de convertirse en héroe? Lo que dices no deja mucho espacio para ello.

—En los últimos días he llegado a la nefasta conclusión de que probablemente moriré de forma humillante de una podredumbre galopante en el pie. Una muerte lenta y miserable.

O'Keefe entró con nuestras tazas de té.

—No he podido hacer nada con respecto al azúcar, señor.

—Qué se le va a hacer, O'Keefe.

—Es el sistema —dijo Bennett.

—Así es, señor. Añaden el azúcar a la vez que el té, señor, en una única mezcla.

—Todos los perros amaestrados deben tener azúcar en el té.

—Tiene razón, señor. A mí no me molesta, siempre he preferido tomarlo con azúcar. ¿Irá a hacer la ronda, señor?

—Sí.

—Tenga cuidado con las ratas. Dicen que las de esta noche son terriblemente salvajes. Ha habido muchas inundaciones en la línea del frente y han venido todas nadando hacia aquí.

—Excelente —dijo Bennett—. Este tipo que ves aquí sobre la paja empezaba a sentirse un poco solo.

—No lo necesitaré más, O'Keefe. Vaya a dormir algo si puede.

—Muy bien, señor.

Hizo el saludo marcial y se fue.

—Dios mío, el té está asqueroso.

Me saqué el ron del bolsillo y se lo di.

—La panacea.

—A veces eres razonable, eso es innegable.

Se echó un chorrito de ron en el té. Sus fosas nasales aleteaban complacidas a medida que el vapor adquiría el olor reconfortante del ron. Me devolvió la petaca. La agité y después volví a guardármela en el bolsillo.

—¿Tú no te echas? ¿Y eso?

—He pensado que podría guardarle algo a Jerry.

—Ajá. Es curioso, ¿sabes, Alec?

—¿Qué quieres decir?

El té estaba realmente asqueroso, dulce y recalentado. Iba dejando un rastro empalagoso a medida que me bajaba por la garganta. Pensé por un momento en un juego de té de porcelana con tazas delicadas, una rodaja de limón flotando en el líquido blancuzco. El aroma de la elegancia, de la seguridad. Dedos tan pálidos y frágiles como la porcelana.

—Caes bien a los hombres. No podrías no gustarles, eres justo, decente y amable con ellos. Todos procedéis de rincones diferentes de la misma ciénaga, pero a ti no te seguirían. Al valle de la muerte y todo eso. Yo no les gusto, y no es que me importe, pero tampoco me seguirán. El único que, llegado el momento, realmente conseguiría que se olvidaran de sí mismos y echaran a correr en la dirección correcta es Glendinning. Ya ves, los perros confían en quienes usan el látigo. Creo que aprenderé a ser uno de ellos.

Volvió a tumbarse sobre la paja y cerró los ojos.

—Mira que dices estupideces.

Me pregunté si se quedaría dormido. Con una mano sujetaba la taza humeante apoyada en el pecho, la otra descansaba muy relajada a un lado.

—¿Qué es lo que ves cuando cierras las ojos?

—Puntos. Millones de puntitos, como estrellas coloreadas.

—Eres literal. Eres sincero. Eres un imbécil. Yo veo a los esclavos sublevándose contra sus amos, y entonces, ¿sabes qué?

—¿Qué?

Me pregunté si podría quitarle mi saco de los pies. La humedad de la paja me traspasaba el trasero y empezaba a tener frío. Era una sensación muy desagradable.

—Habrá bailes y cantos en las calles. La sensación de vivir en una época de grandes logros, el florecer de todos los atributos hermosos, el esfuerzo común por alcanzar la perfección, y después, ¡paf!

Inclinó la cabeza un poco hacia delante y dio un sorbo en una postura inestable.

—Qué rebuscado eres. Yo cuando cierro los ojos veo puntos.

—¡Paf!

Estiré el brazo y le quité el saco de encima. Tenía los pies cubiertos de barro y eran todo piel y huesos.

—¡Paf! Los astutos perros amaestrados cogen el látigo y enseñan toda una serie de trucos al resto y la representación vuelve a empezar. *C'est* la maldita *vie.* Es de veras gracioso.

—No sé por qué te molestas en continuar viviendo.

—Creo que sería realista decir que me doy entre dos minutos y seis semanas. ¿Por qué malgastar una bala que podría aprovecharse mejor? Si no vas a ponerte esa cosa debajo de tu culo, sé un buen chico y vuelve a colocarla sobre mis pies.

Me reí y remetí el saco alrededor de sus pies.

—Apestan.

—Da igual, me los lavaré cuando lleguemos a West Outre. Me cambiaré estos calcetines horrorosos.

—Lava también esos calcetines horrorosos.

—No creo. No le tengo mucho cariño a este par.

—Podrías enrollarlos y disparárselos a los hunos. Una nueva arma secreta.

—Se lo sugeriré al comandante. ¿Puedo echarme otro poco de ron?

—No.

—Qué lástima.

Se llevó la taza a los labios y volvió a beber. Nunca había conocido a nadie que pudiera beber estando tumbado. Lo conseguía casi a la perfección. Era imposible saber en qué estaba pensando. Incluso cuando hablaba o divagaba, su rostro era como una hoja de papel en blanco en la que no se podía adivinar nada.

Me terminé el té y me puse el chaquetón y la gorra. No volvió a abrir un ojo ni a decir ni mu, estaba demasiado ocupado bailando en las calles con los esclavos sublevados. Salí a hacer la ronda.

Los bombardeos habían aflojado un poco. Los hombres no tenían nada de lo que informar. Jerry estaba solo en el extremo más alejado de una de las trincheras. La pasarela de tablones se había podrido allí fuera, así que estaba ahí, de pie, en casi medio metro de agua.

—¿Todo bien?

—Sí. Gracias a Dios que el bombardeo ha terminado, por lo menos de momento. Creía que no volvería a oír jamás.

Le ofrecí la petaca.

—Gracias. Eres un amigo.

Le dio un sorbo y me la devolvió.

—Acábatelo. Es todo para ti.

Asintió. Se quedó con la petaca en la mano, reservando el ron para el último momento posible.

—¿Te acuerdas de los cisnes? Me refiero al lago. Ya me entiendes.

—Pues claro que sí. ¿Qué te ha hecho pensar en ellos?

—Han venido dos. Justo cuando cesaban los bombardeos. He oído el chasquido de sus alas. —La mano que sujetaba la petaca dibujó un rastro en el aire que iba perdiéndose en dirección a Ypres—. Se fueron por ahí. Volando bajo los dos. A unos cuatro metros y medio del suelo. Eran cisnes, seguro.

—Tú también ves cosas esta noche, como Bennett. Os estáis volviendo un poco... ya sabes.

Tomó un trago rápido.

—Dios, es excelente. Tengo todas mis facultades intactas, y sé reconocer un cisne cuando lo veo. Crac, crac, crac, como sábanas aleteando en el viento.

A nuestra derecha algo estalló en llamas y una lluvia de chispas y luz salió despedida hacia las nubes.

—Menuda paliza —dijo—. Les están metiendo una auténtica paliza esta noche. ¡Cielo santo! Espero que mi madre siga rezando.

Me reí.

—Los fabricantes de velas sagradas deben de estar ganando una pasta gansa.

—Es bonito pensar que alguien se está beneficiando.

Escupió, demasiado cerca para mi gusto.

—Malditas sean tus puñeteras costumbres campesinas.

—Y malditos sean tus puñeteros modales de propietario. Toma. —Me puso la petaca en la mano—. Vamos a compartir los posos.

No había mucho que compartir, solo servía para calentarse la boca.

—¿Cómo está tu amigo Bennett?

—Lo he dejado dormido soñando con la revolución mundial.

—Será mejor que nos llevemos bien con él. Es lo bastante encantador como para estar en el bando ganador al final. Métete eso en el bolsillo, rápido, que viene alguien.

Se frotó la boca con el dorso de la mano y se apartó de mí. Yo me guardé la petaca.

—Buenas noches, señor. —También yo me froté la boca e hice el saludo militar más o menos a la vez.

—¿Todo bien, señor Moore? —Era el comandante Glendinning.

—Sí, señor. Estaba a punto de volver para informar.

—Barry dice que lleva aquí un buen rato. Pensaba que quizá se habría topado con algún problema.

—Ningún problema, señor.

El sargento Barry no sentía ninguna simpatía por los oficiales subalternos.

—¿Quién es ese soldado de ahí? ¿Quién es, Barry?

—Crowe, señor.

—Cierto —repetí estúpidamente—, el soldado Crowe.

—Ah.

Hubo una pausa larga.

—¿Todo bien, Crowe?

—Estupendo, señor.

Barry dejó escapar un pequeño silbido entre los dientes.

—Sargento, asegúrese de que esta zona cuente con una pasarela lo antes posible. De lo contrario, este tramo se volverá inutilizable. Es una vergüenza que se haya permitido un deterioro como este.

—Se trata del parapeto, señor…

—Maldita sea, eso es una estupidez. Asegúrese de que sus hombres mantengan la cabeza agachada si no quiere que los hagan papilla. En estos momentos, en caso de producirse un ataque ninguno de estos hombres podría moverse. Tienen que poder moverse. Es importante, sargento. ¿De qué sirve un soldado inmovilizado por el barro?

—Me ocuparé de ello, señor.

—Entonces, ¿todo bien, Crowe? Muy bien. Permanezca alerta. Quisiera hablar con usted, por favor, señor Moore.

Lo seguí a lo largo de la trinchera hasta su búnker. Tenía una mesa y una silla, y su paja daba la impresión de estar algo más seca que la

nuestra. Se quitó los guantes y los dejó con cuidado en la mesa junto a un montón de papeles. Como la mayoría de los oficiales, no llevaba espada, pero se acompañaba siempre de un bastón que no dudaba en usar en cuanto surgía algún problema con los soldados. Lo tiró, junto con la gorra, sobre la paja. Empezó a desabrocharse los botones del abrigo. Parecía tener los dedos tiesos, de frío o de artritis, y tuvo que pelearse con los botones. No se quitó el abrigo, pero, al sentarse, se lo ajustó alrededor de las piernas para darse calor. Finalmente me miró.

—Bien —dijo.

Aguardé. Confiaba en que no me retuviera mucho tiempo. El gigante del cansancio estaba cada vez más cerca.

—Bien —repitió. Tenía las manos entrelazadas ante él—. ¿Qué es ese hombre para usted?

—¿Señor?

—Ese comosellame. ¿Crowe? Barry me ha informado de que suele usted hablar con él.

—Bueno… sí, señor… supongo que es cierto.

—¿Qué es él para usted?

Hubo una pausa entre cada palabra, y eso hizo que la pregunta resultase muy ominosa.

—Venimos del mismo pueblo. Lo conozco desde…

—Quiero que quede claro ahora y para siempre que no toleraré ninguna charla entre hombres y oficiales. Nada de cháchara. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Yo…

—Procure comprenderlo. La disciplina debe preservarse. Una disciplina estricta e impersonal. En todo momento. No permitiré nada distinto en esta compañía.

Hizo una pausa y me miró; sus ojos se volvieron dos pequeñas hendiduras enojadas en su rostro gris.

—No son más que unos aficionados. Haré de ustedes unos profesionales. Para mí solo deben ser una cosa. Soldados. Es lo único que importa. No tendré piedad. ¿Me ha entendido?

Asentí. Me costó encontrar mi voz.

—En ningún momento pedí un hatajo de irlandeses de los

pantanos, maldita sea. Debo sacar el mayor provecho. Los hombres han de aprender. ¿Verdad que usted aprenderá?

—Sí, señor.

Separó las manos y las apoyó en la mesa con las palmas hacia abajo. Estudió unos instantes sus dedos arrugados.

—Esto sirve también para el señor Bennett. Puede decírselo. No toleraré payasadas. Ha ocurrido algún incidente relacionado con caballos. ¿Sabe por dónde voy…?

—Bueno…

—No le hice caso. Ese hombre era un necio. Pero asegúrese de que no haya una próxima vez. Que no haya más historias que contar. Si me dan la oportunidad, haré de ustedes unos soldados. Hombres. Si hacen el tonto, ya lo comprobarán… como ya le he dicho, no tengo piedad.

Alargó la mano hacia los papeles. No me caía bien, pero entendía su punto de vista. Permanecí rígido en posición de firmes, los dedos apuntando al suelo.

—Váyase —dijo.

Hice el saludo marcial. Mientras me dirigía a la puerta, volvió a hablar.

—Preparen armas a las seis y media. Deberían relevarnos sobre las diez y no quiero que la compañía que venga se pase los próximos diez días empantanada en nuestra porquería. ¿Entendido?

—Entendido, señor.

Al cabo de unos cinco días estaba tumbado en mi colchón en West Outre. Tenía calor y me llegaba el olor de beicon friéndose. Se podían oír disparos intermitentes de proyectiles en algún lugar muy lejano. Los golpes secos de la lluvia en el tejado casi resultaban agradables. Lo importante era que alguien estaba friendo beicon, que en algún momento nos lo comeríamos y que beberíamos grandes tazas de té azucarado. Se había vuelto imperativo no mirar más allá del presente inmediato, más allá, de hecho, del beicon.

—Hoy es día de caballos —dijo Bennett.

Él era así, un momento estaba dormido, los ronquidos brotando sin esfuerzo de su garganta, y al siguiente estaba de lo más

espabilado y, no se sabe cómo, encarando de buena gana el nuevo día.

—Beicon —dijo entonces, con inmensa satisfacción.

Aún era demasiado oscuro para verlo, pero oía hasta el último de sus movimientos en el colchón, como si de alguna manera el sonido estuviera amplificado.

—Malditos seáis tú y tus caballos.

—¿Y eso?

—Lo sabes perfectamente.

—Siento la necesidad de montar. Te aseguro que me hacen cosquillas las rodillas. Me niego a que me aterrorice ese… ese… ay, ese… por el amor de Dios, ¿y qué me dices de todos esos que no paran de ir galopando por ahí?

—Ha sido muy tajante con respecto a…

—Ya está todo organizado, en cualquier caso. Jerry se apunta, así que tus objeciones me importan un bledo.

Me levanté, encendí la lámpara y empecé mi análisis diario de los sabañones. El oficial médico me había dado unos polvos finos de color blanco con los que debía rociarlos para secar las llagas abiertas. Habían mejorado bastante en los pocos días desde que habíamos salido de las trincheras, pero estaban lejos de estar curados y me picaban tanto que estaba casi desquiciado.

—Solo porque lo hayas organizado no significa que yo tenga que ir.

Empecé a desenrollar el primer vendaje. No contestó. Me iba enrollando con cuidado la venda en dos dedos a medida que la desenrollaba. En algunas partes se había quedado pegada a la pierna y tuve que tirar de ella con fuerza para quitármela, lo que hizo que se abrieran las llagas curadas. Aquellas punzadas de dolor que me infligía a mí mismo me hacían querer llorar como un niño.

—Pero lo haré.

—Sí. —No parecía sorprendido.

—Si crees que podemos salirnos con la nuestra.

—Pues claro.

Se revolvió en el saco y salió completamente vestido salvo por las botas y la chaqueta.

—¡Agua! ¡Eh, agua! —gritó.

Entrelazó las manos por delante y se crujió cada uno de los dedos. Eso me ponía enfermo. Se oyó un ruido de pasos subiendo las escaleras.

—Me cuesta incumplir las normas.

Dejé el vendaje a mi lado en la cama y busqué la lata de polvos en mi macuto.

—Normas —repitió con desprecio.

Agité la lata azul y los polvos fueron cayendo por mi pierna. Desde la parte superior de la pantorrilla hasta el tobillo, el pus y la sangre centelleaban en la luz.

—Podría cortártela —me aconsejó Bennett amablemente—. A lo mejor entonces te enviarían a casa.

—Cállate, anda.

La puerta se abrió y entró O'Keefe con una jarra humeante llena de agua.

—Buenos días, señores, a todos sin excepción.

—Buenos días. En la palangana, eso es, así da gusto. No eres muy generoso que digamos, ¿eh? Deja un poco en la jarra para los dientes. Hoy me apetece repasarme mis gastados dientes.

—Bien hecho, señor.

El soldado vertió el agua con cuidado en una palangana pequeña de metal, dejó la jarra al lado en la mesa, hizo el saludo y se marchó. Bennett fue hasta el agua y la miró sin ninguna gana.

—Es como volver a estar en el colegio. Al menos aquí el agua está caliente. Nada de remojones, frío, ventanas abiertas, sonríe que es por tu bien. Eso te lo perdiste, amigo mío. En el colegio se aprende una falta de respeto saludable hacia la autoridad. Poco más. Te llenan la cabeza de conocimientos académicos, como si eso sirviera de algo. Críquet. Ese sí que es un juego civilizado.

—La verdad es que en Irlanda no jugamos al críquet.

—Claro que no. He dicho que es un juego civilizado. Déjame que te diga que, cuanto mejor juegues al críquet, más lejos llegarás.

—Yo no quiero irme muy lejos.

—Eso no lo sabes hasta que empiezas.

Se enjabonó la cara y la parte visible del cuello, luego se frotó y se dio unos golpecitos en la cara con un dedo delgado y fino.

—Voy a estar limpio. Voy a estarlo. Voy a estarlo. —Era como un mantra.

Se agachó y se quedó mirando su cara de payaso en el espejo moteado que O'Keefe había colgado en la pared para nosotros. Sus ojos estaban inyectados en sangre. Mis ojos estaban inyectados en sangre. Los ojos de todo el mundo en kilómetros a la redonda estaban inyectados en sangre. Valoré la posibilidad de cambiar el vendaje usado, porque daba pena verlo, o utilizar una de mis preciadas vendas limpias. Decidí posponer la decisión hasta después de haber comido.

—Malditas encías sangrantes. Siempre igual. En el colegio solíamos esperar en fila. Frotar, frotar, escupir. Casi no había tipos a los que no les sangraran las encías. Era realmente extraño. Esa es otra de las cosas que te perdiste acerca del prójimo.

—Supongo que lo aprenderé todo de ti. Si te salvas, aprenderé.

—Un profesor de anarquía para un dulce conservador. Menudo papelón.

Me sonrojé.

—No soy conservador, idiota, soy defensor del autogobierno.

Soltó una sonora carcajada.

—¿Y eso qué rayos es?

—Lo sabes tan bien como yo.

—Una especie de grupo político escindido.

—Parnell…

—… está muerto, y de todas formas… —Dejó de hablar y se secó la cara con una toalla gris que estaba en las últimas, después se dio la vuelta hacia mí—. De todas formas, era un inútil. Dejó que lo mataran. ¿Qué tipo de hombre hace eso?

Tiró la toalla al suelo y se acercó hasta mí. Me puso la mano suavemente en la cabeza. Un gesto a medio camino entre una bendición y una caricia.

—No esperaba admirar la dulzura en un hombre. —Dejó que la mano le cayera a un costado—. Te ruego que no me malinterpretes en modo alguno. —La lámpara empezó a humear, alargué el brazo y ajusté la llama de forma mecánica. Se quedó de pie muy quieto a mi lado. En el dedo meñique de la mano izquierda llevaba un anillo de

sello de oro. Casi resultaba demasiado pesado para sus huesos frágiles—. No me juzgues mal.

Se alejó con brusquedad. Un paso nada más. Esbozaba una sonrisita. No dije nada, pero simplemente porque no sabía qué decir. Intuí que era uno de esos momentos en los que uno debe decir lo correcto… o callarse.

Se palpó el bolsillo, sacó el peine y volvió a cruzar la habitación hasta el espejo. Tenía que doblar ligeramente las rodillas para que su rostro quedara a la altura del cristal.

—Seguramente ese tipo de cosas no suelen decirse. Pero estas no son circunstancias normales. No te sientas obligado a reaccionar de ninguna manera. Definitivamente, creo que voy a dejarme bigote.

Me quedé con la cabeza hecha un lío, como si Bennett hubiera pensado más de lo que había expresado, como si tratara de debilitarme de alguna manera, como si sencillamente estuviera haciendo una declaración de afecto espontánea a la que yo era incapaz de reaccionar. En la vida que siempre había conocido, la espontaneidad y la calidez eran cualidades desconocidas, casi anárquicas. Peligrosas. Me espolvoreé la pierna izquierda con cuidado.

—¿No crees que me quedaría bien?

—¿Eh?… ah… sí.

—Un mostacho caído victoriano.

—Espléndido.

—Te he molestado.

—No.

—Qué pena.

Al final decidí cambiarme el vendaje usado y sucio.

—Entonces vendrás a montar con nosotros.

—Sí. Ya te lo he dicho.

—Es cierto. ¿Dónde rayos está ese beicon? El olor me está volviendo loco.

Me reuní con ellos en la misma esquina que la otra vez. Esta vez, sin embargo, fue Bennett el que llevó consigo a Jerry. Las nubes eran de nieve, pesadas y verdes. El aire estaba inmóvil y el frío era intenso.

Llevaba unos guantes para Jerry y se los di antes de que subiera al caballo.

—Voy a intentar pedir el traslado al batallón ecuestre.

—Mira lo que dice —dijo Bennett.

—No cuidan en absoluto a los animales. Dios mío, Alec, deberías ver ese lugar. Es una vergüenza. No hay más que echar un vistazo a estos tres para darse cuenta. Han perdido el alma.

—Los alcanzaron…

—Mataron a quince y tuvieron que disparar a otros veinte o más.

—La sensibilidad irlandesa va colándose a hurtadillas.

—Búrlate todo lo que quieras.

—Perdona, colega. No pretendía ofenderte.

—El olor te pondría enfermo. Siento como si todavía flotara a mi alrededor.

—Los caballos muertos no huelen peor que los hombres muertos.

—Ay, cállate, ¿quieres?

—Déjale en paz, Bennett.

—Se necesita perspectiva. Vosotros, los malditos celtas, no tenéis de eso. No me sorprende que no creamos que estéis en condiciones de gobernaros a vosotros mismos.

—Hemos venido a divertirnos. Ni siquiera llueve. Vamos a llevarnos bien y a hacer lo que hemos venido a hacer.

—De acuerdo.

Bennett clavó los talones en su caballo, giró a la derecha por encima de una zanja y se alejó campo a través. Los caballos avanzaban por el barro a duras penas, pero en cuanto alcanzamos un terreno algo más elevado marcharon sin problemas. Como si hubieran renacido. Jerry pasó a mi lado agachado, casi rozándome, y no tardó en alcanzar a Bennett. Me dolían las piernas por la tensión repentina, así que reduje el ritmo del galope. Vi que se dirigían hacia una zanja que dejaron atrás entre salpicaduras de barro. En el mejor de los casos, aquel paisaje invernal habría sido anodino, pero en aquel instante los acres de tierra se asemejaban a aquellos que preceden a las puertas del infierno, o incluso del cielo, un lugar por el que vagamos hasta que nos olvidamos de este lugar llamado tierra. Tenía la esperanza de que no me hiciera falta pasar mucho tiempo

allí. Había perdido el contacto con el caballo que tenía debajo y aminoré la marcha a un trote. Los otros dos habían desaparecido. Dos pequeños copos de nieve llegaron revoloteando hasta mí y aterrizaron en mi chaquetón. Los vi desvanecerse y entonces recobré la compostura. El caballo respondió. Parecía saber el camino que habían tomado sus compañeros y dejé que me condujese hasta ellos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Bennett.

—Quería tomarme mi tiempo.

—Me ha dado una paliza.

—Sí, y volverá a hacerlo.

—Ya veremos.

—Tiene pinta de que en ese pueblo de ahí pudiera haber un bar —sugirió Jerry.

—Una idea encomiable —dijo Bennett.

El pueblo se extendía a lo largo de la linde de los campos, como si la guerra no hubiera pasado por allí. Muros altos ocultaban graneros y corrales de la carretera. Ventanas austeras brillaban a nuestro paso, el cristal intacto, los postigos descascarillados por el abandono. Mujeres vestidas de negro se movían cautelosas tras el cristal, escudriñando para ver a los jinetes en su calle particular. Jerry tenía razón, por supuesto que había un bar. Atamos los caballos y entramos. El lugar era oscuro pero cálido. Detrás de una barra recubierta de zinc con una barandilla de latón había un hombre solitario limpiando unos vasos. Nos dedicó una sonrisa fugaz, educada pero escasamente amistosa.

—*Messieurs.*

Tres ancianos jugaban a las cartas en voz baja en el rincón; en el medio, una botella de la que bebían por turnos.

—Supongo que un brandi nos pondrá a tono.

Bennett fue a la barra. Jerry y yo nos sentamos y nos desabrochamos el abrigo.

—*Une bouteille de cognac, s'il vous plaît.*

El limpiador de vasos le vino con una avalancha de palabras que Bennett evidentemente era incapaz de seguir. El hombre se encogió de hombros y desapareció en la parte de atrás del bar. Bennett llegó hasta nosotros y se sentó a nuestro lado.

—Vaya un sitio raro, maldita sea. ¿Dónde está la guerra? ¿Qué ha pasado con la guerra?

Un leve aroma a lejía manaba del suelo. Una mujer gritó algo en la parte de atrás de la casa. Un perro de aspecto vil entró arrastrando las pezuñas desde la calle. Cruzó la sala y se dejó caer contra la barra, agotado de vivir. Como a la mayoría de los perros que habíamos visto por los alrededores, una comida decente no le habría venido mal.

El propietario surgió de la oscuridad, botella en mano. La dejó en nuestra mesa y se quedó allí de pie, mirándonos.

—*Merci… ah, merci…* —Sentía el peso de la desaprobación fastidiosa del señor Bingham.

—*…beaucoup.*

—*Où est la guerre?* —preguntó Bennett.

Con cuidado, el hombre se sacó un pañuelo largo y blanco del bolsillo. Lo examinó unos instantes antes de sonarse la nariz, que de una forma u otra resultaba poco atractiva. Una vez que hubo terminado, dobló pulcramente el pañuelo y lo devolvió a su bolsillo.

—*Vous rigolez, monsieur* —sugirió.

—¿Qué rayos está diciendo? —masculló Jerry en mi dirección—. ¿Y dónde están los vasos? Déjate de tonterías y pide unos vasos.

Bennett ignoró esta sugerencia práctica.

—*Non. Je ne rigole pas. Où est la guerre. Où?*

—*La guerre est partout, monsieur.* —Abrió mucho los brazos y abrazó tristemente entre ellos la sala, el pueblo, todo su mundo.

Alargué el brazo para coger la botella y saqué el corcho. El aroma cálido del brandi fortaleció el ambiente.

—Vasos —dijo Jerry esperanzado.

Nadie reaccionó.

—*Où est la guerre?*

Jerry cogió un vaso imaginario de la mesa y le dio un trago rápido. El francés asintió.

—*Bien sûr.*

Se metió detrás de la barra y estuvo revolviendo unos instantes. Al pasar junto al perro, este dio un golpe al suelo con la cola zarrapastrosa.

—*Tooralooraloo, tooralooralay, tooralooraloo, tooralooralay* —cantó Jerry con una alegría repentina.

Los jugadores de cartas se dieron la vuelta y lo miraron sorprendidos.

—*And the song he sung was The Jug of Punch.*[21]

El propietario volvió con tres vasos y los colocó en línea recta encima de la mesa. Cogió la botella y llenó con cuidado cada vaso hasta el borde.

—*Voilà.*

—*La guerre n'est pas ici.*

Mi mano y la de Jerry se estiraron a la vez para coger nuestros vasos. La mía, como siempre, temblaba ligeramente. La suya estaba tan firme como una roca.

—*Mais pourquoi?* ¿Por qué?

—*Nous attendons, monsieur. Jour par jour, nous attendons. Les Boches, les Beiges, les Anglais, même les Français, qui que ce soit, tout le monde souffrira ici.*

—*Sláinte.*[22]

—Salud.

—*Nous avons perdu notre fils. Le vingt septembre.*

—*Jeregrette…*

—*N'en parlons plus. C'est fini.*

—Brindemos por este anciano, ¿os parece?

—Mataron a su hijo.

Jerry se santiguó.

—Que en paz descanse.

El hombre le sonrió. Por primera vez era una sonrisa auténtica.

Deslicé el vaso de Bennett hacia él.

—*Pour vous, monsieur.*

Lo cogió sin decir nada y se echó el líquido en la garganta aparentemente sin tocar el vaso con los labios. Volvió a dejar el vaso en el lugar exacto donde lo había cogido. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos.

—*On a besoin.*

Volvió a sacar el pañuelo y se limpió la boca. Se inclinó hacia nosotros con solemnidad y volvió a retirarse detrás de la barra. El perro movió una vez más la cola al pasar su dueño. Le serví un vaso

a Bennett.

—Gracias.

Lo miró seriamente un instante antes de cogerlo, como si se planteara si debía tocarlo o no.

—*Tooralooraloo, tooralooralay…*

—¿Tú también defiendes el autogobierno?

—¿Yo? Por Cristo bendito. —Jerry escupió al suelo y empezó a reírse.

Bennett sonrió y se bebió el brandi de un solo trago. Volvió a llenarse el vaso.

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Lo que ha dicho Alexander.

—Ah, claro, Dios lo guarde. No sabe por dónde le da el aire. Lo han educado para confiar en los británicos. El pueblo honorable.

—Bueno, tu padre está en el Ejército, ¿no? Debe de sentir algo muy parecido.

—Mi padre nunca tuvo la oportunidad de descubrir, y mucho menos de usar, sus cinco sentidos. Pásame la botella.

—Si no eres un defensor el autogobierno, ¿qué eres?

—Republicano.

Empujé la botella hacia él. Bennett parecía sorprendido.

—¿Hay muchos de esos?

—Unos cuantos.

—Di la verdad, Jerry, un puñado.

—No tienes ni idea, Alec.

—Leo los periódicos.

—Los periódicos...

Bennett se inclinó sobre la mesa hacia él.

—Sinceramente, en ese caso, no sé qué estás haciendo aquí.

—Aprender a disparar un fusil. Mirad... —Dio un trago antes de continuar—. Cuando vuelva seré uno de los que realmente sabe qué demonios hace a la hora de luchar. Todo eso de marchar por las colinas con palos de *hurley* está muy bien, pero llegará un momento en que no estará de más tener buenos hombres por los alrededores capaces de hacer algo más que eso. —Se echó a reír—. ¡Jesús, os diré algo! Si salgo vivo de esta, nunca volveré a tener miedo.

—Se acabó nuestra granja de sementales —me oí decir pesaroso.

—Por eso no te preocupes. —Extendió la mano y tocó la mía—. Habrá tiempo de sobra para lo que queramos hacer cuando hayamos hecho lo que tenemos que hacer.

—Estoy felizmente sorprendido —dijo Bennett.

—¿Has oído hablar de Patrick Pearse?[23]

—Me temo que no.

—Es muy bueno expresando las cosas de manera apasionada. Es maestro. Y hace no mucho dijo que… —Se hurgaba la nariz pensativamente mientras encontraba las palabras—. …hay cosas más terribles que el derramamiento de sangre, y la esclavitud es una de ellas. Esa clase de cosas se te quedan grabadas.

—Pero, esclavitud…, en serio, Jerry… ¿quién es un esclavo? —Me callé y los miré a los dos. Bennett llenaba los vasos—. Como dice Bennett, todos somos esclavos porque nos aterra ser hombres libres.

—No estoy hablando de filosofía, sino de la realidad.

—Tonterías. En Irlanda no hay esclavos.

—No tenemos derecho a hablar por nosotros mismos. ¿Acaso no es eso una forma de esclavitud?

—El autogobierno…

—Me cago en tu autogobierno. Si alguna vez sucede, no será más que una concesión. Para que se callen. Creo… Sé que la única manera de sacarlos de allí es a tiros.

—¿No resulta extraño que en todo el tiempo que hemos sido amigos nunca antes hayamos tenido esta conversación?

—Tal vez fuera mejor así. Ahora no nos hará daño a ninguno, y antes podría haberlo hecho.

—No me puedo creer que haya muchos que piensen como tú.

—Los habrá. Puede que hasta tú mismo.

—¿Quién sabe?

—Bueno, debo decir que estoy encantado de la vida de conocer a un tipo revolucionario —dijo Bennett—. Chócala. —Le tendió su mano por encima de la mesa, pero Jerry se limitó a mirarla y sonrió —. Me gusta cómo suena tu señor comosellame.

—Pearse.

—Tal vez si no puedo ser un héroe en Flandes, me iré allí y seré

uno en Irlanda.

Jerry se rio.

—Diría que tendremos a unos cuantos. ¿Puedo preguntar en qué bando?

—En el del señor Pearse, por supuesto. En el bando del hombre que dijo esas palabras.

—No creo que pudieras comprender las razones por las que las dijo.

—Bobadas.

—Estáis locos, los dos.

—Bebamos por nuestra locura.

Bennett cogió la botella y se la mostró al hombre de detrás de la barra.

—*Monsieur?*

—*Merci.* —Sacudió la cabeza.

—*Sláinte* —volvió a decir Jerry.

—Por los sueños de cada uno —dijo Bennett.

—Puede que la gente se burle de lo corto que es su cuello, pero ganarán. En todo el mundo.

—¿De qué hablas?

—De mis caballos. Yo no tengo el tipo de sueños que tenéis vosotros. Solo mis preciosos e imbatibles caballos.

—Lo haremos, por supuesto que lo haremos, y yo los montaré tanto si le gusta mi estilo como si no, señor Bennett.

—Ascot, Epsom, Newmarket, Cheltenham, Longchamps... Incluso Saratoga. ¿Qué me dices de Saratoga, Jerry?

—Eso es.

—Es probable que estés borracho —dijo Bennett.

—Es probable.

—Por tus caballos. Ganadores todos.

—*Sláinte.*

—Espero que nuestras bestias de hoy conozcan el camino a casa.

—*Mi pequeña casa gris en el oeste* —cantó Jerry.

—Sssh, estás asustando a los jugadores de cartas.

—Da di da da di da da…

—*Je vous en prie…*

—No pasa nada, *monsieur* —dijo Bennett—. *Ne vous inquiétez pas.* Está un poco borracho y un poco *malheureux. Il est irlandais,* ¿sabe? y los *irlandais chantent toujours quand ils sont un peu* borrachos.

El propietario estaba de pie, solo movía una mano, abrillantaba vasos que de ninguna manera podían estar sucios. Tal vez escuchara, o tal vez no. Tal vez estuviera pensando en su hijo asesinado el veinte de septiembre, cuando yo entrenaba a mi Morrigan en las colinas de casa y Jerry se iba de maniobras con un palo de *hurley.* Jerry canturreaba entre dientes. Los jugadores de cartas de vez en cuando se volvían nerviosos hacia nosotros. Tenía la sensación de que nos contemplaban como si fuéramos una avanzadilla de la indeseada guerra. Querían que nos marcháramos. Su deseo colmaba el bar y me incomodaba. Un repiqueteo de granizo, como fuego de mosquetes en las ventanas, hizo estremecerse a Jerry. Cogió la botella y volvió a llenar nuestros vasos.

—Uno para el camino. *Sláinte.*

—Por los muertos. —Bennett alzó su vaso.

—Qué macabro. Son los vivos los que necesitan que te acuerdes de ellos.

—Pues por los muertos vivientes.

Los tres hombres del rincón se volvieron una vez más y nos miraron mientras bebíamos por lo que habíamos brindado. Sus ojos eran como las ventanas de las casas francesas, herméticos. Bennett metió el corcho en la botella de brandi y se levantó. Se guardó la botella en el bolsillo de su capote. Fue a la barra y dejó algo de dinero delante del propietario.

—*Eh bien* —dijo—. *Nous allons chercher la guerre. Nous allons massacrer les sales Boches. Peut-être nous reviendrons.*

—*Peut-être* —repitió el hombre de la barra sin demasiado entusiasmo. El perro gruñó quedamente para sí mismo.

Después de habernos abstraído de la guerra, no quería volver a encontrarme con ella nunca más. Sin embargo, volvimos a introducirnos con la misma facilidad con la que nos habíamos escabullido.

A la mañana siguiente, al alba, aguardábamos en posición de firmes.

El viento del este cargado de granizo exasperaba a los hombres. El comandante Glendinning, con Barry pegado a su hombro, pronunció unas palabras:

—Un grupo penoso.

Hubo una pausa muy larga. Algún pobre desgraciado intentó reprimir una tos, y también yo trataba por todos los medios de no desgarrarme la parte posterior de las piernas.

—*Canaille,* creo que dirían nuestros aliados franceses. La… eh… Es nuestra responsabilidad mostrarle al mundo que la apariencia no lo es todo. ¿No es así, sargento Barry?

—Sí, señor.

Barry lanzaba miradas furibundas a su alrededor, deseoso de encontrar algún disidente entre las filas.

—Créanme, comprendo su exasperación… su impaciencia. La aparente futilidad de la inactividad debe soportarse, y la soportarán, y cuando llegue el momento de luchar, que llegará, no les quepa duda, lucharán. Cualquiera que piense lo contrario tendrá que vérselas conmigo, y les advierto a todos ustedes, aquí y ahora, que no tengo escrúpulos a la hora de infligir el peor castigo. Compréndanlo. Ningún escrúpulo que valga. El peor castigo. —Le gustaba usar esa expresión. Esperaba que los hombres se diesen cuenta, como había hecho yo, de que no era un hombre propenso a lanzar amenazas vacías—. Partiremos al frente a las diez. El señor Bennett y el señor Moore se asegurarán de que no se abandonen mochilas bajo ningún concepto.

Había idiotas que, cuando las cosas se ponían muy difíciles, tendían a deshacerse de la carga que considerasen menos importante en la zanja más cercana.

Un gallo cantó. Un sonido absurdamente normal. Las nubes eran bajas y se movían deprisa por encima de nuestras cabezas. A medida que la oscuridad se desvanecía pude ver que seguían estando cargadas de nieve y eran de color verde.

El comandante golpeó el bastón contra su bota.

—Bien —dijo, casi como si hablara en serio—, si alguien tiene alguna pregunta…

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, atrapadas en el vaho

que brotaba de sus labios.

Jerry dio un paso adelante haciendo el saludo marcial.

—¿Quién es usted? ¿Qué significa esto?

Barry se inclinó hacia él y murmuró en su oído:

—Soldado Crowe, señor. Ya sabe.

—Perfectamente. Ah… sí. Crowe. —Miró fijamente a Jerry como si fuera la primera vez que lo veía—. Hable alto, soldado.

—Me preguntaba, señor, si sería posible, eh…, el traslado al batallón ecuestre.

Me sonrojé.

—¿Debo inferir, soldado, que de alguna manera no está satisfecho con…? —Hizo un gesto brusco con la mano.

Los rostros de los hombres permanecían inexpresivos.

—No es eso, señor. Tan solo creo que podría ser más útil allí. He visto el batallón ecuestre, señor. No tiene buen aspecto. Yo podría ayudar. Los caballos… —Su voz se fue apagando.

Se miraron fijamente el uno al otro.

—Allí necesitan a alguien como yo —dijo finalmente. Su voz era firme, muy contenida.

—¿Se puede saber qué estaba haciendo en el batallón ecuestre?

—Simplemente fui a verlo, señor. Como le he dicho, estoy interesado…

—¿En encontrar un barracón más cómodo?

—Disculpe, señor, ni se me había pasado por la cabeza algo así.

—En ese caso, Crowe, o sea cual sea su maldito nombre, a su cabeza no le importará quedarse donde está.

Jerry no dijo nada, se limitó a asentir ligeramente.

—¿Qué es lo que ha dicho? Hable alto, soldado.

—No he dicho nada, señor.

—Le tengo el ojo echado hace tiempo como alborotador en potencia. Bien, se lo advierto. Ya lo sabe.

Parecía haber terminado. El de la tos probó una vez más a ahogarla. El sargento Barry se mordió la punta del bigote con fuerza.

—Bien. —Se volvió hacia Barry—. Vigile a este soldado.

—Sí, señor.

Nada le habría brindado una mayor satisfacción.

—Encárguese de que los hombres estén listos para partir a las diez, señor Bennett.

—Señor.

El comandante dio media vuelta y se marchó; el bastón se balanceaba en su mano como si tuviera vida propia.

Bennett rompió filas y nos fuimos a desayunar.

—Dios, Jerry es idiota.

El desayuno consistía en salchichas, carne en conserva frita y patatas. La última comida de los condenados a muerte. Estaba intentando leer, no sin esfuerzo, una carta de mi madre. Siempre escribe con unos plumines finísimos y las palabras, en lugar de signos descifrables, parecen insectos que forcejean entre sí a lo largo y ancho de la hoja en blanco. El papel era grueso y estaba tenuemente perfumado, pero el olor procedía de sus manos en lugar de ser algo más flagrante y posiblemente vulgar. La carne en conserva era pésima.

—Hum.

—No me escuchas.

—La carne en conserva es pésima. Podrían habernos ofrecido un huevo o dos en nuestra última comida.

Bennett se dirigió a grito pelado a O'Keefe, que se sentaba con los soldados rasos en otra mesa al otro lado de la sala.

—¿Hay huevos por ahí para el señor Moore?

—¿Huevos? ¿Qué huevos?

—Ha sido un maldito idiota. —Bennett bajó la voz al volverse hacia mí—. ¿Eh? ¿No crees?

—Podría haberle funcionado.

—Ni de broma. Se ha ganado una reputación y, lo que es más importante, Barry está husmeando en cada rincón.

> «… el chico de Daly volvió a casa en muletas, le habían hecho un agujero en la pierna, en algún sitio cercano a donde estás tú, supongo. A pesar de todo, se le ve sorprendentemente risueño. Henry Townsend está desaparecido. Sois todos muy valientes. Algunas chicas de la zona se han marchado para unirse al Destacamento de Ayuda Voluntaria. Este lugar pronto se vaciará

de jóvenes. Maud vino y se quedó tres semanas. Por muy simpática que sea, lo he encontrado un poco excesivo…».

—¿Conoces la teoría del chivo expiatorio?

«… Ha pasado mucho tiempo desde tu última carta. Todos anhelamos oír las noticias que puedas contarnos. Es más, tu silencio me hiere. Los demás sí parecen tener tiempo para escribir…».

—¿Me estás oyendo?

—Cállate, por el amor de Dios, Bennett. Estoy tratando de leer una carta de casa.

Se echó hacia delante en la mesa, sobre los platos de carne en conserva enfriándose y el té humeante. Vi su botella de ron junto a su taza. Aún no me había adentrado en la senda del ron para desayunar, pero lo más seguro es que fuera cuestión de tiempo. Me quitó la carta de la mano.

—¿Qué es casa? Una pregunta retórica a la que yo mismo responderé. La irrealidad de las irrealidades. Lo más probable es que ni tú, ni yo ni Jerry volvamos a ver nuestra casa. Si lo hacemos, seremos personas diferentes. Por tanto, las noticias de casa carecen de sentido.

—Eh, vamos…

Rompió mi carta en pequeños trozos cuadrados, el ceño fruncido le arrugaba la piel pálida de la frente con cada movimiento de sus manos. Me quedé sentado mirándolo. Tiró los pedacitos por encima del hombro y cayeron al suelo. Confeti. Los soldados de la otra mesa contemplaban la escena con indiferencia. De repente me sonrió y me tendió aquella mano destructiva.

—¿Por qué no me pegas?

—No lo sé.

Por un momento pareció como si fuera a decírmelo él y entonces se lo pensó mejor. En lugar de eso cogió su taza y la vació de un trago. Luego se puso de pie.

—Luzcan impecables —dijo con desdén a los hombres al salir de la sala.

Escuché sus botas en las escaleras de piedra. El sonido de los pasos mientras subía me provocaba un dolor punzante en la cabeza. La mesa en la que comíamos, bebíamos, escribíamos, nos despatarrábamos, esperábamos era blanquecina y el paso del tiempo y los cepillos de fregar de varias generaciones de mujeres orgullosas la habían llenado de surcos. Las vetas de la madera y el desgaste le conferían un aspecto elegante, casi parecía la obra de un artista. La habíamos manchado con nuestras tazas y vasos, círculos marrones y grises y, en un extremo, una colección de quemaduras de cigarrillos. Algún maldito idiota había grabado sus iniciales con un cuchillo. Un K. D. profundo y lacerante, con tres líneas gruesas debajo. Alguien había derramado un poco de tinta y después había convertido la mancha azul en una criatura que se arrastraba. No nos quedaba mucho tiempo. Las pisadas de Bennett sobre mi cabeza eran insistentes. Saqué del bolsillo un trozo de papel y la pluma, y me puse a escribir una carta a mi madre. Esbocé una descripción detallada de aquella mesa. En aquel momento me pareció importante.

Sobre las diez menos cuarto la nieve empezó a caer a ráfagas y la marcha se endureció bastante. No llegamos a las trincheras de apoyo hasta después del anochecer. Los hombres estaban molidos y hambrientos. Unos hilillos tiesos de nieve se les aferraban al cabello, al cuello, a los costados de sus chaquetones… Los tipos a los que reemplazábamos tenían prisa por largarse de allí y la instrucción fue breve. Lo habían pasado mal. Habían perdido a tres hombres y siete habían resultado heridos. Solo querían escapar, marcharse, volver a la relativa seguridad de la granja. Les fastidiaba el hecho de que los hubiéramos tenido esperando un solo minuto más de lo necesario.

Tuve la mala suerte de que me asignaran al frente. Y allí que nos fuimos sin tomar siquiera una taza de té. Las trincheras estaban hechas un asco. Era evidente que habían sufrido varios bombardeos intensos. Harían falta un par de días de trabajo para reconstruir los parapetos y despejar las líneas de escombros. Más allá de la alambrada, un hombre gritaba. No era un alarido prolongado, iba y venía, se desvanecía, cada tanto degeneraba en un balbuceo y en ocasiones se hacía el silencio. En los momentos de silencio, era

imposible olvidar aquel grito, uno solo podía esperar a que se reanudara. Los hombres odiaban ese sonido tanto como yo. El odio se apreciaba en sus rostros.

Había terminado la ronda y estaba a punto de intentar dormir un par de horas cuando Jerry apareció en la puerta. Traía una taza de té y me la ofreció. Le temblaban las manos.

—¿Qué ocurre?

—Debo de estar haciéndome viejo.

—Siéntate.

Le señalé el montón de paja.

—¿Puedo?

—Maldita sea, Jerry, siéntate.

Nos sentamos uno al lado del otro. El té humeaba tranquilamente en medio.

—¿Qué tal las piernas? ¿Muy mal?

—Podrían estar peor.

—El cabrón de los alaridos me pone de los nervios.

—Siento lo de esta mañana, Jerry. Debería haber dicho algo. Sé que debería haberlo hecho.

—Entonces habríamos sido dos idiotas en lugar de uno. Has hecho bien en quedarte callado.

—Bebe algo.

—No voy a decirte que no.

Me levanté y abrí mi macuto. El ron seguía envuelto en un jersey verde viejo. Dejé la botella en el suelo y le lancé el jersey a Jerry.

—¿Para mí?

—No tiene ningún sentido que pases más frío del indispensable.

—Échale un poco de eso al té. Tendrás que quedarte la petaca.

—He intentado averiguar algo sobre él, pero con esta oscuridad es imposible.

Desenroscó el tapón y vertió una buena cantidad en la taza. El té se enfriaría, pero qué más daba.

—¿De qué estás hablando?

—Del hombre que está ahí fuera. Pensaba que tal vez podría ahorrarle el sufrimiento. Pero es imposible. Dicen que lleva así dos días. Salió con otros cuatro.

—Oh.

—Confiaba en que… ya sabes…

—Sí.

—Pero no pude.

—Puede que sea mejor así.

Se rio y le dio un buen trago a la botella.

—Ninguno de ellos ha regresado.

Los dos nos quedamos en silencio un buen rato.

—Es una mierda —dijo.

—Pronto habrá terminado. Dicen que falta poco. Habrá una gran ofensiva y entonces…

—¿Te acuerdas de algo? ¿De la hierba sin pisar? ¿De los rostros apacibles? ¿Del silencio?

—De los cisnes.

—Sí. Dios, qué bueno está esto. El frío me tenía famélico. Un buen fuego de turba sería estupendo ahora mismo. Poder quitarte las botas y estirar las piernas justo delante.

—No sabíamos lo bien que vivíamos.

—Ay, cielo santo.

—Bebe un poco más.

Asintió y dio otro trago.

—¿Dónde está tu amigo Bennett?

—Supongo que trabajando para el viejo, dando vueltas como pollo sin cabeza.

—Viejo cabrón. Te aseguro que cuando acabe esta guerra tendré un par de balas listas para los hombres como él. Y sálvese quien pueda.

—No sé cómo eres capaz de pensar en volver a luchar.

—No será como esto. No habrá trincheras, ni líneas del frente. No habrá esperas. Cada ciudad, cada pueblo serán la línea del frente. Cada colina, cada roca, cada árbol. No sabrán a dónde mirar. Por el amor de Dios, incluso los niños lucharán contra ellos. No será como aquí, eso te lo prometo. Ay, Alec, es una idea que da que pensar.

—Odio tu idea.

—Pues ódiala, hombre.

—Es como si para vosotros dos hubiera algún placer oscuro en la violencia, o en la idea de la violencia en cualquier caso.

—¿Y cazar?

—Una perfecta insensatez.

—Pero violenta, Alec.

—Supongo que no reflexiono con la suficiente lucidez.

—Lo harás. —Su voz sonó brusca.

—Puede ser por falta de energía.

—Simplemente funcionamos de maneras distintas. Pero nos necesitamos el uno al otro. Los tuyos y los míos. Ya lo verás.

—Me pones nervioso. Mucho más nervioso que Bennett.

—Es una cotorra. Algún día ni siquiera él se prestará atención.

Se puso de pie.

—Tengo que volver. Me alegro de que no tengas muy mal las piernas. ¿Puedo hacer algo?

—No, gracias.

Recogió mi taza.

—Ya nos veremos.

—Sí.

Fue despacio hasta la puerta. Quería que se quedase. No quería estar solo. En la puerta se dio la vuelta y me sonrió. Levantó una mano gris sin mucho ímpetu, mofándose del saludo marcial.

—¿Eso es todo, señor?

—Todo. Sí. Todo.

Mientras empujaba a un lado los tablones que hacían las veces de puerta, se coló un viento frío sumamente desagradable. Trajo consigo el sonido de risas.

—Por el amor de Dios, Jerry, diles que se callen. ¿Dónde creen que están?

Volvió a ajustar rápidamente la puerta tras él.

Me tumbé y cerré los ojos. Flores de colores danzaban y revoloteaban en la negrura. Las piernas me ardían. Los gritos continuaron, o eso creo; tal vez estaban en mi cabeza.

Bennett llegó a la mañana siguiente, era todo jovialidad.

—Bien, aquí estamos otra vez. Unas vacaciones pagadas.

—¿Ha venido el viejo?

—Está de camino, no temas. Vaya completo desastre te queda por

limpiar.

—Ajá.

Habíamos trabajado a destajo desde primera hora: apuntalando los muros allí donde se habían derrumbado, colocando tablones en los lugares más afectados por el barro, llenando sacos de arena y arrastrándolos por las trincheras a lo largo de lo que nos habían parecido kilómetros. Además, había dos francotiradores y teníamos que doblarnos casi por la mitad para no atraer sus disparos. Una lluvia plomiza caía constante. En primera línea, no lo bastante lejos, la artillería pesada había iniciado sus embestidas en cuanto se había hecho lo suficiente de día como para poder ver lo que pasaba a poca distancia.

—¿Qué es eso?

Volvió la cabeza hacia el alarido.

—Dicen que lleva así cuatro días.

—Santo Dios. ¿Es uno de los nuestros?

Asentí.

—Santo Dios.

Se tocó el rabillo del ojo derecho con el dedo.

—O cielo santo, como diría alguien que yo me sé.

—Exacto.

—Se rumorea que habrá un ataque.

—Supongo que si a ti te han llegado los rumores, también les habrán llegado a los hunos.

—Es bastante probable.

—Qué perspectiva tan alegre.

—Bueno —dijo—, míralo por el lado positivo, cualquier cosa es mejor que estar de brazos cruzados.

Seguramente los rumores eran ciertos. Los obuses sobrevolaban nuestras cabezas todo el santo día, evidentemente dirigidos a algún blanco tres o cuatro kilómetros más retrasado, como una posible acumulación de hombres o la artillería. A esas alturas aquellos silbidos no nos producían la menor alarma. Nuestra labor era lo bastante desagradable como para hacernos olvidar peligro. Uno de los tramos del muro que se había derrumbado había dejado a la vista de todos los restos de lo que habían sido cerca de una decena

de franceses. Los amontonamos con cuidado detrás de nuevos sacos de arena y confiamos en que no reaparecieran en nuestras vidas.

El comandante Glendinning no se unió a nosotros hasta que oscureció. Me puse en pie al verlo entrar e hice el saludo militar.

—¿Algo de lo que informar?

—No mucho, señor. Hemos dedicado casi todo el día a reparar…

—Muy bien.

Tiró el sombrero en la mesa y se desabrochó el abrigo.

—¿Té?

—Sí, señor.

Fui hasta la puerta y llamé a O'Keefe, que rondaba por allí fuera.

—Sin leche, sin azúcar.

Comuniqué su petición y crucé los dedos. Cuando volví a entrar en el búnker, se había instalado en la única silla, con el abrigo escrupulosamente colocado en el respaldo y una serie de papeles extendidos en la mesa que tenía delante. Sacó un pequeño fardo del bolsillo y lo dejó en la mesa. Desdobló con cuidado un pañuelo blanco grande y sacó un limón. Procedió a cortar dos rodajas perfectas con una navaja pequeña y afilada. Después limpió con cuidado la cuchilla de la navaja con una punta del pañuelo, envolvió el limón y volvió a guardárselo en el bolsillo de la chaqueta.

—Todos tenemos nuestras peculiaridades. Estese quieto, muchacho. Siéntese.

Me puse a recoger los papeles que había dejado desperdigados por la mesa antes de que llegase.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, y aprecié cierto interés en su voz.

—Solo trato de escribir un poco, señor… nada muy… simplemente… ya sabe.

Lo metí todo en mi macuto.

—Circulares, sin duda, al Cuartel General de la Brigada, por no hablar de la Oficina de Guerra, sobre cómo dirigir la guerra, firmadas por un oficial subalterno. Un oficial muy subalterno.

Me sonrojé.

—Oh, no, señor, nada de eso en absoluto. Simplemente escribo, señor, por placer. Nada que usted… es decir, nada a lo que usted…

—Pudiera objetar.

—Así es.

O'Keefe entró con dos tazas de té. Las dejó con cuidado en la mesa. Advertí que en una de ellas no había leche, estaba seguro de que tampoco tendría azúcar y también estaba seguro de que mi infusión sería la misma de siempre.

—¿Eso es todo, señor?

—Eso es todo.

El comandante Glendinning pinchó las dos rodajas de limón con la punta de la navaja y las dejó caer en la taza.

—Pero siéntese, por el amor de Dios.

Cogí mi taza y me senté sobre la paja.

—¿Así que no tiene nada de lo que informar?

—No, señor.

—He echado un vistazo, Moore, no está mal. Lo que se ha hecho. Tendrá que continuar con ello mañana. Con la máxima celeridad. Muy pronto enviarán a muchas más tropas aquí arriba.

—¿Un ataque?

—A los oficiales de campo solo se les permite especular. Reciben órdenes, raras veces información. La especulación puede o bien hacer que uno siga adelante o que enloquezca. Pasaré aquí la noche. ¿Puede conseguirme un saco de dormir?

—Haré todo lo posible, señor. Puede quedarse el mío y pediré a alguno de los hombres otro para mí.

—Como quiera. Bien, vaya y vea qué puede hacer. Tengo que redactar un informe, me acostaré más tarde.

Me regaló una sonrisita nada amigable.

Lo dejé con su informe y su té con limón. También dejé mi té, lo cual me fastidió, porque estaba seguro de que si me lo llevaba lo consideraría un gesto displicente por mi parte.

Jerry estaba sentado con la espalda apoyada en los sacos de arena tocando suavemente la armónica. Era una canción que conocía al dedillo pero no sabía cómo se llamaba. Los demás estaban repantingados o tumbados en la paja a la espera de conciliar el sueño. Jerry me lanzó una mirada pero siguió tocando; sus manos revoloteaban pegadas a los labios como mariposas. Algunos de los hombres levantaron la cabeza, otros no me prestaron ninguna

atención. Me dirigí a O'Keefe:

—¿Alguna posibilidad de encontrar algo de ropa de cama? El comandante pasará la noche con nosotros. ¿No habrá un saco de pulgas de sobra?

—Qué fortuna la nuestra si solo hubiera pulgas en los sacos —dijo uno de los hombres.

—Déjemelo a mí, señor. Yo me ocuparé de que ni usted ni el comandante pasen frío.

Fuera había dejado de llover. El aire era frío y húmedo y estaba cargado de humo. El alarido se incrementó unos instantes hasta alcanzar un tono casi inhumano. A mi espalda, alguno de los hombres maldijo con ahínco.

—Señor Moore.

La voz del comandante, parecida a una sonda metálica afilada, tocó algún nervio en mi cerebro. Entré y me acerqué a él. Estaba allí sentado, con la cabeza ligeramente ladeada, escuchando con atención.

—¿Quién es?

—Un integrante del regimiento Gloucester, señor. Cinco de ellos salieron en misión de reconocimiento. Hace ahora cuatro días, señor. Realmente no creo que pueda estar consciente.

—Gracias —dijo con sarcasmo.

O'Keefe entró detrás de mí con un saco de dormir y una manta.

—Gracias —dije—. Déjelo ahí junto al mío.

Asintió.

—Iremos a ocuparnos de él en cuanto haya terminado mi informe.

—Oh.

O'Keefe dobló cuidadosamente la manta antes de dejarla sobre la paja. Prestaba atención a lo que se decía.

—Deme media hora, tal vez algo menos. No se acueste.

—Pero…

—Puedo pedir un voluntario.

—Oh, no… yo… pero ¿qué podemos hacer?

Cogió su navaja y la metió en una funda de cuero elegante que colgaba de su cinturón.

—No podremos tomar ninguna decisión hasta que seamos

plenamente conscientes de la situación. Ahora, si me disculpa. O'Keefe.

—Señor.

—Tenga a un par de hombres en alerta dentro de media hora. El señor Moore y yo necesitaremos cobertura. Hombres sensatos. No unos malditos idiotas.

—Señor. —Hizo el saludo y se marchó.

El comandante continuó rellenando las hojas que tenía delante con palabras pulcras y delgadas. Tinta negra, una pluma negra que sujetaba entre los dedos elegantes y finos como si fuera algún tipo de instrumento quirúrgico. Saqué un libro de mi macuto y traté de leer. Era completamente incapaz de concentrarme. Leía las palabras una y otra vez con los ojos, pero en ningún momento traspasaban ese límite. Las gesticulaba casi en voz alta. Incluso traté de seguir cada palabra con el dedo, pero tampoco sirvió de nada, continuaban siendo meras palabras desconectadas entre sí y volcadas en la página en líneas ordenadas. Nunca recordaré qué era lo que intentaba leer. Tengo miedo de ver qué es lo que le hace gritar, eso era lo único en lo que podía pensar. Tengo miedo de recordarlo para siempre. Tengo miedo de quedar reducido a eso.

—Ya está. —Dio unos golpecitos a las hojas hasta que hizo un montón ordenado—. Será mejor que echemos un vistazo a la meteorología. No tiene sentido arriesgarnos más de lo necesario.

Se levantó y se estiró. Me miró de forma intrigante al tiempo que bajaba los brazos.

—¿Revólver?

Asentí. Lo palpé, solo para asegurarme.

—Estará cargado, supongo.

Se estaba tirando del bigote, estirándolo también, hasta que cubrió su boca delgada.

—Sí, señor.

—¿Linterna? Magnífico. Vámonos, pues. No perdamos más tiempo. Deje su chaquetón. No es más que un estorbo en salidas de este tipo. Solo sígame y haga exactamente lo que le diga. Exactamente.

O'Keefe esperaba fuera con Jerry y otro soldado. Tenían sus fusiles preparados. Era una noche perfecta para arrastrarse en la oscuridad.

Nubes de tormenta ocultaban el cielo y la lluvia empezaba a caer de nuevo. Me temblaban las manos. Me las metí en los bolsillos.

—Bien. No podría ser mejor. Si no estamos de vuelta en un tiempo razonable… o si tiene algún motivo para creer que… ah… O'Keefe…

—Sí, señor.

—Avise ahora mismo al señor Bennett. ¿Entendido?

—Señor.

—O bien lo traeremos con nosotros o…

La mano de Jerry me rozó por un instante el codo a modo de saludo.

—¿Todo bien, Moore?

—Todo bien, señor.

Lo seguí al otro lado del parapeto. Más que trepar, salimos como pudimos. Por detrás, los dos soldados se colocaron en sus puestos. Oí el clic de sus fusiles.

—¿Lleva su linterna? —Hablaba en susurros—. Aquí, hombre, aquí. Enfoque hacia abajo. Haga sombra con la mano. Eso es, así servirá. Apáguela de momento. Más abajo. Encienda. Más abajo. Justo así.

Cortó el alambre en varios puntos y salió al otro lado. Lo seguí, las púas se me enganchaban en los pantalones y en la chaqueta. Quédate aquí con nosotros. Quédate. Lejos, a nuestra derecha, algo ardía intensamente. Las curvas bajas de las nubes estaban manchadas de naranja y los chispazos surcaban el aire. Por delante, el comandante, agachado hasta casi doblarse en dos, había echado a correr. El suelo estaba lleno de cráteres de obuses, pero parecía que podía intuirlos en la oscuridad. Lo principal no solo era evitar caer en los agujeros, sino evitar cualquier aprensión por lo que uno iba pisando. Intenté no pensar en nada más que en la anchura de la espalda que me precedía en las tinieblas. El hombre herido había dejado de gritar. Ahora solo nos llegaban sollozos prolongados y exhaustos. Me parecía que estábamos tardando una eternidad en dar con él. En alguna parte se oyó el estallido del disparo de un rifle y, al cabo de un momento, otro estallido como respuesta, pero era muy lejos, un murmullo de fondo. Si hubieran disparado una o dos bengalas, por puro capricho, habrían acabado con nosotros, éramos

un blanco fácil. Al fin lo encontramos junto al borde de un cráter.

—Agh —gruñó de repente el comandante.

Se arrodilló. Yo me agaché a su lado, con la mirada todavía clavada en la parte de atrás de su chaqueta.

—La linterna. Sujétela hacia abajo, pegada al suelo. Vamos, váyase al otro lado. Tenga cuidado con el maldito agujero.

Fui a tientas palpando lo que quedaba del hombre en el suelo. Era totalmente ajeno a nuestra presencia.

—Linterna. Ahora, hombre.

En cuanto la luz le dio en la cara, el hombre reanudó los alaridos. Capté el destello de una mirada azul salvaje y una boca abierta.

—Vaya iluminando su cuerpo, despacio. No creo que haya mucha esperanza. Siga bajando. Por este lado. Debo asegurarme. Oh, Dios mío.

Veía los movimientos lentos de aquellas manos, dos animales explorando. Hurgó un momento y luego me puso unos papeles mojadísimos en la mano.

—Guárdelos. Mantenga esa linterna firme, maldita sea. Por Dios, ojalá me hubieran proporcionado hombres en lugar de críos.

Se oyó el tintineo de algo metálico contra algo metálico, fue algo infinitesimal.

—*Remota, secretísima, inviolada Rosa.*[24]

—Cállese.

No era consciente de haber hablado en voz alta. El comandante de pronto gimió, o más bien suspiró, un suspiro pronunciado y triste, y los alaridos cesaron. A esto siguió un instante de silencio total salvo por el chapoteo de la lluvia al caer.

—Apague esa maldita cosa.

Apagué la linterna.

—Espere un momento hasta que nos acostumbremos a la oscuridad y entonces sígame. Manténgase agachado.

Alcanzamos la alambrada con seguridad y cruzamos al otro lado. Los tres hombres que estaban vigilando nos ayudaron a salvar el parapeto. El comandante Glendinning pasó de largo.

—Agua caliente —rugió por encima del hombro—. Me da igual de dónde la saque, pero hágalo rápido, y una taza de té para el señor

Moore. —Se rio de una forma desagradable.

De vuelta en el búnker, lo primero que hizo fue sacar otro pañuelo de un blanco asombroso y procedió a limpiar su navaja.

—Quítese esa ropa o cogerá una neumonía.

Obedientemente me deshice de toda la ropa y me envolví en mi chaquetón. Me tumbé sobre el saco y lo observé mientras limpiaba y limpiaba. Su rostro no mostraba ninguna emoción, aunque estaba pálido. Limpiar era un imperativo para él. Cuando consideró que la navaja estaba lo bastante pulcra, la dejó encima de la mesa junto al montón de papeles. Enrolló el pañuelo hasta hacer una bola con él y lo tiró al rincón, donde quedó desatendido en la paja. Empezó a desabrocharse la chaqueta. Apenas podía mover los dedos, llenos de manchas.

—Poesía... —dijo furioso.

—Era más bien un conjuro… una especie de oración. No me di cuenta de que…

—Es usted una criatura deplorable, Moore. —Le gustó cómo había sonado aquello. Lo repitió—. Una criatura deplorable… Eso es.

—Tal vez si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias…

O'Keefe entró con un balde de agua y una palangana de estaño.

—Vacíe la mitad y déjelo sobre la mesa. El señor Moore puede usar el balde. ¿Puede secarnos esta ropa?

—Haré todo lo posible, señor.

—Muy bien.

Era todo amabilidad y sonrisas encantadoras. Se quitó toda la ropa salvo los calzoncillos. O'Keefe recogió nuestra ropa y se marchó con ella. Se quitó el reloj de pulsera y lo colocó meticulosamente junto a la navaja. Tenía los brazos manchados casi hasta el codo con lo que imaginaba que sería una mezcla de sangre y barro. Los sumergió en la palangana y se quedó muy quieto dejando que el calor se expandiera hasta los hombros. Sabía que debía levantarme y lavarme yo también, pero no me decidía a hacerlo en ese momento.

—Conjuros o poemas, da lo mismo. No tengo tiempo para un hombre que es incapaz de afrontar la realidad.

—Tal vez la realidad sea diferente para cada persona.

—Bobadas.

Sacó las manos del agua y las miró. Las sacudió y una lluvia de gotas embarradas se esparció sobre la mesa.

—¿Tiene jabón?

Asentí y fui a hasta el macuto. Rebusqué bien. A mi espalda le oí agitar los dedos en el agua.

—Deduzco por lo que me ha dicho Bennett que nunca fue al colegio.

—Correcto.

Le di el jabón y mi toallita gris, después volví a tumbarme.

—Me temo que eso fue una grave equivocación de sus padres.

No dije nada. Posiblemente estaba en lo cierto, pero no lo habría admitido por nada del mundo. Se inclinó sobre la palangana y se frotó la cara.

—Coja un poco de agua limpia —sugerí—. No tengo ganas de lavarme.

No me prestó atención.

—Es en el colegio donde se nos enseña a aceptar las cargas de la hombría.

—Se suponía que debía ser un niño delicado.

—Liderazgo y servicio.

Se secó la cara enérgicamente con la toalla, y después se frotó los dedos igual que había hecho con la navaja.

—Conjuros —dijo con desprecio—. ¿Es católico?

—No.

—Nunca se sabe con los irlandeses.

Dobló la toalla, como sin duda le habrían enseñado a hacer en el colegio, y la dejó sobre la mesa.

—Sí —dijo pensativo—. Liderazgo y servicio.

—Usted lidera, nosotros servimos.

—Es usted muy impertinente.

—Lo siento. No era mi intención.

—¿No estará, confío, contaminado con la enfermedad irlandesa?

—¿A qué se refiere?

—Ingratitud. Deslealtad. Las epidemias estallan de tanto en tanto.

Cogió su navaja, la examinó con atención y luego, satisfecho, la metió en la funda.

—Por lo menos, señor Moore, por lo menos haré de usted un hombre.

Sonaba a amenaza. Se metió en el saco, se tumbó y cerró los ojos. La conversación, si es que podía llamársela así, había terminado.

Estuvimos tres días más en las trincheras del frente, fundamentalmente cavando y apuntalando. Llovía gran parte del tiempo. En ocasiones, el aguanieve acribillaba las manos desnudas de los hombres y, de noche, una escarcha abundante cubría la parte inferior de las trincheras con una fina capa de hielo. Ampliamos la línea hacia nuestra izquierda. Desplazar la tierra requería enormes esfuerzos, porque estaba encharcada, y había que agacharse una y otra vez hasta que la espalda y los hombros dolían miserablemente. Los hombres lo odiaban y trabajaban despacio, quejándose la mayor parte del tiempo. Durante buena parte del día, nuestra artillería efectuaba bombardeos intensivos sobre las líneas alemanas. Los proyectiles chirriaban por encima de nuestras cabezas, a veces durante horas seguidas. Al cabo de un tiempo, me había acostumbrado al ruido hasta tal punto que me sentía extrañamente desprotegido cuando cesaba, y entonces toda la actividad mental debía reanudarse poco a poco.

Bennett nos reemplazó al anochecer del cuarto día. En aquel momento, sus hombres y él tenían que acometer la desagradable tarea de instalar la alambrada de la nueva línea. Por suerte para ellos, habíamos avanzado poco y solo se trataba de un tramo de unos quince metros. El comandante Glendinning echó un vistazo a nuestra labor antes de que nos marcháramos y asintió hacia mí con un gesto seco de la cabeza. Supuse que quería decir que había pasado la prueba.

Estaba planteándome la posibilidad de quitarme las botas cuando Jerry entró discretamente.

—Bebe algo.

—Vale.

Le lancé la petaca.

—¿Y tú?

Negué con la cabeza.

—¿Lo has dejado?

Desenroscó el tapón y le dio un trago.

—No puedo dormir. Pensaba que podía ser por esto.

—Te aseguro que nadie puede dormir, solo los bichos raros y los fanáticos.

Me devolvió la petaca.

—Puede que tengas razón.

Era lo único que constituía un placer verdadero, sentir el alcohol deslizándose como un fuego lento por la garganta. Se arrodilló frente a mí y empezó a aflojarme la bota derecha. La aflicción que mostraban sus ojos al sonreír era un fiel reflejo de la mía. No dijo nada. La operación llevó algo de tiempo. Era doloroso y realmente no sabía si volvería a ponérmelas alguna vez, de lo hinchados que tenía los pies.

—Es como sacar un corcho de una botella.

Entonces pasó a la segunda bota. Me despegó los calcetines con cuidado. Sin decir una sola palabra, cogió la petaca, se echó un poco de ron en la palma de la mano y comenzó a masajearme los pies.

—¡Eh!

Se limitó a sonreír.

—Por la mañana estarás como nuevo.

—¿Y qué hay de tus pies?

—No lo llevo tan mal como tú. A ti te han tenido siempre entre algodones.

—Creo que exageras un poco.

—No voy muy desencaminado.

—Supongo que no.

Bebió un poco más.

—Quería preguntarte…

—¿Qué?

—¿Cómo lo hizo el viejo?

No entendía la pregunta.

—Ya sabes… la otra noche.

—¡Ah!… Sí… con una navaja.

—Cielo santo.

—Ajá.

—Bueno, hay que reconocerle el mérito, en cualquier caso.

—Supongo.

—¿Quieres que te haga también las piernas?

Sacudí la cabeza. Solo quería dormir. Mis pies flotaban con algún tipo de vida propia. Se abrió la puerta y entró el sargento Barry. Jerry escondió la petaca en la paja y se puso en pie.

—Todo correcto, señor Moore. Acabo de revisar las líneas.

—Muy bien, sargento. Gracias.

—¿Algo más, señor?

—No.

Me resultaba casi imposible mantener los ojos abiertos.

—¿Le ocurre algo a este hombre, señor?

Jerry parpadeó.

—No. No pasa nada. No podía quitarme las botas. Le he llamado.

—Comprendo, señor. Si se me permite decirlo, señor, habría sido más sensato llamar a su ordenanza.

Me sonrojé terriblemente.

—Gracias por su consejo, sargento. Eso será todo.

Esperó en la puerta hasta que Jerry hubo salido y se fue tras él. Apagué la lámpara y traté de dormir. El sueño fue atacando mis extremidades, pero no mi mente. Los vi sentados, los dos solos, cada uno en un extremo de la mesa larga y resplandeciente, y en medio los candelabros, los saleros, el reflejo de las flores, los adornos de sus vidas impecables. Solo hablarían cuando los sirvientes estuvieran presentes y después se haría un silencio cruel. Todos querían hacer de mí un hombre. Me resultaba difícil comprender qué entrañaba eso exactamente. Sabe Dios que unos y otros me lo habían repetido demasiadas veces. De alguna manera, me rondaba la idea descabellada de que todo estaba relacionado con la exploración de la oscuridad. La oscuridad que habita dentro. Cuando hablaban, sus voces educadas, y al mismo tiempo incomprensiblemente violentas, viajaban a lo largo de la caoba pulida. La hombría es quizá cuando las turbulencias de la mente humana y la serenidad del alma humana pueden relajarse en mutua compañía. ¿Importa acaso de quién sea hijo? Después de todo, es con lo que nos tropezamos después de nacer lo que nos convierte en quienes somos. Eso era lo

que ella había observado mientras yo crecía. Había visto cómo él daba y yo recibía. Ella también habría tenido que aportar su granito de arena.

Estuvimos cuatros días más en el frente antes de regresar a la granja. A lo largo de toda la línea en dirección a Ypres escuchamos historias de pérdidas terribles. Nosotros, en cambio, conocimos muy pocas muertes. Convivíamos permanentemente con restos de hombres y animales. Me costaba sentir emoción por aquellos escombros, tan solo náuseas. La Navidad llegó y se fue, apenas nos dimos cuenta, desde luego no la celebramos. Algún personaje de la realeza nos envió pastelitos de ciruelas para todos, y los masticamos debidamente hasta que se terminaron. Los hombres recibieron una ración extra de ron. La alegría era sumamente reducida.

Poco después de Navidad llegó una carta de mi padre.

«Mi querido hijo:

Ante todo, te deseo una feliz Navidad. No estoy a la altura como compañero epistolar, pero escribir cartas es algo que nunca he disfrutado. Debo, me temo, remitirme a tu última, o quizá única, carta a tu madre. La ha dejado profundamente alterada. Me la ha enseñado, y debo admitir que me he reído, al tiempo que he admirado tu estilo literario, pero se lo ha tomado como un desprecio hacia su preocupación por ti. Confío en que escribirás y harás las paces con ella. Debes comprender que se encuentra bajo una gran presión. Por aquí todo anda como suele ser habitual en invierno. Ha habido buena caza. Tu pequeña yegua está haciendo unos progresos espléndidos. Me había acostumbrado a tu compañía, y ahora la mía me resulta muy poco satisfactoria. Tu padre, que te quiere siempre».

Me quedé tumbado en la cama mirando al techo. Estaba adornado con una sucesión de grietas, algunas eran abismos negros, profundos y peligrosos; otras, pinceladas delicadas como líneas finas a lápiz en lo que una vez había sido un techo de color blanco. Si uno se quedaba mirándolo el tiempo suficiente, las líneas se convertían en patrones, o en caras, o en una amalgama salvaje de animales siendo

abatidos o cazando, en medio de un regocijo que no se correspondía con la situación en la que se encontraban. Bennett tarareaba para sí mismo mientras leía el correo y estrujaba las hojas entre sus dedos con impaciencia.

—Ay, Dios —dijo de repente, y dejó caer las hojas y los sobres al suelo junto a su cama.

—¿Qué ocurre?

—Estamos ganando la guerra.

—¿De verdad?

—De verdad. Personas importantes en las altas esferas dicen que… «Gracias al coraje y a la devoción por el deber de nuestros muchachos valientes, nosotros…».

—… estamos ganando la guerra. ¿Eso dicen los tuyos?

—Orgullo y aliento. Consuelos. No puedo evitarlo, pero tengo la sensación de que con lo que de verdad disfrutarían es con el funeral de un héroe intachable y con un montón de medallas expuestas en una vitrina, y ¿sabes esos avisos breves que publica *The Times*…? En recuerdo de nuestro heroico hijo, muerto gloriosamente…

—Anda, cállate. Mi padre dice que hay buena caza.

—¿En qué piensas, Alexander? Nunca lo sé.

—Tampoco yo. En nada importante, eso seguro. Tengo miedo. No es que eso sea tan importante. Me gustaría poder salir ileso.

—¿De la guerra, quieres decir?

—También. De todo.

—Qué extraño —dijo, luego lo repitió, y luego se fue a dormir.

Durante aquellos seis días en la granja, el comandante Glendinning nos presionó muchísimo. Entre simulacros y marchas, no había un solo momento de paz para nadie. Nos levantábamos al amanecer y se nos arengaba y perseguía hasta que volvía a hacerse de noche y era hora de dormir. Las infracciones más triviales derivaban en castigos severos, y Bennett y yo nos llevábamos unas buenas reprimendas si consideraba que estábamos siendo demasiado indulgentes con los hombres. Nuestro equipo y uniformes pasaron de lucir su habitual aspecto zarrapastroso a uno que se acercaba a lo ortodoxo.

La noche antes de tener que regresar a las trincheras, Bennett y yo volvíamos caminando de nuestra instrucción final con el comandante. Una luna gallarda se paseaba tranquilamente por el cielo, imperturbable al fuego antiaéreo que se alzaba y dibujaba una parábola. El frío era intenso y el suelo crujía bajo nuestros pies. El aliento casi se nos congelaba nada más exhalarlo. A Bennett le habían enviado una pipa por Navidad y cada tanto se peleaba con ella sin demasiado entusiasmo. En aquel momento, su fulgor, que tras un destello inicial enseguida se desvanecía, era lo único acogedor que había por los alrededores. Un búho ululó suavemente. La artillería pesada guardaba silencio y lo único que se oía eran los estallidos distantes de lo que parecían armas de juguete. Bennett apretaba la boquilla de la pipa entre los dientes. Relucían como la plata. El frío me desencajaba la mandíbula, como si tratara de disociarse poco a poco del resto de la cara. Se oyó el gañido enojado de un zorro.

—Ah... —dije, casi con placer.

Y volvió a oírse, no muy lejos, lleno de confianza.

—Suenas muy satisfecho. —Bennett hablaba con dificultad sin soltar la boquilla de la pipa. Al hacerlo, varias chiribitas salieron zumbando desde la cazoleta para perecer congeladas.

—Soy fácil de complacer, como dicen en mi tierra.

—Y te complacería aún más si pudieses subirte a un caballo y salir a matar a ese maldito animal.

—Me encantaría.

Lanzaron por los aires una nueva ráfaga de fuego antiaéreo. La luna permanecía impasible.

—Es precioso. —Eché la cabeza hacia atrás hasta que me dolió el cuello—. Como fuegos artificiales carísimos.

—Muy caros, desde luego.

Se sacó la pipa de la boca y escudriñó la cazoleta. Pareció disgustado. Volvió a ponérsela en la boca y sopló por ella con rabia.

—Creo que nunca conseguirás convertirte en un hombre que fuma en pipa.

Refunfuñó y encendió una cerilla. Tenía los dedos rojos y desfigurados por los sabañones. Al mirarlos sentía el picor

insoportable de sus sabañones en mis dedos. Sacudió la cerilla para apagarla y la tiró al suelo.

—Maldita sea —dije.

Volvió a sacarse la pipa de la boca y se la metió en el bolsillo.

—Mi padre es un hombre que fuma en pipa. Un perfecto fumador de pipa. La usa para protegerse del mundo. Nunca tiene que mirar a nadie si no quiere, se queda mirando fijamente la pipa. ¿Qué hay en la cazoleta de una pipa, por el amor de Dios? Hierba quemándose, nada más. Te lo estás tomando demasiado a pecho. Y ahí te equivocas. De todas formas, te hace parecer un director de banco.

Sacó la mano del bolsillo y me agarró la oreja. La estrujó y tiró de ella.

—¡Eh!… ¡Au!…

—Director de banco, en efecto, pequeño asesino de zorros.

Tiró más fuerte. Me aparté de él con la sensación de que la mitad de mi oreja se había quedado entre sus dedos y lo agarré por el hombro izquierdo. Le clavé la rodilla en la espalda. Estuvo a punto de que se le doblaran las piernas y caer, pero logró solventarlo y, girándose, me apresó con un abrazo de oso, al tiempo que intentaba levantarme del suelo. Estaba tan de cerca que podía sentir la risa agitándose en su interior.

Me zafé de sus garras y le sujeté la mano.

—Devuélveme la oreja.

—No. Jamás. Voy a fumármela en mi pipa.

—Un director de banco caníbal, qué te parece.

—Buenas noches, caballeros.

Nos soltamos el uno al otro y nos quedamos un instante solos bajo la mirada divertida de la luna y la mirada acusadora del sargento Barry.

—Buenas…

—… noches…

—… noches…

—Buen sargento…

—… buen…

Dios los cría y ellos se juntan.

Nos lanzó una mirada asesina y luego pasó a nuestro lado

haciendo crujir la escarcha. Nos entró un ataque de risa desesperante. Llegamos a la granja retorciéndonos, tratando de contener la risa y entramos. Hacía un poco menos de frío y olía a polvo, a ropa secándose y a sopa indeterminada. Jerry nos esperaba en nuestra habitación. Estaba de pie junto a mi cama y era evidente que acababa de ponerse de pie nada más oírnos subir las escaleras.

—*¡Salud, Espíritu dichoso! A ti, que nunca fuiste pájaro*[25] —dijo Bennett, algo embriagado por nuestro encuentro con el sargento.

—¿Por qué habéis tardado tanto? Llevo casi una hora esperando. ¿Dónde estabais?

—Culpa del viejo, nos tenía retenidos.

—*Que desde el Cielo o ya rozándolo…*

—Siento que lleves tanto rato esperando.

—Sí.

—… *vuelcas tu* no sé qué…

—¿Y a ese qué le pasa?

—A mí no me mires.

Bennett empezó a quitarse la ropa y la fue dejando caer por el suelo a medida que se la despegaba del cuerpo.

—*Henchido corazón* —dijo—. Eso es. *Henchido corazón,* sí.

—¿Querías algo, Jerry?

Jerry miró a Bennett.

—No le hagas ni caso, por el amor de Dios.

—No. Adelante. No me hagas caso. Haced como si no estuviera aquí.

—Si te callaras, tal vez sería más fácil.

Me quité el chaquetón y lo colgué en la parte de atrás de la puerta.

—¿Creéis que el comandante me dará permiso?

—¿De qué hablas?

—Sí.

Hasta ese momento había tenido las manos apretadas en los bolsillos. De uno de ellos sacó un papel.

—¿Qué es esto?

Lo cogí y volvió a meterse la mano en el bolsillo.

—Si me disculpáis, damas y caballeros, voy a retirarme. —Bennett llegó a su saco de un salto y cerró los ojos—. Ya me he dormido —

anunció—. No oigo el mal, no hablo el mal, no veo el mal. Amén.

—Siéntate, Jerry.

Se sentó al borde de mi cama.

Desdoblé el trozo de papel. Era una carta. Las palabras se erguían nerviosas sobre unas líneas azul pálido. Las letras eran grandes, estaban enlazadas y cuidadosamente construidas. Aunque negras, algunas veces se volvían grises en mitad de una palabra, cuando la pluma necesitaba volver a mojarse en tinta.

> «Hijo querido no sé qué vamos a hacer hoy he oído decir a un oficial que tu padre está desaparecido. No sé cómo nos las apañaremos sin que nos llegue el dinero pero es por él por quien estoy muy preocupada. Tal vez sigan pagando pero no lo sé. Desaparecido no es muerto me digo a todas horas del día y también de la noche porque no puedo dormir pensando en ello. Ningún hombre debería morir tan lejos de su casa y puede que sin un sacerdote. Así que si solo está desaparecido hijo querido espero que tal vez puedas encontrarlo y si lo encuentras tal vez puedas venir a casa porque me resulta muy difícil arreglármelas con vosotros dos fuera. Que Dios te bendiga hijo y que permita que encuentres a tu padre. Hace muy mal tiempo te quiere tu madre».

La leí dos veces, entre otras cosas porque no sabía qué decirle, luego volví a doblarla por los pliegues. Me acerqué a él y se la devolví. Sentí sus dedos helados al rozar los míos.

—Sinceramente no creo que lo haga.

—¿Haga? —me miró confundido.

—Glendinning. Darte permiso. Te preguntabas…

—Ah… sí… me lo preguntaba. Es cierto. No, supongo que no.

—Siempre puedo ir y preguntarle. —Mi voz no sonaba muy esperanzadora—. Escribiré a mi padre enseguida.

—¿Y de qué servirá eso?

—Bueno, pensaba que si eran motivos económicos…

—Ay, deja eso, Alec… pero si hicieras lo otro…

—Te refieres a…

—Sí. Quiere que vaya a buscarlo.

—Pero Jerry, no tienes ni la más remota esperanza de dar con él. Es probable que esté…

—Da igual. Quiere que lo haga. Si está muerto, recibirá una pensión. Lo preguntarás, ¿verdad? Si está herido, quizá pueda hacer algo por él.

—Está bien. Iré ahora.

Aborrecía la idea del frío, de la oscuridad y del comandante Glendinning, más frío y oscuro aún que la propia noche. Volví a ponerme el chaquetón. Jerry no se movió. Esperé junto a la puerta un momento para ver si me seguía.

—Me quedaré aquí. Si a él no le importa.

—Está dormido.

Cuando salí de la habitación, Jerry empezó a cantar muy bajito. No alcanzaba a entender las palabras. Seguía con las manos apretadas en los bolsillos.

El comandante Glendinning estaba jugando al *bridge* con tres amigos, o tal vez debiera llamarlos camaradas oficiales. Se sentaban, para mi gran sorpresa, alrededor de una mesa de *bridge* con tapete verde. Me preguntaba si alguien lo habría traído desde Inglaterra o si lo habrían requisado amablemente en algún *chateau* local. Cuatro vasos bien limpios de *whiskey* con soda; un ordenanza merodeaba discretamente en un segundo plano vigilando el nivel de los vasos. El comandante me señaló una silla para que esperase hasta que pudiera atenderme. Nadie me ofreció un trago. Un fuego de carbón ardía tras la rejilla. El calor me irritaba los sabañones, y lo cierto es que fue una suerte, pues de lo contrario podría haberme quedado dormido. Al cabo de unos diez minutos, el comandante Glendinning era el muerto. Cogió su vaso y se acercó hasta mí. Me puse de pie.

—¿Y bien, señor Moore? —No parecía muy contento de verme.

—Siento molestarlo, señor, pero uno de los hombres ha recibido carta de casa en la que le informan de que su padre ha desaparecido. Yo… eh… me preguntaba si sería posible que tuviera un par de días de permiso por asuntos familiares.

Se quedó mirándome un buen rato.

—¿Y de qué hombre estaríamos hablando?

—Del soldado Crowe, señor.

Dio un sorbo moderado. Su rostro era totalmente inexpresivo.

—Ah, sí. Crowe. Por supuesto.

—He visto la carta, señor. Es de su madre.

—No lo dudo.

Se quedó mirando el fuego. En la mesa alguien daba golpecitos a las cartas con una uña.

—Es hora, señor Moore, de que se aparte del soldado Crowe.

—Me ha parecido una petición bastante razonable, señor.

—¿Se ha parado a pensar en cuántos hombres de la Fuerza Expedicionaria Británica tienen padres, hermanos, hijos, primos desaparecidos, heridos, muertos? Muertos. ¿Lo ha pensado?

—Bueno, no, señor. Simplemente…

—La respuesta es no. Crowe vuelve al frente mañana con el resto de sus miserables amigos.

—No creo que…

—Por supuesto que no cree, Moore. Eso es todo.

Jerry debía de haber estado pendiente de mi regreso. A mitad de las escaleras oí la puerta abrirse y sus pasos yendo a mi encuentro. Apenas se paró al cruzarnos, hizo una pausa y pasó de largo.

—No —dijo al pasar. No era una pregunta.

—No —susurré tras él. Eso fue todo.

A la mañana siguiente llovía a cántaros y nos costó horrores conseguir que los hombres salieran y se preparasen para partir. Para mi gran alivio, Jerry apareció, se veía algo frágil bajo la mochila y la capa impermeable. La lluvia golpeaba en sus cascos de estaño, recorría los bordes, les salpicaba jovialmente los hombros y bajaba formando riachuelos hasta el suelo con una alegría poco pertinente. Ofrecían un aspecto desolador. Era evidente que el comandante pensaba lo mismo. Apretó los labios con desaprobación al pasar revista, luego giró sobre sus talones y volvió a entrar en la granja. Fui tras él. Uno de los ordenanzas le había ofrecido una taza de té y estaba de espaldas al fuego con las manos alrededor de la taza. Tampoco se quejaba de la leche ni del azúcar.

—Ah, sí, Moore. —Me miró largo y tendido con desagrado y supe que estaba pensando en la conversación que habíamos mantenido la noche anterior.

Hice el saludo.

—¿Cuándo partiremos, señor?

Se miró el reloj.

—En quince minutos. Con este tiempo harán falta seis o siete horas.

—¿Debo romper filas, señor?

Me miró sorprendido.

—Para una taza de té o algo.

—No —dijo, y se volvió al fuego.

Bajó la cabeza hacia la taza que tenía en las manos. Sabía que si la pregunta la hubiera hecho Bennett, la respuesta habría sido diferente. Y lo mismo con el sargento Barry. Yo era un inútil en lo que respectaba a los hombres. No podía controlarlos ni en ningún caso reconfortarlos. Saludé a su espalda y salí dejando un cerco de agua en el suelo.

Nuestras previas y deprimentes salidas al frente no nos habían permitido hacernos una idea de qué es ser atacados. Habíamos visto sus efectos por todas partes, y cada uno por su cuenta se había sentido o bien asqueado o bien entumecido. No nos quedaban ilusiones seguras a las que aferrarnos. Todos éramos iguales ante el frío viento de la muerte. En los corazones de los hombres quedaba poca compasión por los muertos; tan solo el resentimiento de que cada nueva muerte era otra barrera caída, otro paso más en el propio camino de cada uno.

Trataba de actuar con compostura. Obedecía y transmitía órdenes. Una máquina. Bennett, por otro lado, estaba sumamente alegre. Sus bromas macabras quedaban ahogadas por el sonido de los disparos, el brillo en sus ojos, empañado por el humo. Advertí la no presencia de Jerry solo de manera inconsciente. Hasta que no regresamos agotados y conmocionados a la granja no me permití centrarme en el hecho de su ausencia, si es que la ausencia puede considerarse un hecho.

—¿Qué podría haberle ocurrido a Jerry? —Me di cuenta de que era una manera extraña de expresarlo, complicada, pero en cualquier caso no me oyó. Estaba poniéndoles mala cara a los húmedos

troncos franceses que proporcionaban muy poco calor y gran cantidad de humo.

—Bennett.

—Estoy pillando la maldita gripe, estoy seguro.

—Díselo al viejo, a ver qué pasa.

—No consigo entrar en calor. Siento como si mis huesos estuvieran congelados por dentro. Y los escalofríos. ¿Te has sentido alguna vez así?

—Es la neurosis. Pasará.

No podía enfermar, eso lo tenía claro.

—¿Neurosis? ¿Qué demonios quieres decir con neurosis?

—Neurosis de guerra. Lo sabes tan bien como yo. Muchísima gente padece neurosis de guerra.

—¿Quieres decir que me estoy chalando?

—No he dicho…

—Cuatro o cinco días en cama. Bebidas calientes cada dos horas. Una sucesión de botellas de agua caliente a medida que se vayan enfriando. Un par de buenos libros, sin ninguna obligación de leerlos. La lumbre en la habitación parpadeando en el techo, mínimamente encendida toda la noche para que la habitación nunca esté del todo oscura. No comer demasiado; alimentar un resfriado, matar de hambre una fiebre. Todo al gusto del paciente y un *whiskey* caliente con un poco de limón para terminar. Y solo moverse para ir dando tumbos al cuarto de baño. Se llama gripe. O influenza si lo prefieres.

—Prefiero llamarlo neurosis. Aunque diría que respondería bien al mismo tratamiento. ¿Dónde está Jerry?

—¿Qué dices?

—Jerry. ¿Lo has visto?

Pensó un momento.

—No. No puedo decir que lo haya visto. Aunque no lo han alcanzado, Alec. Estoy seguro.

—Maldita sea.

—¿Y eso?

—Creo que se ha largado.

Bennett echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Dios mío, anda que tú sí que estás en condiciones de decirme que tengo neurosis de guerra.

—Lo digo en serio.

—¿Jerry? Quiero decir… Ay Dios, la carta secreta. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué podemos hacer salvo confiar en que se salga con la suya?

Brindamos por ello. Bennett no pegó ojo en toda la noche. No hacía más que dar vueltas y gemir. Al día siguiente lo metieron bien envuelto en una ambulancia abarrotada y lo enviaron al hospital base. Al salir de la habitación me miró con pena.

—Me moriré. Ya verás…

—No seas imbécil, Bennett.

—Me moriré ignominiosamente de influenza. Ni siquiera de una podredumbre galopante en el pie. Es muy probable que para esto haya además una cura antes de que me vaya.

Me reí, aunque debo decir que sin muchas ganas.

Alzó la mirada al cielo y juntó las manos.

—Dios de la batalla, deja que vuelva y que un obús me vuele en pedazos. No… por favor, no me dejes morir de influenza.

Se lo llevaron.

Fue el sargento Barry el que mencionó la ausencia de Jerry. Estaba tratando de poner algo de orden entre las cosas de Bennett. Sentía como si una gran nube de depresión me asfixiara. Hacía mucho frío y el aguanieve golpeaba contra la ventana y bajaba con estrépito por la chimenea hasta la ceniza de la lumbre apagada. Barry entró sin llamar.

—Señor.

—Buenos días, sargento. ¿Qué puedo hacer por usted?

Me levanté del suelo donde había estado guardando cosas en el macuto de Bennett.

—Es sobre el soldado Crowe, señor. Me preguntaba si tendría alguna idea de dónde puede estar.

—No. ¿Por qué debería?

Mi voz sonaba a la defensiva.

—Parece ser que ha desaparecido, señor.

—Oh, vamos, seguro que no.

Hubo una pausa larga. Barry miraba por la ventana. Las piedras de granizo dibujaban siluetas al estallar, no había dos iguales. Pero no creía que esto pudiera interesarle.

—¿Qué…? ¿Qué le hace pensar que…? —Empecé a sentir calor en la nuca—. ¿Ha hablado con el comandante Glendinning?

—Pensé en acudir primero a usted, señor. Pensé que tal vez podría tener alguna idea…

—Bien, pues no la tengo. Los hombres…

—Los hombres no saben absolutamente nada, señor.

—Ya veo. Es un maldito idiota.

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo lleva desaparecido?

—Hace ya varios días, me temo. Desde que estábamos en el frente.

Su mirada se desplazó de la ventana a mi rostro.

—Ya sabe de qué lo acusarán.

—Tiene que haber algún error, sargento.

—No creo que el comandante Glendinning opine lo mismo, señor. —Me sonrió. Una sonrisa que parecía saborear la dulzura del triunfo. Me preguntaba por qué me detestaba tanto. Volví a arrodillarme y seguí empaquetando el macuto.

—Si no tiene nada que decir, acudiré al comandante.

—Lo único que tengo que decir es que debe de haber algún error.

Hizo el saludo y salió de la habitación. Sentía una impotencia total y absoluta, cogí el macuto y lo arrojé al suelo por donde se había marchado. Un gesto inútil. Era muy consciente de que no habría encontrado la forma de apaciguar los ánimos de Barry o del comandante Glendinning.

No tardó mucho en mandarme llamar. Saqué el peine del bolsillo superior y me atusé el pelo antes de abandonar la habitación.

—Lamento lo que he oído sobre Bennett —dijo el comandante cuando entré—. Puede ser difícil conseguir un reemplazo para él en este preciso momento. Por lo visto, urgen oficiales subalternos. ¿Qué es todo eso sobre Crowe?

—No sé más que usted, señor. No lo he visto desde aquella noche en la que le hablé de su padre.

—¿No le ha dicho nada más?

—No, señor.

—No tiene un buen historial, ya sabe.

Permanecí en silencio.

—¿Lo tiene?

—No lo sé, señor. Es tan buen soldado como cualquier otro.

—No me refiero a eso. ¿Verdad que ha llegado a mis oídos más de una vez?

—Bueno, creo que ha habido…

—Contésteme sí o no. ¿Ha llegado a mis oídos?

—Sí. Supongo que así ha sido, pero…

—Cuando quiera suposiciones, las pediré.

Apuntó algo en la hoja que tenía delante.

—¿Sabe algo sobre sus opiniones políticas?

—No, señor.

Me miró, esperando.

—¿Está seguro?

—No sé nada. ¿Cómo iba a saberlo?

—No me tome por demasiado tonto, Moore.

Escribió algo más en el papel. No podía distinguir si era un expediente sobre Jerry o sobre mí.

—Sé tan bien como cualquiera lo que está ocurriendo en su pequeño país traicionero. Sé cuántos traidores irlandeses luchan al servicio de los alemanes.

—Si lo hacen, probablemente es porque sienten que así están luchando por su propio país.

—Interesante, Moore, interesante. Me sorprende que alguien con sus antecedentes pueda hacer un comentario como ese.

Volvió a afanarse con la pluma. Tachaba cosas en la hoja.

—¿Siente desafecto?

—Ni siquiera sé lo que significa esa palabra.

—Ja, ja, ja. —Se rio en un tono relativamente amigable sin levantar la cabeza del papel.

—¿Así que no cree que Crowe se haya ido para unirse al enemigo?

—Desde luego que no.

—Lo dice con convicción.

—Sí, señor.

—¿Entonces puede hacerse una idea de lo que se le pasa por la cabeza?

—Solo supongo, señor, que ha ido en busca de su padre.

—Se le dijo de forma tajante que no era posible, a no ser que usted...

Alzó la cabeza y me miró.

—Le transmití lo que usted había dicho, señor.

—Exacto. —Dejó la pluma delante de él—. Diría que la acusación en última instancia, en caso de que lo encuentren, será deserción frente al fuego enemigo.

—Estoy seguro de que no ha desertado, señor.

—Aquí difieren nuestras opiniones. ¿Sabe cuál es la pena?

—Le juro por Dios que no ha desertado.

—Si está vivo, lo encontraremos. Un tribunal militar decidirá el resto. Eso es todo.

—Sí, señor.

—Ah, una cosa más, Moore. Por su propio bien, le aconsejo que no intente ponerse en contacto con él.

—No sé por qué no me cree.

—Simplemente no es muy convincente, ni mintiendo ni diciendo la verdad. Gracias.

Me preguntaba en qué estaría pensando Jerry. Con toda certeza no se habría puesto a darle la vuelta a todos los cadáveres con ropa caqui entre este lugar e Ypres. Tampoco las tumbas serían de mucha ayuda. Por lo general, los oficiales eran los únicos que tenían sus nombres garabateados temporalmente en una cruz. Cuando todo acabase, habría kilómetros y kilómetros de cadáveres. Nuestros cuerpos y sus cuerpos, no solo perfectamente alineados en cementerios, sino también dejados de la mano de Dios durante años para que aparecieran con un arado o gracias a un perro carroñero. Cerdos. En mi imaginación lo veía agachándose solícito sobre los muertos y moribundos. No era más alto de lo que lo había sido a los doce años. El jinete perfecto, ligero, resiliente, indestructible. Odiaba imaginarlo buscando, consciente en todo momento de ir contra las normas. Mi rifle estaba limpio. Eso era un accidente del destino. Había matado a tantos hombres como Kitchener o los franceses,

como cualquier oficial o soldado raso en el Ejército británico. Me preguntaba si él también asestaría, como Glendinning, el *coup de grâce* en caso necesario. Lo había admirado aunque también temido… siempre he sospechado que los cerdos tienen unos hábitos muy desagradables. También se comen a sus crías. Los cisnes sumergían sus cabezas coronadas de negro y nos miraban mientras hacíamos carreras. A veces la hembra se elevaba mucho del agua y hacía crujir sus enormes alas como latigazos. Nunca resultaba amenazante. Nada resultaba nunca amenazante en el círculo de las colinas azules, tal vez solo las propias colinas cuando se volvían oscuras y altas y se aproximaban más y más, como si quisieran aplastar la vida de todos los que vivían en las laderas. Nunca había sentido ninguna curiosidad por lo que había más allá de las colinas. Ahora lo sabía. El Somme, el Aisne, Ypres, Picardie, Flandes. Qué nombres tan bonitos. Era un hombre considerado. Movería aquellos cuerpos sin nombre con gran ternura. Su padre también había sido un hombre pequeño. Apenas había coincidido con él, pero su tamaño se había quedado grabado en mi imaginación. Como una perdiz. No harían falta más que un par de paladas del barro de Flandes para perderlo para siempre.

Allí también teníamos nombres bonitos. Lugnaquilla, Glencree, Kippure, Tinahely, Annamoe.

Estaba dormido. Sumergido en el más profundo de los sueños cuando me desperté con una sacudida. No era fácil escapar de las garras del sueño, pero entonces me di cuenta de que eran sus manos, heladas, las que tironeaban de mí y me zarandeaban. Estaba acuclillado a mi lado. Su aliento me rozaba la mejilla. Estaba totalmente oscuro, pero sabía que nadie más me tiraría así del brazo.

—Sssh —dije. Él no había dicho nada, pero era como si el ruido de su presencia llenase la habitación.

—Pensaba que no ibas a despertarte nunca.

—Sssh.

Le toqué la manga. Estaba empapada, y fui subiendo hasta el hombro, calado.

—Te buscaré algo de ropa —susurré—. Quítate eso ahora mismo.

Salí del saco y me moví a tientas por la habitación. Le encontré

algo de ropa interior y un jersey de Bennett. Por el momento serviría. Su piel estaba tan helada como sus manos.

—Métete en mi cama, está caliente.

Se tumbó dejando escapar un suspiro.

—¿Algo de comer?

—Lo siento. Solo brandi.

—Me vendrá bien.

Cogí la botella de la mesa y la dejé a su lado. Tiré de la manta para cubrirnos a los dos y le di la botella.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿No te ha visto nadie? ¿Sabes que te están buscando?

Dejaba que el brandi descendiese por su garganta como si fuese agua.

Cogió la botella que tenía pegada a la boca y me la puso en la mano.

—Sí. Sé que me buscan. Nadie sabe que estoy aquí. Esa es la pura verdad. —Soltó una risita—. Tanta práctica haciendo novillos me ha enseñado a evitar que me vean quienes que no quiero que me vean. Lo que de verdad me ha asustado ha sido subir las escaleras hasta aquí. Cielo santo, eso sí. ¿Estás bien?

—¿Qué quieres decir con que si estoy bien?

—No me ha gustado irme así. Se habrá liado una gorda.

—Liado no es la palabra. Yo estoy bien, pero tú no. ¿Por qué rayos has vuelto?

—No parecía que hubiera ningún otro sitio al que ir. Lo pensé. Una y otra vez. No se me ocurría la manera de cruzar el canal.

—¡El gran nadador!

—Tal vez si me hubiera pimplado un par de esas botellas habría nadado y todo.

—¿Lo has encontrado?

—Bebe un poco.

Lo hice. Sus labios habían calentado la boca de la botella. Se puso de lado y se acercó todo lo posible a mí. Intentaba robarme el calor. Lo rodeé con un brazo y lo apreté bien contra mi cuerpo. Parecía extremadamente frágil.

—Sí —susurró—. Lo he encontrado. Solo en parte. Algo.

—¿Y?

—Había pisado una mina terrestre. Creo que tu amigo Bennett lo habría llamado podredumbre galopante en el pie. —Se quedó callado un rato—. En una maldita maniobra de distracción.

—Lo siento.

—Casi no lo conocía. Siempre estaba fuera. Le gustaba esa vida. Limpiaba sus botas todos los días hasta que tenía que marcharse de nuevo. Nunca echaba una mano en casa. Solo limpiaba las botas. Jamás he visto unas botas como esas. Tendré que escribir y contárselo.

—Lo harán a su debido tiempo. ¿Por qué no se lo dejas a ellos?

—Me gustaría que supiera que he ido. Se alegrará al saber que lo hice.

—Las consecuencias…

—Me cago en las consecuencias.

—Tenemos que sacarte de aquí.

—Estoy cansado.

—Si te vestimos con el uniforme de Bennett, puede que consigamos llevarte hasta la costa.

—¿Y cuando llegue allí cruzo nadando? Crece un poco, Alec. Tendría que tener mucha suerte solo para llegar hasta la costa. Cada vez que abriera la boca sabrían que no soy oficial. Lo más probable es que me pegasen un tiro al instante. Además, estoy cansado.

—Tienes que irte de aquí. ¿No te das cuenta de que…?

—No sigas. He hecho lo que ella quería que hiciese. Volvería a hacerlo. No le he hecho daño a nadie. La Fuerza Expedicionaria Británica no ha salido mal parada. No se ha vulnerado la dignidad de nadie. Diría que mi padre ahora está en un sitio mejor. Mira, Alec, al menos he movido el culo y he hecho algo.

—Pero has elegido lo menos apropiado.

Me pasó el brazo por los hombros y nos quedamos en silencio.

Mi calor le iba templando, pero la mano que se aferraba a mi nuca seguía tan fría como una piedra recién salida del mar.

Creía que se había quedado dormido. Los latidos de nuestros corazones sonaban como el crujir de las alas de los cisnes alzándose despacio sobre el lago, agitando el agua de la superficie.

—Cuando lleguemos a casa, conseguiremos un lugar propio. —Lo dijo con voz tenue y somnolienta.

—¿Al final has estado con alguna chica? Como decías que querías hacer.

—Ya habrá tiempo de sobra para eso. Piensa en todas las chicas que habrá después de la guerra para tan pocos hombres. Entonces podremos de verdad elegir. A menudo me imagino el placer de ahogarme lentamente en los enormes brazos de una viuda de cuarenta y cinco. Inmensa. Como un colchón de plumas. No me interesan ninguna de tus pequeñas quejicas que son todo huesos.

—Yo viviré solo.

—¿Y qué pasa conmigo, eh? ¿Qué pasa?

—Sssh, ni siquiera contigo.

—¿No te daría miedo la soledad? ¿Estar solo para siempre?

—No. Solo tengo miedo cuando estoy con otras personas. Tú y tu viuda gorda podéis vivir cerca. Y luego estarán los caballos. Los tendremos. Les daré caramelos a tus hijos.

—Estarás solo.

—Ajá.

—Esa no es forma de vivir.

—No pasa nada. Mi casa solo será un caparazón para mi cuerpo. No quiero compartir mi aire con nadie, ni que nadie perturbe mi polvo.

—No sé si es una buena idea.

—No veo por qué no iba a serlo. En público me comportaré de forma impecable. ¿No es eso lo único que importa? En lo más alto de mi chimenea ondeará la bandera que tú me digas. Tal vez escriba libros de naturaleza amable. Mis dedos a veces anhelan escribir, pero mi mente está vacía. No tengo trama ni mensaje.

—Entonces será mejor que te ciñas a los caballos.

—Seguramente tienes razón.

Debí de quedarme dormido un rato. Me dio un empujoncito con el codo, me costó abrir los ojos.

—Tomaré otro trago —dijo—. Tendremos que hacer algo pronto.

Busqué a tientas la botella.

—Tú eres el hombre de acción.

—Tú eres el que piensa. Yo actuaré.
—No seas absurdo, Jerry.
—No discutas, solo piensa.
Le dio un buen trago. Uno demasiado largo. Con cuidado, le quité la botella de la mano. El brandi le resbalaba por la barbilla. Lo rebañó con un dedo. Volví a tapar la botella con el corcho. Imaginé el rostro de Glendinning y supe que no podíamos ser más listos que él ni tampoco vencerlo. Había movimiento en el piso de abajo. Alguien en vela se arrastró hasta la puerta y de nuevo se hizo el silencio. La mano de Jerry me agarraba dolorosamente la nuca.
—Piensa.
Me apretaba con los dedos. Dolorosas flechas puntiagudas disparadas detrás de mis orejas.
—Bien, tal como yo lo veo…
—No te andes por las ramas. Nada de síes ni de peros. ¿Alec?
—¿Sí?
—Tengo miedo.
—No.
—¿Qué quieres decir con no? Tengo miedo, lo sé. Lo huelo.
—Nos has metido en un lío, nada más. Soy yo el que huele así.
—¿Qué voy a hacer? ¿Esconderme?
—No. No ayudaría. Solo retrasaría…
—… ¿la hora aciaga?
—Exacto.
—¿Entonces?
—Solo hay dos alternativas.
—Huir o quedarse.
—Exacto.
—No es que se te de mejor que a mí pensar.
—Siempre lo he dicho.
—Cielo santo.
—Creo que deberías quedarte. Hacer frente a… ya sabes.
—Tachán.
—Sé que no suena bien.
—Pero es lo que tú harías.
—Supongo que sí. Seré franco. No lo sé. Puede que simplemente

tratara de evitar… evadirme... Creo que me equivocaría.

—¿Hablarás por mí?

—Pues claro que hablaré por ti, pero mi voz no es muy potente.

—Entonces grita.

—Y Bennett. Sé que él también lo hará.

—Ah, Bennett. Maldito Bennett.

—¿Por qué dices eso?

—Otro poderoso héroe inglés.

—Es un poco bocazas, eso es todo. Pero tiene buen fondo.

—Con un inglés eso solo quiere decir que llorará mientras te dispara.

—Creía que te caía bien.

—Me cae bien. Me quedaré si consideras que es lo mejor. No conozco ningún agujero por los alrededores en el que no me volarían en pedazos los de un bando u otro si me descubrieran.

De repente, alguien se rio en el piso de arriba, pero era imposible saber si era alguien que estaba soñando o no.

—Será mejor que te vistas deprisa y salgas de aquí. Deberías ir directo al comandante Glendinning. Sí. Ay, Dios, sácanos de esta.

—Hice lo único que se podía hacer.

—Lo sé. Para ti. Aunque supongo que cualquier otro habría hecho lo mismo.

Desenredé mi cuerpo del suyo y me levanté. Cada uno de mis movimientos parecía sacudir todo el edificio.

—Hay un poco de agua asquerosa en esa palangana de ahí. No te vendría mal lavarte un poco. Te buscaré algo de ropa. No puedes volver a ponerte esa.

Encendí una cerilla y lo miré. Me sonrió, sus ojos resplandecieron en la luz. Encendí la lámpara y la habitación adoptó la tonalidad verde de una cueva. Hacía muchísimo frío.

—¿Para qué iba a querer lavarme?

—Como quieras. Personalmente, siempre me lavo antes de una cita importante.

Jerry se inclinó sobre el borde de la cama y escupió en el suelo.

—Brandi.

—Ya has tomado demasiado.

—No lo creo.

La botella estaba en el suelo junto a la cama. La cogió, sacó el corcho a toda prisa y lo lanzó al otro lado de la habitación. La lluvia traqueteaba, o tal vez fueran disparos. Se tumbó en la cama y se vació la botella en la boca. Tenía la cara sumamente pálida excepto por las ojeras negras. El miedo le hacía tragar y tragar y yo solo podía mirarlo. Finalmente, lanzó con gesto grandioso la botella al otro lado de la habitación, donde ya había arrojado el corcho. Estalló con gran estrépito y se hizo añicos contra la pared. Se quedó dormido de improviso. Oía voces en el piso de abajo y movimientos. Seguía sin poder moverme. Pasos en las escaleras. La puerta se abrió y a mi espalda sonó la voz respetuosa de O'Keefe.

—¿Va todo bien, señor?

—Sí.

—¡Madre de Dios!

Sus pies cruzaron la habitación. Se colocó a mi lado y ambos miramos a Jerry estirado en la cama.

—¿Está herido, señor?

—No.

—¿Solo…?

—Correcto.

Fue cautelosamente hasta la cama.

—Pobre tipo. ¿Cómo… cómo… como ha…? Si no le importa que se lo pregunte.

—Entró por la puerta, sin más. Como ha hecho usted. Estaba muy mojado. —Una explicación del todo insuficiente, aunque fuese la verdad.

—¿Tiene algún plan, señor?

—No, O'Keefe. Me temo que no. Ningún plan.

Se rascó la nuca.

—Lo mejor para ambos sería que no lo encontrasen aquí.

Me miró angustiado. Era la clase de hombre que conocía los pormenores de cada situación.

—No sé qué hacer.

—Si saliera usted a dar un paseo... Me gustaría sacarlo de aquí antes de que venga el sargento. Ya me entiende. Es un hombre rudo.

Tal vez podría esconderlo hasta que recobre la sobriedad. De esa forma, usted no necesitará saber nada. Nada de nada. Solo finja sorpresa y guarde silencio. No deje que le salpique esta insensatez culpable.

—Tengo que hablar por él.

—Eso es una cosa, señor, pero ayudar y ser cómplice son cosas muy distintas.

Me sonrió vacilante.

—No les hará ningún bien a ninguno de los dos si lo encuentran aquí. Se da cuenta de eso, ¿verdad?

Asentí.

—Entonces… —Cogió mis botas del suelo y me las dio— …será mejor que se marche.

Hice lo que me decía. Mis botas estaban mojadas por dentro y me costó ponérmelas. Jerry roncaba como un hombre sin preocupaciones. Cogí mi chaquetón y me dirigí a la puerta. No me gustaba abandonar la cueva. Tenía la mano apoyada en el pomo cuando la puerta se abrió de par en par hacia dentro y, de golpe, el sargento Barry apareció allí entre nosotros. Puede que llevara algún tiempo al otro lado de la puerta. Era difícil saberlo. Tenía una expresión totalmente inescrutable.

—Ah —fue todo cuanto dijo. Ni siquiera se molestó en hacerme el saludo.

Los ronquidos de Jerry se tornaron monstruosos. Barry retrocedió un paso hacia el umbral, sin quitarle los ojos de encima a Jerry, por temor a que pudiera desaparecer, y vociferó hacia la oscuridad de las escaleras.

—¡Que suban un par de hombres ahora mismo!

Después volvimos a quedarnos en silencio. Unos pasos se apresuraron por las escaleras, y dos soldados, apuntando con rifles, estuvieron a punto de caer de bruces al entrar.

—Está bajo arresto.

Hizo un gesto hacia Jerry, que seguía dormido.

—Lo hemos encontrado aquí, señor. El señor Moore justo se disponía a contárselo al comandante.

Me sonrojé. Barry ignoró las palabras. Los dos soldados lo

levantaron y lo sacaron de la habitación a rastras. Sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de protesta, pero no abrió los ojos ni la boca.

—Malditos bastardos del Sinn Féin —dijo Barry para sus adentros —. Creen que pueden salirse con la suya.

Reunió la ropa mojada de Jerry y se marchó con ella bajo el brazo.

Me senté. Temblaba de los pies a la cabeza, no habría aguantado ni un segundo más erguido.

—Bueno, pues ya está. Como poco ha sido desafortunado.

—Bastante desafortunado.

Malditas manos temblorosas.

—Le dije que habría problemas.

—Sí.

No dejaba de tiritar.

Se echó hacia delante, recogió el saco que aún conservaba el calor del cuerpo de Jerry y me lo puso sobre los hombros.

—Encenderé el fuego, señor. Abajo prepararán el té en cualquier momento. Le traeré una taza.

Se agachó y empezó a remover cosas en la chimenea.

El calor de Jerry descansaba débilmente sobre mis hombros. Lo agradecía. Deseaba poder hacer lo mismo por él. No recuerdo nada más hasta que vinieron a decirme que el comandante me quería ver. Entonces me envolvió una luz gris y el humo de la chimenea me irritó los ojos. A mi lado, sobre la mesa, una taza vacía salvo por un montón reluciente de hojas de té en el lado por el que se había bebido. Me peiné. Sentía que era lo mínimo que podía hacer.

—De modo que han encontrado a su amigo.

—Ha vuelto, señor.

Me miró directamente a los ojos y sonrió.

—Dejémonos de rodeos, señor Moore.

Una explosión de pavesas salió disparada de la chimenea y resplandecieron unos segundos sobre los tablones del suelo.

—Lo encontraron en unas circunstancias de lo más curiosas. Incluso un joven miope como usted debe haberlo advertido.

Me pareció prudente no responder.

—Obcecado sería una palabra más oportuna. ¿Eh? ¿Eh?

—No lo sé, señor.

—Tiene razón, Moore, no sabe nada. Menos aún que estamos luchando una guerra. ¿Es consciente de lo que lleva puesto?

—Una especie de traje de gala, señor.

Se puso lívido. Cogió su bastón del escritorio y llegó hasta mí. Echó el brazo hacia atrás. Sabía lo que se me venía encima. El bastón se estrelló contra mi mejilla derecha, justo por debajo del ojo. Por un instante no sentí nada, y luego, cuando el dolor me golpeó, empecé a estornudar. Una reacción extraña y, sin duda, carente de toda dignidad.

Estornudé unas cinco veces. Estornudos auténticos e impresionantes. Dejó el bastón en el lugar exacto donde estaba apoyado antes y después se sentó y esperó a que dejase de estornudar.

—La violencia física me desagrada tanto como a usted, pero hay personas que no atienden a razones.

Tenía las manos entrelazadas encima de la mesa. Vi que temblaban. Sentía la hinchazón en mi rostro, es más, si miraba hacia abajo veía el montículo de carne enrojecida creciendo con una rapidez sorprendente.

—Creo que usted y yo tenemos opiniones diferentes acerca de qué es la razón.

—Ni sé ni me importa cuáles son sus opiniones. Está aquí para luchar. Para someterse a mi disciplina, algo a lo que se niega sistemáticamente.

Suspiró y se frotó el rabillo del ojo con un dedo tembloroso.

—Me desagrada enormemente la idea de una confrontación pública con uno de mis oficiales. La moral se resiente. Se abren grietas donde antes no había ninguna. Me está poniendo contra las cuerdas.

—Le aseguro que no es mi intención. Con todo, siento que la justicia…

—Eso no es asunto suyo. Los cargos a los que se enfrenta Crowe son muy graves.

—Sobre el papel.

—Exacto. Y yo, como su oficial al mando, voy a entregar un

informe…

—Pero ni le gusta él ni…

—Ni me gusta usted, Moore, pero, y ahora estoy hablando fuera de lugar, tendré que confiar en su discreción, dentro de unos días va a haber un ataque. Algo que ninguno de ustedes ha experimentado jamás. Podría cambiar el curso de la guerra. Podríamos ganar la guerra. Hay que tener éxito, y para el éxito no debe haber ningún fallo en la maquinaria.

—Somos hombres.

—No para mí, no para el Estado Mayor, no para la Oficina de Guerra.

—Si desde un principio nos hubieran considerado hombres tal vez no hubiera habido ninguna guerra.

—Un pensamiento fútil por el que no merece la pena gastar aliento.

Se levantó y fue hasta la ventana. Fuera, su guerra sacudía al mundo.

—Moore, no tengo tiempo para participar en discusiones pueriles que no sirven de nada. Repito: los cargos contra Crowe son muy graves. Usted no puede hacer nada. En cuanto a su propia postura, no albergo ningún deseo de disciplinarlo severamente en estos momentos, pero no vacilaré en hacerlo en un futuro, independientemente de cuáles puedan ser las consecuencias. Ahora regrese con sus hombres y haga su trabajo.

Mi ojo derecho se cerraba a marchas forzadas. Mi gloriosa herida de guerra, más ignominiosa si cabe que la gripe de Bennett.

—Creo que antes de marcharme, señor, debería aclarar un poco las cosas sobre el soldado Crowe. Verá, él… yo…

—Regrese con sus hombres. ¿No cree que he dejado suficientemente claro que no quiero saber más de lo que ya sé?

Alzó la mano derecha y se cubrió los ojos. Un gesto extrañamente atractivo. Nunca pude averiguar si lo odiaba o lo respetaba. Me afectaba de la forma más insólita. Tal vez algún día podré ver el mundo con claridad, reconocer los patrones que parecen tejerse y destejerse constantemente a lo largo de la vida y de la historia. Eternas repeticiones.

Llegó el deshielo y la tierra, que durante un tiempo volvió a ser marrón, nos absorbía los pies en nuestras marchas por la campiña. Los hombres estaban bajos de ánimo, obedecían órdenes muy lentamente. Un transporte de tropas interminable revolvía el barro, nos empujaba a las cunetas, cubría a los hombres de porquería. Ya ni siquiera se molestaban en proferir improperios. Dos cisnes surcaron el cielo gris de sur a norte. Volaban bajo, sus alas abanicaban el aire alrededor con dignidad. Dejé de marchar, avergonzado por su presencia, como si dos viejos conocidos se hubieran dejado caer de visita en un momento insoportablemente inoportuno. Sobrevolaron las ramas desnudas de seis o siete árboles maltrechos y volaron en sentido oblicuo a la fila de soldados. Mientras levantaba una mano en señal de saludo me llegó el sonido de un disparo. El cuello del ave que iba por delante osciló durante un instante de izquierda a derecha y después cedió. Un amasijo horrible de carne y plumas cayó al suelo. Los hombres rompieron filas y corrieron a verlo. El ave que seguía viva perdió fuelle un instante y siguió adelante, dirigiendo su vuelo hacia lo alto, hacia la seguridad de las nubes.

—¿Quién ha sido? —El viento le devolvió la voz a mi propio rostro.

Los hombres se reían en una esquina del prado. Estaban relajados, algo que no sucedía desde hacía tiempo.

—¿Quién ha sido?

Se empujaban unos a otros para ver el ave. Una de sus alas se había roto a consecuencia de la caída, la tenía doblada bajo el peso del cuerpo.

—Muy buen disparo. No sabía que eras tan habilidoso con un arma.

—Que Dios proteja al káiser si alguna vez estás cerca.

—Maldita sea, ¿quién ha sido?

—He sido yo, señor. —Un hombrecillo me saludó alegremente con su rifle.

—¿Por qué?

Todos y cada uno de los músculos de mi rostro palpitaba.

Se encogió de hombros, ignorándonos a mí y al cisne muerto al mismo tiempo.

—¿Qué hay de malo? —preguntó alguien.

Me di la vuelta y me alejé.

Alguien hizo un ruido obsceno y acto seguido la voz nítida del suboficial les ordenó que volvieran a formar filas. Cantaron durante todo el camino de regreso a la granja.

Barry, el mensajero de la muerte, estaba esperándome. Sus botones y su rostro brillaban con igual intensidad. Los hombres se desperdigaron a sus respectivos barracones.

—¿Me buscaba, sargento?

—El comandante desea tener unas palabras con usted, señor.

—Iré enseguida.

Cuando entré en la habitación, todo se desarrolló como de costumbre. Una fría mirada de desaprobación, un gesto de asentimiento, los papeles, las plumas, las manos perfectamente unidas.

—¿Va todo bien, Moore?

—Señor.

—El jueves por la mañana avanzaremos al frente. Deberán cargar con suministros y munición adicionales. Confío en que Bennett volverá a estar con nosotros mañana por la tarde en algún momento. Llegará justo a tiempo. El sargento Barry lo acompañará al almacén esta tarde para que se hagan una idea de lo que deben llevarse. Nos quedaremos al menos diez días en el frente.

Cogió su pluma y dibujó tres líneas rectas en la hoja de papel en blanco que tenía delante.

—¿Eso es todo, señor?

—El soldado Crowe ha sido condenado a muerte. Usted comandará el pelotón de fusilamiento mañana por la mañana a las ocho.

En un principio no comprendí lo que había dicho, hasta que, de pronto, lo hice.

—Tiene que haber algún error.

—Señor Moore, estoy tan disgustado como usted. Le aseguro que no ha habido ningún error.

Dio unos golpecitos impacientes a la hoja.

—Le advertí de la gravedad de los cargos. En las circunstancias actuales, es fundamental que la moral de los hombres no se

desmorone. Los desertores deben recibir un castigo ejemplar.

—Una apelación…

—No habrá apelación. Mañana por la mañana a las ocho. Deje que le recuerde también, señor Moore, que Crowe no era un simple desertor, es muy posible que también pudiera haber sido un traidor.

—Menuda chorrada.

Enrojeció de furia.

—Tenga cuidado, joven. Hombres más sabios que usted han tomado esta decisión. Y no ha sido a la ligera. Hombres con experiencia. Hombres que conocen a los hombres.

—A los soldados no les gustará.

—Soy yo quien debe juzgar eso.

Dibujó otra línea.

—Nuestras conversaciones siguen el mismo esquema. Se niega a ser guiado.

—Usted se niega a contemplar a los hombres como algo diferente al ganado.

—Eso es lo que mayoría es. Supongo que algún día lo aprenderá.

—No quiero aprender nada que gente como usted pueda enseñarme.

—Ah.

Su rostro expresaba una total indiferencia, mostraba indiferencia a casi cualquiera.

—A las ocho.

—Quisiera saber qué ocurre si digo que no.

Parecía sorprendido.

—Me extraña que lo pregunte. Si me permite decirlo, está haciendo una montaña de un grano de arena. También me está haciendo perder el tiempo. No deseo en absoluto que lo juzguen. Las cosas pueden ponerse muy desagradables. Me está presionando enormemente, se lo advierto. Ustedes, los malditos irlandeses, ¿cómo esperan dirigir su propio país cuando ni siquiera pueden controlar sus inútiles emociones? No me entra en la cabeza.

—No lo haré.

—Eso no salvará al soldado Crowe. Se comporta como un necio obcecado. Piense al menos en sus padres.

Hubo un silencio muy largo mientras pensaba en mis padres.

—Haré que lo fusile un pelotón de fusilamiento y luego enviaré el cuerpo a sus padres. Dejaré que le concedan una tumba de héroe.

—¿Dónde ha aprendido a ser tan malvado?

—El mundo me ha enseñado. El mundo le enseñará a usted. No me entenderá hasta el día en que se enfrente a decisiones de gran calado. Vidas, muertes. El mundo desolado a la espera de una palabra suya.

—Dios mío, pero qué dice, nunca se dará una situación así de macabra.

—Dios mío, pero qué dice —repitió bastante satisfecho—. Se ha tardado muchos siglos en construir la sociedad en la que vivimos. Sería una desgracia permitir que un puñado de emocionalistas la destruyesen.

—Creo que exagera mi importancia. Y la del soldado Crowe.

—Desgraciadamente, no. Son las personas como usted y como Crowe a quienes los árboles no les permiten ver el bosque, las que provocan un daño incalculable entre aquellos que no ven nada en absoluto. Aquellos que deben ser liderados.

Se puso de pie y cogió su capa y su bastón.

—Le estoy dando una orden. ¿Está preparado para obedecerla o prefiere hacer frente a las consecuencias?

—¿No hay esperanza para Jerry?

—¿Jerry?

—El soldado Crowe.

—¿Ninguna en absoluto?

—En ese caso, yo…

—Muy bien.

Vino hasta mí y me tocó ligeramente el hombro. Mi cuerpo se estremeció.

—En aras de la humanidad, un consejo. Diga a sus hombres que disparen con precisión. Así es más rápido. Sé que hacen lo contrario de buena fe, pero…

Asentí.

—Bien hecho. Le aseguro que dentro de un tiempo verá las cosas de manera muy distinta.

Lo seguí fuera de la habitación.

Era tarde y estaba muy oscuro cuando llegué al centro de detención. No tuve ningún problema en que me permitieran entrar en el edificio. El guardia apostado en la puerta me hizo el saludo y llamó a un soldado para que me condujera hasta Jerry. Estaba sentado solo en una pequeña habitación. Una estufa negra retumbaba en el rincón, pero calentaba muy poco. Se puso de pie en cuanto abrieron la puerta y, al ver que era yo, volvió a sentarse.

—Hola.

—Hola.

—Me sorprende que te hayan dejado venir.

—No les he preguntado.

Sonrió débilmente.

—Vas aprendiendo con la edad.

—Tal vez.

—Siéntate.

Solo estaba la cama. Me senté encima y esperé a que llegaran las palabras.

—¿Te has enterado?

—Sí.

—Es una mierda.

—Toma. —Saqué la petaca del bolsillo del abrigo y se la lancé.

—Eres una joya.

La dejó encima de la mesa y se quedó mirándola.

—Pero creo que no probaré ni gota.

—¿Y eso por qué?

—La guardaré para una emergencia.

Me reí.

—Como quieras.

—¿Será horrible?

—Fuimos unos malditos idiotas viniendo.

—No teníamos elección. Nunca he visto a un hombre frente a un pelotón de fusilamiento.

—Yo tampoco.

—Es la espera. Horas. Minutos. Cada hora se hace eterna. No se me ocurre nada en lo que pensar, no sé si me entiendes.

—Recuerda.

—No puedo recordar nada.

—El lago. Los cisnes…

—Solo que sus alas suenan como disparos de bala.

—¿Ha venido a verte el sacerdote?

Escupió en el suelo.

—No debes hacer eso cuando te encuentres con San Pedro.

—Nunca antes te habías atrevido a decir nada.

—Cierto.

Sus dedos enroscaban y desenroscaban nerviosos el tapón de la petaca.

—Me arrepiento de lo que nunca sabré.

—Imagino que todo el mundo dice eso al morir.

—Todas esas carreras que nuestros caballos habrían ganado. Newmarket, Cheltenham, Ascot...

Busqué bajo mi abrigo y cogí mi revólver.

—Longchamps.

—Sí. Te forrarás. Tendrás que buscarte a un jinete, ¿eh, Alec?

—Lo haré. Saratoga. Empezaré a buscar en cuanto vuelva a casa. Epsom. Bebe algo.

—No. Imagínate estar delante de un pelotón de fusilamiento con resaca. Sé que si empiezo no pararé. Hemos sido amigos.

—Así es.

—Y ha estado bien.

—Mucho.

—Quizá no habría salido como esperábamos.

La culata se calentaba en mi mano.

—Habría salido bien.

—Me gustaría pensar eso.

—Tócame una canción.

Dijo que no con la cabeza.

—Me la han quitado. Me lo quitaron todo, hasta los cordones de la botas. Por si les aguaba la fiesta.

—Menudos desgraciados.

—Pues canta.

—¿Es noche de fiesta para el señor Moore?

—Algo así.

Pensó por un momento y luego se recostó en la silla, con los ojos medio cerrados.

—*Hombres valientes y leales que moran en esta casa…*

—Ah.

—*Os ruego que digáis a este mozo desconocido si está el sacerdote en casa…*

Saqué el maldito revólver de debajo del abrigo y lo miré. Parecía en buen estado. Se oyó un débil clic al cargarlo. Lo miré, pero él seguía cantando.

—*El sacerdote está en casa, mozo, y se le puede ver…*

Pasos en el pasillo. Escondí la pistola. Un murmullo de voces.

—*En el sitio de Ross cayó mi padre…*

Pasaron de largo por el pasillo. No se oían pasos, ni voces. Me puse de pie y fui hasta donde él estaba sentado.

—*Y en Gorey…*

Sus ojos brillaban humedecidos, pero no podían ver nada a través de las pestañas. Sus manos descansaban sin fuerza en la mesa. Posé mi mano izquierda sobre la suya. Sus dedos apresaron los míos.

—*No siento ningún odio contra ningún ser vivo, pero amo mi país por encima del rey.*

Sus ojos se abrieron de repente. Eran muy azules. Me sonrió.

—*Ahora padre, bendígame y déjeme marchar…*

Cerré los ojos y apreté el gatillo. A medida que el eco resonante se desvanecía, oí pasos que corrían. Se separó lentamente de mí, sus dedos se soltaron despacio de mi mano. La silla cayó con él. Alguien gritó. Me quedé muy quieto, con los ojos cerrados. El eco del disparo aún bullía en mis oídos cuando se abrió la puerta. En algún momento me quitaron el revólver y me condujeron fuera.

Nunca lo entenderán. Así que no digo nada. Los disparos vibran sin descanso y cada vez con más fuerza en primera línea. El edificio tiembla.

Por mi condición de oficial y caballero, no me han quitado los cordones de las botas ni la pluma, así que escribo sentado y espero.

---

[1] *How Many Miles to Babylon?* es una canción infantil tradicional inglesa de comienzos del siglo XIX. Inicialmente, formaba parte de un juego de niños cantado con dos filas enfrentadas y un «cazador» en el medio. Al final de cada rima, los jugadores debían cruzar a la fila opuesta y todo aquel que fuera atrapado ayudaba al cazador a atrapar a los demás. Se

han atribuido diversos significados a la canción, y es muy posible que la autora la emplee como una metáfora de la búsqueda universal del ser humano de algo más grande, ya sea un destino, un objetivo en la vida o un vínculo más profundo.

[2] Término en gaélico irlandés que significa tonto, idiota, simplón.

[3] Bebida destilada tradicional de Irlanda con uno de los mayores porcentajes de alcohol en el mundo, motivo por el cual durante siglos se ha considerado ilegal. Se obtiene de la malta, la patata y el azúcar.

[4] El hipódromo de Fairyhouse es uno de los principales recintos hípicos de Irlanda. Está situado en la localidad de Ratoath, en el condado de Meath. Desde 1870 ha sido la sede del prestigioso Irish Grand National.

[5] Versos pertenecientes a la balada nacionalista irlandesa *The Shan Van Vocht* (1798), que expresa un llamamiento a la rebelión y a la acción.

[6] John Milton, *El paraíso perdido* (Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1873. Traducción de Cayetano Rosell).

[7] Se refiere a Morgana, la poderosa hechicera de la leyenda artúrica, también conocida como Morgane, Morganna, Morgaine o Morgan le Fay, entre otros apelativos.

[8] John Edward Redmond (1856 - 1918) fue un político irlandés, líder del Partido Parlamentario Irlandés entre 1900 y 1918. Se opuso enérgicamente a la política nacionalista violenta que algunos propugnaban y se mostraba a favor del Home Rule, el estatuto que dotaba a Irlanda de cierta autonomía dentro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda.

[9] Del poema «La rosa de la batalla», de William Butler Yeats. (*Poesía reunida,* Editorial Pre-Textos. 2010. Traducción de Antonio Rivero Taravillo).

[10] Estos versos y los anteriores hacen referencia parcial a *Ulises,* de James Joyce. Los extractos coincidentes se han tomado de la traducción de Jose María Valverde (Barcelona: Seix Barral/Lumen, 1984).

[11] Término peyorativo para referirse a los simpatizantes del partido político irlandés Sinn Féin.

[12] *The Croppy Boy* es una balada irlandesa ambientada durante la Rebelión irlandesa de 1798. Narra el destino de un rebelde ficticio de la Sociedad de Irlandeses Unidos, también conocidos como «*croppies*». Parte de estos fragmentos proceden de la traducción del *Ulises* de James Joyce mencionada en la nota anterior. El mozo rebelde que da título a la canción es uno de los protagonistas del undécimo capítulo del *Ulises,* titulado «Sirenas».

[13] Baile típico irlandés.

[14] Estas líneas pertenecen a la obra de teatro *Tamerlán el Grande,* del dramaturgo, poeta y traductor inglés isabelino Christopher Marlowe (1564-1593). (Editorial Losada, 2011. Traducción de Delia Pasini).

[15] Terrateniente protestante y líder político nacionalista irlandés, miembro de Parlamento del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, fundador y miembro del Partido Parlamentario Irlandés.

[16] Versos pertenecientes al poema «La hueste sobrenatural» del poeta y dramaturgo irlandés W. B. Yeats. (*Poesía reunida,* Editorial Pre-Textos. 2010. Traducción de Antonio Rivero Taravillo).

[17] Del poema «La hueste sobrenatural» del poeta y dramaturgo irlandés W. B. Yeats. (*Poesía reunida,* Editorial Pre-Textos. 2010. Traducción de Antonio Rivero Taravillo).

[18] Durante la Primera Guerra Mundial, los británicos adoptaron el calificativo «hunos» para referirse a los alemanes y su comportamiento, que describían como bárbaro.

[19] La autora hace un juego de palabras con el concepto de «*christian name*», que significa al mismo tiempo «nombre de pila» y «nombre cristiano», insinuando que Bennett, al ser inglés, ni tiene nombre de pila —Bennett es su apellido— ni es cristiano.
[20] En su poema de 1899, *La carga del hombre blanco,* Rudyard Kipling trataba la cuestión de la colonización estadounidense de las islas Filipinas tras su victoria en la guerra hispano-estadounidense, y justificaba el dominio del hombre blanco sobre las denominadas «razas inferiores» como una empresa noble y una obligación ingrata y altruista.
[21] *The Jug of Punch* es una canción popular irlandesa sobre los placeres de la bebida.
[22] «Salud» en gaélico.
[23] Patrick Henry Pearse —Pádraig Pearse en irlandés— (1879 - 1916) fue un maestro, abogado, poeta, escritor, nacionalista y activista político irlandés, líder del Alzamiento de Pascua que tuvo lugar en 1916, una rebelión que constituyó el intento más conocido de toma de control del país por parte de los independentistas y republicanos irlandeses para lograr la independencia del Reino Unido. Fue reprimida tras seis días de enfrentamientos. Pearse fue proclamado «presidente del Gobierno Provisional» de la República Irlandesa.
[24] Verso perteneciente al poema «La rosa secreta» de W. B. Yeats. (*Poesía reunida,* Editorial Pre-Textos. 2010. Traducción de Antonio Rivero Taravillo).
[25] Así comienza el célebre poema «A una alondra», del poeta romántico inglés Percy Bysshe Shelley. Traducción de Juan Abeleira y Alejandro Valero (*Antología poética bilingüe, No despertéis a la serpient*e, Ediciones Hiperión).

AUTOMÁTICA EDITORIAL le agradece la lectura de este libro. Esperamos que disfrutara de él tanto como nosotros y le animamos a que lo recomiende, lo preste o lo regale a sus amigos.

En nuestra web www.automaticaeditorial.com podrá encontrar información sobre nosotros y nuestro catálogo. Asimismo le invitamos a que se ponga en contacto con nuestro equipo para ayudarnos a crecer y mejorar.

